Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo





Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN VI MAYO DE 1922 NÚMERO I

INTER-AMÉRICA

EL propósito de INTER-AMÉRICA es contribuir a la comunidad de ideas entre los pueblos de América, concurriendo a vencer la barrera del lenguaje, que tiende a separarlos. Se edita alternativamente, un mes en español, comprendiendo artículos traducidos de la literatura periodística de los Estados Unidos y el Canadá, y otro en inglés, traduciendo igualmente artículos publicados por la prensa de las naciones americanas de habla española o portuguesa.

INTER-AMÉRICA sirve así de vehículo para la difusión internacional de artículos que ya hayan circulado en los diferentes países. No publica artículos originales ni editoriales propios. Traduce simplemente lo que se haya publicado, sin hacerse responsable por las ideas en ellos expresadas, de manera que el lector de las diversas naciones americanas tenga fácil acceso al pensamiento corriente en cada una de ellas.

INTER-AMÉRICA se ha fundado a instancias de la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional, uno de cuyos objetos es cultivar sentimientos amistosos entre los habitantes de países diversos y fomentar la buena inteligencia y la comprensión mutua entre las diferentes naciones.

INTER-AMÉRICA se redacta en 407 West 117th Street, Nueva York, quedando la impresión y reparto a cargo de la casa editora de Doúbleday, Page y Compañía, de la ciudad de Nueva York.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

INTER-AMÉRICA inglesa (6 números)	$ .80 anuales
INTER-AMÉRICA española (6 números)	.80 anuales
INTER-AMÉRICA inglesa y española (12 números) .	1.50 anuales
Número suelto de cualquiera edición	.15 cada uno

Diríjase toda la comunicación a

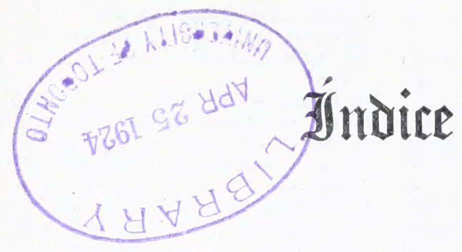
INTER-AMÉRICA

407 WEST 117TH STREET — NEW YORK, E. U. DE A.

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo





Índice

ESPAÑOL : : VOLUMEN VI

Mayo de 1922 — Marzo de 1923

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ÍNDICE

ESPAÑOL: VOLUMEN VI

Mayo de 1922—Marzo de 1923

AUTORES Y TÍTULOS

ÍNDICE ESPAÑOL: VOLUMEN VI



¿Ha Enviado Usted Agentes Comerciales a Estos Bazares?

CONSTANTINOPLA, Bombay, Calcuta: *¡el nombre mismo despierta visiones de comercio floreciente!* Pero desgraciado del agente comercial que se precipita pretendiendo arrollar el mercado en forma sensacional. Penetrado de las costumbres que se establecieron firmemente muchos siglos antes de que Colón saliera de España, el pueblo no cede con facilidad a las insinuaciones de los extranjeros.

Busque un fabricante que haya establecido un mercado para sus productos en el Oriente y habrá hallado usted un *paciente creador* cuya visión va más allá del lucro inmediato. En la importación o la exportación, el éxito allí depende de ganarse poco a poco la confianza de aquellos mercaderes hábiles, *que sujetan a prueba los productos antes de darles fe.*

El National Shawmut Bank está representado en todos los centros importantes por bancos locales influyentes con los cuales está afiliado. Nuestro servicio de investigación e información comercial es un beneficio positivo que derivan los clientes del Shawmut; y particularmente valioso para quienes inician sus esfuerzos para la venta de sus artículos en cualquier parte del cercano Oriente.



ESCRIBA POR COPIAS DE NUESTROS FOLLETOS:

El Cambio Extranjero
La Ley Webb
La Ley Edge
Aceptaciones
Escandinavia

The NATIONAL SHAWMUT BANK *of* Boston

Capital, Superávit y utilidades sin repartir, $22,000,000

BOSTON, E. U. A.

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN VI   MAYO DE 1922   NÚMERO 1

DATOS BIOGRÁFICOS

SOBRE LOS AUTORES DE LOS ARTÍCULOS QUE APARECEN EN ESTE NÚMERO

EL PADRE CŪTHBERT, cuyo nombre seglar era Láwrence Ánthony Hess, nació en Brighton, Sússex, Inglaterra, en 1866; fué educado en el Saint Mary's College, Woolhampton, Inglaterra, y recibió el grado de honorario *magister artum* en la Óxford University; entró en la orden de los capuchinos en 1881, y se ordenó de sacerdote en 1889; estuvo consagrado a labores de vicariato y misiones en Inglaterra desde 1889 hasta 1911; ha estado a cargo de la misión franciscana en Kent desde 1905 hasta 1922, y ha sido director de la Franciscan House of Studies en Óxford y juez provincial de los capuchinos desde 1911 hasta 1922; es autor de *The Friars and How They Came to England; Catholic Ideals in Social Life; A Tuscan Penitent, Being the Life and Legend of Saint Margaret of Cortona; The Chronicle of Thomas of Eccleston; De Torente: Devotional Essays; Saint Francis and Poverty; Life of Saint Francis of Assisi;* y *The Romanticism of Saint Francis.*

GAMALIEL BRĀDFORD: véase INTER-AMÉRICA, número correspondiente a julio de 1921, página 68.

ÉDWARD MOORE JACKSON BŪRWASH nació en Cóbourg, Ontario, Canadá, julio 10 de 1873; se educó en el Cóbourg Collegiate Institute, Álbert College, Belleville, Ontario, en la University of Victoria, la University of Toronto y Osgoode Hall, Toronto; después de trabajos geológicos, entró en el ministerio de la iglesia metodista, reingresando a la University of Toronto para completar sus estudios en teología; ha sido profesor de ciencias naturales en el Columbian College, New Wéstminster, British Columbia, y otras universidades, y es al presente profesor de geología en la University of Manitoba; ha publicado informes sobre la geología de Toronto, y artículos científicos, históricos y religiosos en numerosas revistas.

ÉRNEST BOYD nació en Dublin, Irlanda; después de varios años consagrados al servicio consular de la Gran Bretaña, abandonó la carrera diplomática y se consagró a trabajos literarios; las principales obras que ha publicado son: *Ireland's Literary Renaissance, Appreciations and Depreciations;* y *The Contemporary Drama of Ireland;* durante el año reciente ha pertenecido a la redacción de *The New York Evening Post.*

KARL R. STOLZ nació en la ciudad de Traverse, Míchigan, en 1884; recibió su educación superior en Wállace College, Berea, Ohío, en la Northwestern University y el Gárrett Biblical Institute, Évanston, Illinóis, y en la University of Ohío; desde 1912 ha sido profesor de educación religiosa en Wésley College, Grand Forks, North Dakota.

GRANT SHŌWERMAN nació en Bróokfield, Wisconsin, junio 9 de 1870; recibió su educación superior en la University of Wisconsin y en la American School of Classical Studies, Roma, Italia; ha sido profesor de clásicos en la University of Wisconsin desde 1900; es autor de *With the Professor; The Indian Stream Republic and Luther Parker; A Country Chronicle; A Country Child;* y ha traducido al inglés algunas obras de Ovidio y colaborado artículos para las principales revistas literarias y filosóficas.

FRANK LÚTHER MOTT nació en el condado de Kéokuk, Īowa, 4 de abril de 1886; educóse en la University of Chicago y en la Columbia University; actualmente es conferenciante sobre la lengua y literatura inglesas en la University of Īowa; es autor de *Six Prophets out of the Middle West* (crítica) y de *Eyes* (cuento).

Inter-América

MAYO DE 1922

ESPAÑOL: VOLUMEN VI



NÚMERO 1

SOCIALISMO O DEMOCRACIA

POR

EL PADRE CUTHBERT

El uso genérico de la palabra "socialismo" tiende a crear gran confusión de ideas, dice el autor. Las demandas de la clase obrera, por ejemplo, en el sentido de adquirir autoridad en el manejo de las industrias, son calificadas de socialistas, aun cuando las propongan igualmente agrupaciones no socialistas y se funden en un principio elemental de la ética cristiana. El movimiento hacia una reforma social constructiva, en oposición al sistema en que la riqueza y el capital constituyen los factores predominantes de la vida social y económica podría con más exactitud llamarse democrático, en el sentido moderno de la definición, puesto que su propósito es asegurar los privilegios del pueblo en general. En cuanto se refiere al capitalismo y al socialismo, el conflicto mutuo se resuelve en la cuestión de quién haya de dominar en el gobierno de la comunidad, y no entra en juego principio elevado alguno. El socialismo, cuyo ideal gubernativo es poner una autoridad absoluta en manos del estado o de la colectividad, no tiende sino a substituir una forma de servidumbre moral por otra. Esto constituye un abismo infranqueable entre el socialismo y el movimiento demócrata no socialista. El punto en cuestión entre el demócrata puro y el socialista es la diferencia entre una libre democracia y el absolutismo, ya sea militarista, capitalista o político, que combaten los mismos socialistas. Aunque el demócrata y el socialista estén de acuerdo en cuestiones prácticas de resultado inmediato, los fundamentos éticos de su respectiva acción difieren esencialmente: el uno tiende a la libertad; el otro, al absolutismo del estado. La elección que afrontamos al presente es entre servidumbre política y económica por un lado y libertad real por el otro. En el movimiento no socialista del trabajo tiene el cristianismo su natural y poderoso aliado; y en esta alianza instintiva reside la esperanza de una libre y cristiana democracia. Tales son, en concreto, las ideas que desarrolla el autor del presente artículo.—LA REDACCIÓN.

LA DIFICULTAD con la palabra "socialismo" es que significa tantas cosas diferentes en boca de diferentes oradores. Cuando alguien dijo, "Hoy en día todos somos socialistas," demostró ser agudo observador de la corriente de los asuntos humanos. Hay más personas socialistas, en el sentido más lato de la definición, de las que están dispuestas a asociarse con cualquiera de los partidos que se adjudican tal título; puesto que, en su sentido genérico y más amplio, la palabra significa alguna oposición fundamental al sistema económico que ha prevalecido durante el siglo reciente. En realidad los varios partidos socialistas sólo están de acuerdo en este punto de la oposición. Cuando se trata de formular un sistema constructivo, se hallan frecuentemente en fundamental contradicción. Los colectivistas y los sindicalistas son directamente antagónicos; los gremios socialistas persiguen un término medio entre los primeros. Hay socialistas que demandan la abolición de toda propiedad privada; otros, que limitarían solamente el derecho de propiedad privada hasta donde fuere necesario para obtener distribución más equitativa de la riqueza.

Algunos consideran la agitación socialista

como una guerra de clases, cuyo objeto es vengar los males que sufre la clase obrera sobre el culpable cuerpo de capitalistas y patrones particulares. Otros opinan que el movimiento debe dirigirse a promover mejor inteligencia de los títulos y derechos recíprocos de las diferentes clases sociales, y miran la guerra de clases como un mal económico y social que debe evitarse hasta donde sea posible. Todos convienen en que el sistema económico prevaleciente necesita cambiarse en forma radical; pero algunos no aciertan a determinar, por lo menos en cuanto se refiere a directos cambios económicos, el punto en que difieren de otros muchos partidarios de una reforma social—y casi todo el mundo es hoy por hoy partidario de la reforma social,—que se oponen al socialismo como lema de partido. Así, en la cuestión de la propiedad privada y de los derechos del obrero, muchos socialistas no van más allá que el papa León XIII en su encíclica *Rerum Novarum;* en tanto que la mayor parte de los gremios obreros, aun los de carácter más avanzado, rechazan todavía la idea de que se les considere socialistas, aunque es evidente que tienden como los socialistas a que se produzca distribución más equitativa de la riqueza y a substituir la autocracia industrial por la autoridad, más democrática, del trabajo.

Aun cuando no sea fácil determinar con precisión los puntos de la doctrina económica que separan a los socialistas de los oponentes no socialistas del régimen actual, existe, a no dudarlo, cierta división fundamental más profunda que la simple doctrina. ¿Por qué es que muchas personas, más ardientes que no pocos socialistas en sus reclamaciones en favor del obrero contra el presente sistema industrial, miran con recelo y sincera antipatía toda propaganda que se titula "socialista?" Puede decirse en ciertos casos que no perciben las diferencias entre una y otra escuela socialista; mas no siempre sucede así. Hay muchos cuyas simpatías son enteramente democráticas y que, a pesar de comprender plenamente los fines socialistas, rehusan adoptar este título o asociarse con partido alguno socialista. El socialismo bajo cualquier forma o con cualquiera modificación les resulta sospechoso.

La razón de tal actitud no necesita buscarse muy lejos. Las teorías socialistas tienen su historia. El progreso del socialismo ha estado marcado por violentos estallidos revolucionarios que ninguna sociedad puede tolerar sin detrimento de toda ley y autoridad. Aun en nuestros días este movimiento está expuesto a verse dominado, en momentos de activa fermentación, por facciones violentas y anárquicas, como se ha demostrado últimamente con la revolución de Rusia. A pesar de la actitud y las doctrinas de socialistas más constitucionales, como Mr. Rámsay MacDónald, el individuo corriente concibe todavía el socialismo como la negación del derecho de la propiedad privada y como una doctrina de guerra de clases contra los capitalistas y patrones; y la opinión del individuo corriente en asuntos de esta clase es principalmente el factor decisivo en levantamientos populares. Además, tomando el movimiento en conjunto, observamos que no se ha desprendido aún de su primitivo antagonismo hacia el cristianismo histórico: hasta ahora es, en su mayor parte, abiertamente seglar. Y de otro lado, necesita todavía convencer al mayor número en el mundo pensante de que su funcionamiento no restringirá indebidamente, y en alcance más vasto aún que el sistema que trata de reemplazar: la libertad del individuo en la conducta y disposición de su vida. El tiempo dirá si el socialismo llega a desvanecer alguna vez los recelos que su historia ha engendrado; pero si lo consiguiera, sería un socialismo radicalmente distinto, por su programa constructivo, del socialismo del pasado. Ha comenzado ya a revelar cambios radicales en su actitud general hacia la sociedad, y en sus teorías constructivas.

Desde sus comienzos en los primeros días del siglo diecinueve, la historia del socialismo ha sido una historia de reacciones: no es una teoría, sino muchas que se contradicen recíprocamente en gran manera: de modo que hablar del socialismo de un tirón, como de una teoría o sistema, es hablar al mismo tiempo de muchas teorías o sistemas irreconciliables. Al presente, decir que el socialismo como teoría niega el derecho de la propiedad privada es exacto solamente cuando la palabra se usa apli-

cándola vagamente al comunismo o al anarquismo, pero no es exacto cuando se refiere a las agrupaciones socialistas en general; decir, por otra parte, que la propiedad del estado es dogma socialista es no tomar en consideración a las organizaciones socialistas que repudian este principio. El uso genérico de la palabra tiende, por consiguiente, a crear cierta confusión de ideas; y, como consecuencia, muchas de las censuras dirigidas a la teoría socialista las refutan los partidarios del sistema con la afirmación de que la teoría atacada no forma parte de su programa. De otro lado, teorías o doctrinas que no tienen conexión esencial con el popular concepto del socialismo son a menudo consideradas socialistas, simplemente porque figuran en alguna propaganda socialista. Así las demandas de la clase trabajadora en el sentido de que los obreros tengan mayor representación en el manejo de la industria son calificadas frecuentemente de socialistas por los críticos hostiles, aunque hayan sido propuestas tanto por socialistas como por no socialistas, y se funden en un principio elemental de la ética cristiana.

Se hace indispensable, por consiguiente, una definición clara de este término conforme se emplea generalmente, si hemos de evitar los escollos de errores de concepto. Pueden darse dos definiciones, extremadamente diferentes, en que la palabra "socialismo" se usa de modo genérico. En primer lugar, puede emplearse, como sucede a menudo, para significar la oposición al sistema en que la riqueza y el capital constituyen los factores predominantes de la vida social y económica. En este sentido, la orientación de la reforma social en nuestros días, representada ya sea por los movimientos éticos o legislativos del momento, puede muy bien calificarse de socialista. Estos movimientos son radicalmente opuestos en principio a las condiciones sociales y económicas aceptadas en el inmediato pasado, bajo las cuales ciertos individuos se han elevado hasta inmensa fortuna y poder, en tanto que la masa del pueblo ha subsistido escasamente y ha tenido apenas voz en la orientación de su vida. Empleada en tal sentido la palabra "socialista", no significa otra cosa que la oposición definida al sistema capitalista conforme se ha desarrollado en los últimos siglos. Bajo este aspecto vago y negativo el socialismo ha servido a algunos como una especie de vara para aporrear a los abogados de la reforma social, y ha sido adoptado voluntariamente por otros como lema apropiado para denotar su actitud en la lucha entre el capital y el trabajo; pero en ambos casos el uso de la palabra es infortunado, porque tiende a confundir la reforma social con el definido movimiento constructivo a que verdaderamente se aplica la palabra por derecho de prescripción. Si el movimiento general hacia un nuevo sistema constructivo ha de asumir un nombre determinado, la palabra "democrático," en el moderno sentido inglés de este término,[1] sería definición más clara y justificada, puesto que su propósito es asegurar los derechos y prerrogativas del pueblo en general. Indudablemente, el movimiento de la reforma social es democrático por cuanto se opone al carácter oligárquico del sistema capitalista moderno; y está colocado en realidad en el terreno de las libertades democráticas tanto con respecto a la oligarquía del capital como a las teorías socialistas de las cuales difiere esencialmente. El término "socialista" en su sentido más lato, por más inofensivo que sea en sí mismo, ha sido cuerdamente eliminado por quienes simpatizan con la reforma social. Apenas puede esperarse, sin embargo, que lo eliminen los que se oponen a dicha reforma en tanto que sea provechoso a sus fines.

Vengamos ahora al sentido más correcto en que la palabra "socialismo" puede usarse como un común denominador. Hemos observado ya que la negación del derecho de propiedad privada y de propiedad del estado no puede atribuirse a la teoría socialista, por lo menos en forma absoluta, a no ser que hagamos previamente una distinción entre esta o aquella escuela

[1]La persona docta comprenderá, desde luego, que en el lenguaje clásico y medioeval la palabra "democracia" significaba la "tiranía" de muchos, en contraposición a la tiranía de pocos, o sea la oligarquía, o a la tiranía de uno, o sea la monarquía. León XIII reconoció oficialmente el significado de este término en el sentido en que generalmente se usa en los países de habla inglesa, aplicándolo a los "privilegios" para el mayor número, y denunciando al mismo tiempo la democracia en el sentido original de la palabra.—Véase la encíclica, *Graves de Communi.*

de socialismo; ni podemos tampoco decir que el socialismo del día considera la guerra de clases como dogma fundamental, aunque hay todavía socialistas que se adhieren a esta creencia. Por consiguiente, si la palabra "socialismo" ha de tener significado genérico y preciso, debemos buscarlo fuera de determinadas doctrinas. Los comunistas, los internacionalistas, los sindicalistas—tomando las tres divisiones principales en que el movimiento socialista se ha desintegrado—proclaman teorías y doctrinas fundamentalmente antagónicas entre sí en diversas maneras. Todos ellos se encuentran en terreno común por cierta tendencia, quizá diremos mejor, cierta atmósfera mental, más bien que por sus doctrinas.

Esta tendencia o atmósfera mental común es lo que trataremos ahora de determinar.

En el sentido estricto de la palabra, puede justamente llamarse socialista toda teoría o sistema que substituye a los dictados de la conciencia la acción legislativa del estado o de la comunidad como factor final para establecer las leyes morales, ya sea con relación al individuo o a la colectividad. No es tanto la propiedad nacional como la sanción del estado, desprendiéndose de la fundamental libertad de la conciencia individual, lo que constituye la formativa calidad radical del movimiento social desde su iniciación. Esta sanción del estado puede investirse en el ayuntamiento o en un parlamento representativo de la nación o en alguna organización legal de obreros; mas, de cualquier modo que la autoridad se formule, la conciencia individual queda invalidada por la acción conjunta de la colectividad como reguladora final de la moral. El ideal estado o comunidad socialista no solamente determina la conducta de acuerdo con la ley moral, sino que crea esta misma ley moral para que sea aceptada por el individuo.

Puede decirse que a esto, después de todo, es a lo que ha tendido durante muchos siglos la teoría del estado, tan ampliamente reconocida: ha encontrado ya lógica expresión en el militarismo de Prusia y el liberalismo de Francia. Es positivo; la única diferencia consiste en la manera en que se expresa esta devoción del socialista por el estado. El socialismo profesa su religión del estado en valores económicos, en tanto que la autocracia prusiana y el liberalismo francés le rinden culto en el altar de la milicia y de la política; y es probable que por esta razón el socialismo haya encontrado desarrollo más propicio en Francia y Alemania, donde la devoción por el estado ha moldeado lógicamente el pensamiento del pueblo. En efecto, tanto en la teoría de la omnipotencia del estado, a la sombra de la cual medraron el militarismo prusiano y el liberalismo francés, como en el ideal socialista se trata simplemente de reemplazar el mecanismo gubernativo, substituyendo una forma de servidumbre moral por otra. En tal terreno, el partidario del estado omnipotente, ya sea militarista o capitalista, o se califique a sí mismo bajo cualquiera otra denominación, se halla moralmente en situación desventajosa en su oposición al socialismo; porque, una vez admitido que la ley del estado o de la comunidad es la suprema ley moral, puede argüir el socialista que el pueblo en conjunto tiene mayor derecho a dictar leyes y gobernar al estado. Por consiguiente, cuando se acusa al socialismo de la tendencia a crear un estado servil, la censura alcanza igualmente a las modernas teorías y prácticas del estado. A este respecto, el socialista no ha hecho sino adherirse con demasiada fidelidad al principio fundamental de gobierno, contra el cual solamente han protestado en la época actual la iglesia católica por sus doctrinas y, en mayor grado, los pueblos de habla inglesa por su instinto inherente de libertad personal.

Mas, aunque el movimiento socialista se haya apropiado la idea fundamental de la teoría moderna en su concepto de que el estado es el árbitro supremo de la ley moral, sus tendencias son opuestas al nacionalismo del estado moderno. La forma francesa del socialismo ha tendido a dividir la nación en pequeños cuerpos seccionales: la comuna y la organización sindicalista del trabajo son sus frutos; la forma alemana, de otro lado, ha tendido a la creación de un imperio socialista, saltando sobre las fronteras naturales y reuniendo a los obreros de todas las naciones en una comunidad universal; de la inspiración alemana brotaron los internacionalistas. Por ahora,

en tanto que funden sus fuerzas en un todo más orgánico, es posible que los socialistas reconozcan la unidad nacional como medio de conseguir sus propósitos. Intentan así apoderarse de poder gobernante en la nación y utilizarlo para sus propios fines; pero el objeto en sí mismo es antinacional: la comunidad socialista no reconoce estado; proclama que el mundo entero es su patria; y doquiera que se establezca pretende adjudicarse la suprema autoridad.

No obstante, lo repetimos, atropellando así la soberanía nacional, pueden argüir los socialistas que no hacen sino arrancar una página de la tiranía capitalista que ha convertido la legislatura y el gobierno nacional en poco menos que una parodia del mundo industrial y político. Las guerras, las crisis internacionales y la adopción o rechazo de las leyes se han forjado en la bolsa y bajo la influencia de la industria capitalista. Los parlamentos han constituído la legislatura de los capitalistas más que la de la nación. La comunidad socialista es apenas, si lo es en forma alguna, tan antinacional como la comunidad capitalista ha tendido a convertirse en años recientes. El desarrollo moderno de los monopolios y las asociaciones internacionales se orienta en la misma dirección que el antinacionalismo socialista; tan es así, que puede temerse, teniendo en cuenta la agudeza de la inventiva humana, que, en condiciones francamente socialistas, encontrara el capitalista mayores facilidades aún para explotar al estado en provecho propio. Entre los recientes desenvolvimientos del capitalismo en la industria y el ideal socialista, poco margen queda para hablar de antinacionalismo, excepto que el socialista confiesa sus propósitos con mayor franqueza. En cuanto se refiere al capitalismo y al socialismo, su conflicto mutuo se resuelve en la cuestión de quién haya de dominar en el gobierno de la comunidad, y no entra en juego principio alguno más elevado. Para quien no percibe otro resultado, la lucha constituye en ambos lados una guerra de clases, y en el terreno de la moral las simpatías pueden dirigirse al socialista con tanta razón como al capitalista.

Tenemos así que el socialismo nació, por una parte, del sistema gubernativo que ha moldeado el carácter del estado moderno durante el siglo reciente; y por otra, se originó en la simpatía por las masas atropelladas en las existentes condiciones del estado. De allí se desprende que muchas de las censuras dirigidas contra esta doctrina en la esfera moral se aplican fatalmente y con igual justicia al estado moderno. Si se proclama que el socialismo tiende a la servidumbre del estado, lo mismo puede decirse de la teoría del estado conforme se acepta ahora en casi todas las naciones modernas; si se dice que el socialismo es antinacional, asimismo lo es el desenvolvimiento moderno del capitalismo. Y si se acusa al movimiento socialista de tendencias laicas y anticristianas, indudablemente hay muy poco que escoger entre dicho movimiento y la mayor parte de los gobiernos modernos.

Apenas si podrán los mismos socialistas negar el carácter laico de la propaganda socialista. Algunos rechazarán el concepto de que sea anticristiano u opuesto al espíritu religioso; y en efecto, el socialismo está fortificado por sincero sentimiento religioso en muchos de sus partidarios. Sin embargo, el movimiento en general tiende al secularismo y es manifiestamente anticlerical. Como religión objetiva, provista de organización y autoridad, independiente del estado socialista, el cristianismo no tiene cabida en el ideal socialista. Quiza sea tolerada la iglesia como cuestión de conveniencia, del mismo modo que se toleran en la práctica las instituciones nacionales por alos de los partidarios que vislumbran que el ideal del estado socialista habrá de pasar por un período de componendas revolucionarias; pero la tendencia general es opuesta al cristianismo institucional y dogmático.[2] No obstante, aun así cabe dudar si la iglesia estaría prácticamente en peor condición en el estado socialista de lo que se encuentra ahora bajo muchos gobiernos o autocracias liberales que proclaman la omnipotencia del estado. En efecto, a comienzos de la era socialista la iglesia podría verosímilmente encontrar que se le concedía mayor libertad en de-

[2]Aun socialista tan persuasivo como Mr. Rámsay MacDónald admite que en el estado socialista la instrucción religiosa quedará relegada al hogar y no se enseñará en las escuelas.—*The Socialist Movement*, página 156.

talle de la que gozara en un estado liberal, autocrático y oligárquico, como los que la moderna teoría del estado ha desarrollado en el continente europeo; pero, tarde o temprano, predominaría el carácter de absolutismo del estado socialista. Y sucedería así por cuanto, cualesquiera que sean las diferencias de doctrina entre los socialistas, trabajan todos ellos en la convicción de que el ideal estado o comunidad socialista encarna la suprema autoridad moral y es el árbitro último de las libertades humanas. Esta convicción es lo que constituye un abismo infranqueable entre el socialismo y el movimiento democrático no socialista. El socialismo no representa solamente una teoría económica: es una forma de culto al estado; en sentido estricto y más amplio, es la religión del estado. Por tal razón es esencialmente opuesto, en carácter y tendencias, al ideal de una libre democracia a tenor del espíritu que anima la reforma social, política y económica entre las masas de los pueblos de habla inglesa.

Estudiando su respectivo programa, no es fácil discernir diferencias entre los dos movimientos: la distinción reside en el propósito final a que ambos tienden y en el espíritu de la ética en que tales propósitos se manifiestan. El uno se orienta hacia la libertad en el estado; el otro hacia una autoridad absolutista del estado. El movimiento puramente democrático proclama que todo individuo, ya sea obrero, patrón o capitalista, tiene derechos humanos que el estado debe reconocer y proteger, pero que de ninguna manera se derivan del estado y sobre los cuales el estado no posee, en consecuencia, autoridad absoluta; los socialistas, a semejanza de las modernas teorías, al estilo de Rousseau y Kant, sobre el estado, insisten en que todos los derechos y prerrogativas se derivan del estado y no tienen, por ende, otra sanción que la ley del estado.

Entre estos dos movimientos existe, por lo tanto, una separación final de mayor trascendencia que entre el socialismo y el monopolio capitalista, o entre la teoría del estado socialista y la teoría que ha dado como fruto las autocracias y burocracias de los tiempos modernos. El punto en cuestión entre el demócrata puro y el socialista es la diferencia entre la libertad individual y el absolutismo del estado: en última instancia es el mismo conflicto que existe entre una libre democracia y el absolutismo militarista, capitalista o político que combaten los mismos socialistas. Donde aparecen puntos de contacto en los programas democrático y socialista es en que ambos se oponen a los males que estas otras formas de autoridad absolutista han desarrollado. En su oposición al abuso capitalista de la industria, denuncian a menudo los mismos abusos y proponen idénticas medidas de importancia inmediata, como, por ejemplo, cuanto se refiere a salarios equitativos, a la participación del obrero en el manejo de las industrias, al derecho a un empleo, y a la provisión para la edad senil y las enfermedades. En cuanto al absolutismo militar, tanto el ciudadano puramente demócrata como el socialista son opuestos por principio a los ejércitos de conscriptos y a las guerras de conquistas. Hay otros puntos menos evidentes de contacto cuando se trata simplemente de la burocracia política, porque allí encuentra el socialista afinidad más inmediata con la teoría del estado que pretende remover o capturar.

Mas, aunque el demócrata y el socialista estén de acuerdo en cuestiones prácticas de resultado inmediato, los fundamentos éticos de su respectiva acción provocan desacuerdos esenciales, sencillamente porque su propósito final es diferente: el uno tiende a la libertad; el otro, al absolutismo del estado. Esta discordancia se hace patente en su actitud diversa hacia la asociación voluntaria en la vida nacional. El reformador no socialista juzga la asociación voluntaria como el instrumento primordial para mantener y hacer efectivos los derechos del hombre: en este sentido es partidario de los gremios de obreros. La asociación voluntaria es, en su concepto, una fuerza natural propulsora para asegurar condiciones humanas satisfactorias, porque descansa principalmente en el sentimiento del derecho individual; y sostiene que este sentimiento o conciencia del derecho es la base inmediata del carácter moral del estado y la prueba final y práctica de la validez de sus leyes. En la asociación voluntaria la conciencia individual tiene mayor ocasión de liberarse y desarrollarse

con vigor: la voluntad del grupo responde mejor a la expresión de la voluntad individual, asumiendo, por consiguiente, carácter más bien moral que puramente legal.

Para el reformador no socialista, esta distinción entre la determinación moral de la vida humana y la puramente legal es de inmensa importancia: determina esencialmente que el hombre es libre y no esclavo; y, en consecuencia, el movimiento puramente democrático actúa hasta donde sea posible por medio de la libre actividad de la asociación voluntaria, de preferencia a someterse a leyes dictadas por alguna autoridad superior. La legislación, sostiene, debe responder a la libre demanda del pueblo, ya sea individualmente o en asociación vountaria; por lo tanto, la asociación voluntaria es, en su concepto, parte integrante del estado y, en gran manera, la base del gobierno del estado. La tendencia socialista, por otra parte, es menospreciar la asociación voluntaria, salvo como una fase del movimiento hacia la asociación legal del estado. Su actitud hacia los gremios de obreros y el movimiento cooperativo ejemplariza su actitud hacia la asociación voluntaria en general. Desde el principio se ha visto en estos dos movimientos de la tendencia democrática una recusación del ideal socialista al mismo tiempo que una forma de llegar a la realización del socialismo.

En sus caracteres originales los gremios de obreros y el movimiento cooperativo eran esencialmente antisocialistas, puesto que proclamaban los ideales de protección mutua y de libre asociación; pero en su oposición al monopolio capitalista había cierta inmediata afinidad de propósitos entre tales agrupaciones y el movimiento socialista. El socialismo se ha valido de esta circunstancia para apoderarse de los gremios de obreros y del movimiento cooperativo: su sistema ha sido aliarse con los movimientos contrarios al orden existente; mas, dondequiera que se ha convertido en influencia predominante, estos movimientos han perdido su espontaneidad original, sometiéndose cada vez más a la iniciativa del estado o abdicando al manejo del mecanismo de la organización. Así es como, bajo la influencia socialista, los gremios de obreros tienden a explotar al trabajador en interés de una teoría política y a amordazar toda expresión individual de opinión que rechace dicha teoría. Afortunadamente para la causa de la libertad política y económica, el mayor número de obreros en las naciones de habla inglesa no están dispuestos a dejarse explotar. La demanda por descentralización aun mayor entre los gremios de obreros, aunque representa en algunos casos la conversión al ideal comunista, en cuanto se refiere a la oposición al imperialismo internacional, significa a menudo la rebelión contra el socialismo mismo en favor de una autoridad libre y democrática.

Por consiguiente, el punto determinante en que la tendencia democrática no socialista y la socialista difieren fundamentalmente es respecto del *carácter* de la autoridad y gobierno del estado: es una recrudescencia, en nuevos valores, del antiguo conflicto entre la libertad democrática y el absolutismo del estado. Mas por la misma razón el movimiento puramente democrático se halla en cierto modo en situación desfavorable frente al socialista, porque en casi todos los países el sistema político y económico está al presente en manos de los socialistas. La tendencia al culto del estado, alimentada por el militarismo alemán y el liberalismo francés, ha preparado el terreno para que el pueblo acepte una forma de absolutismo político que ofrece mayores ventajas a la comunidad en general; al mismo tiempo que el desarrollo de los monopolios y asociaciones capitalistas ha conducido a muchos a adherirse al principio del manejo del capital por el estado. Si el absolutismo y la tiranía han de reinar, queda muy poco que decir en contra de la tiranía democrática, pues que naturalmente los obreros y el pueblo en general se ven reducidos a luchar por una tiranía en base más amplia: es la línea de menor resistencia. Ni puede dudarse tampoco del resultado final, si la lucha política y económica ha de lidiarse entre el socialismo y otras formas de absolutismo gubernativo y monopolio capitalista. Las fuerzas espirituales del mundo se alistan hoy con ímpetu demasiado poderoso en contra de los sistemas prevalecientes para permitirles una victoria decisiva; y entre estos sistemas y el socialismo, al último corres-

ponderá la victoria temporalmente, a menos que la sociedad política y económica se moldee sobre el patrón de una libre democracia que procure a todo indivduo y a toda clase de individuos el sentimiento de la verdadera libertad, asegurada por la conciencia moral de la colectividad y protegida contra la tiranía de la riqueza y de la autoridad política.

Consumación democrática de tal naturaleza significaría transformación mucho más fundamental en el ideal gubernativo de la comunidad que la que pudiera producir el triunfo del socialismo, y provocaría cambios básicos en todas las esferas de la vida social. El derecho de la propiedad privada se colocaría en base moral diferente de la que se ha aceptado en el mundo industrial moderno, con el resultado de que la riqueza se distribuyera más equitativamente; la posición social y el adelanto estarían más definidamente en armonía con el mérito real del hombre y sus servicios a la comunidad; la autoridad política correspondería en mayor proporción al pueblo en general. El cambio sería fundamental; pero sería fundamental simplemente en cuanto se refiere a los abusos de la riqueza y del poder, abusos que se han desarrollado bajo la tiránica teoría del moderno estado europeo y los desenvolvimientos recientes de la industria capitalista. Encaminando los esfuerzos a remediar los verdaderos abusos, el cambio producido por un movimiento libre democrático sería evolucionario más bien que revolucionario, derivándose de la aplicación del principio moral y del despertamiento de la conciencia; y retendría su libertad y su carácter moral en la misma proporción en que se adhiriera a los principios de la ética y subordinara las teorías políticas y económicas a estos principios. La tendencia socialista, por otro lado, como la teoría del estado moderno y el monopolio capitalista, crearía su propia ética de acuerdo con su ideal preconcebido en la esfera política y económica.

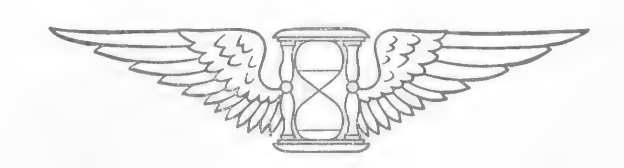
La elección que afrontamos al presente no es en manera alguna entre un cambio radical del sistema social o continuar en el mismo estado de cosas. El entero sistema social, tanto político como económico, se encuentra en un torbellino de transformaciones, y el elemento de cambio ha estado a la obra con creciente vigor e intensidad durante muchos años. No hay escapatoria. La crítica elección del momento es entre servidumbre política y económica por un lado y libertad real por el otro. La servidumbre puede ser la del presente estado burocrático, la del monopolio capitalista, o posiblemente la de la comunidad socialista, a menos que nuestra vida social se reforme prontamente sobre la base de una libertad más humana dictada por los principios morales. No se trata ahora del espíritu conservador de otras épocas y de las llamadas fuerzas del progreso. El añejo espíritu conservador no existe ya como una fuerza en el mundo: ha sido desarraigado por sus propios vástagos. El monopolio capitalista no tiene más consideración que el socialismo por los derechos de la propiedad privada; quizá menos que muchos socialistas. La burocracia del estado se inquieta muy poco de las antiguas normas de la vida política, salvo en cuanto puedan servir a sus propósitos. El antiguo espíritu conservador está muerto, política y económicamente. La única fuerza que todavía se sostiene contra la consumación de un estado servil es el instinto de la libertad personal, que en nuestra época ha encontrado su más insistente vocero en las organizaciones no socialistas del trabajo.

De allí que la futura cuestión que deben proponerse todos aquellos que aman la libertad y contemplan con recelo la posibilidad de un estado absolutista, sea la siguiente: ¿Están dispuestos a empujar a todas estas organizaciones no socialistas del trabajo al campo socialista por una rotunda negativa a considerar las reclamaciones de la clase obrera, porque tales reclamaciones parecen amenazar a primera vista el orden actual de cosas? En muchos casos la negativa proviene de ignorancia de las verdaderas condiciones de las cosas. Están hipnotizados por palabras que en otro tiempo tenían real significación con respecto al concepto de libertad y de estado libre, pero que hoy carecen de significado en el proceso de los cambios que han sobrevenido. "Los derechos del capital" es una de estas frases; pero en las condiciones actuales no son "los derechos del capital" la fuerza impulsora de la revolución obrera, sino los abusos del capital traduciéndose en asocia-

ciones y monopolios y en su negativa a procurar condiciones de trabajo elementalmente humanas. Una de las necesidades más imperativas del día es revisar palabras y frases en cuanto concierne a su real significado en las controversias que ahora se sostienen. Otra necesidad es la de tomar amplias perspectivas y no mirar solamente los aspectos inmediatos: estamos en momentos de alta marea, en que desaparecen rápidamente las antiguas señales. Si algo ha de conservarse de lo que ha tenido valor vital en el pasado, lo conseguiremos únicamente probando sus cualidades morales frente a las nuevas condiciones que debemos afrontar.

Por esta razón, si no por otra, el gremio católico y todos los que anhelan una sociedad y un estado cristianos no deben mantenerse en la hostilidad o la apatía cuando las organizaciones no socialistas del trabajo demandan mayores prerrogativas para los obreros y condiciones más humanas de labor. Luchan, en realidad, por algo más que la libertad de la clase obrera: en último término, luchan por nivel moral más elevado y por los privilegios de la sociedad en general. Combaten el monopolio capitalista, y en cierto modo la burocracia del estado en la causa de las libertades humanas, a la vez que la tendencia socialista a establecer un nuevo monopolio y una nueva burocracia sobre la sociedad. Y defienden así, por lo menos indirectamente, la causa misma del cristianismo. No atacan la democracia libre, sino el estado absolutista, bajo cualquier forma que aparezca, y el estado gobernado por las fuerzas inmorales del trabajo o por sociedades antinacionales que representan la negación seglar de la iglesia como lo son igualmente de las libertades humanas. En el movimiento no socialista del trabajo tiene el cristianismo su más natural y poderoso aliado seglar de la época presente, del mismo modo que en el siglo décimotercio la causa de la religión marchó unida a la causa de la libertad nacional en las luchas políticas, económicas y sociales de aquel tiempo. Lo que el movimiento no socialista del trabajo necesita ahora, para escapar a la propaganda socialista, es una clara definición del valor moral de sus demandas: definición que sólo podrá dársele mediante una franca y leal cooperación entre las fuerzas religiosas del pueblo cristiano y las tendencias seglares hacia una libre democracia. Únicamente así podremos librarnos de la dominación de un estado absolutista y anticristiano.

A menos de que se produzca una franca alianza, existe el peligro inmediato de que los obreros no socialistas sean arrastrados a la idea de que el movimiento socialista constituye el único medio de sostenerse contra una irrazonable oposición de parte de los patrones o de la demoledora máquina de las compañías capitalistas. En este caso quedarían afectados tanto el cristianismo como la libertad humana. Afortunadamente, "el problema social" aparece con mayor vividez ante la ética cristiana y las perspectivas religiosas del pueblo cristiano. De la simpatía vaga hacia el trabajador por las duras condiciones de su vida, vamos pasando a simpatía más definida y comprensiva respecto de sus demandas. En el desenvolvimiento ulterior de esta alianza instintiva reside la esperanza del porvenir para todos los que anhelan una libre y cristiana democracia.



JÓSEPH JÉFFERSON

POR

GAMALIEL BRÁDFORD

Jóseph Jéfferson, el conocido actor, fué oriundo de Filadelfia, donde nació el 20 de febrero de 1829. Era de raza de artistas, siendo el cuarto de su familia y el tercero de su nombre en la escena. Después de una vida accidentada, falleció en Palm Beach, Florida, habiendo conservado hasta su muerte los rasgos distintivos de su carácter simpático y original. El autor nos relata la vida y peripecias artísticas del héroe de este artículo, mencionando anécdotas interesantes que revelan el temperamento amable de Jéfferson, tanto en su aspecto humano como profesional.—LA REDACCIÓN.

I

JÉFFERSON no nació en la escena, pero su familia estuvo asociada a la vida del teatro por varias generaciones. Su primera aparición en las tablas, hasta donde él pudiera recordarlo, fué cuando contaba tres años, en 1832; y continuó representando toda clase de papeles y experimentando toda clase de impresiones casi hasta su fallecimiento en 1905. La influencia y atmósfera del teatro parecían rodearle en todo tiempo. Creció en medio de la extraña riqueza de contrastes de la bohemia vagamunda que los sueños juveniles asimilan con la profesión, y soportó con la indiferencia de la juventud su pleno lote de rudos golpes y acerbas luchas. Poseía, además, gran dosis de aquel temperamento fácil y asequible que goza el encanto de esa vida y toma los contratiempos conforme vienen. Su padre lo tuvo todavía en mayor grado. Cuando se vió reducido a una completa bancarrota se entregó a la distracción de la pesca, y decía a quienes le veían ocupar así sus horas: "Lo he perdido todo, y estoy tan pobre ahora que no puedo permitir que nada me altere." El hijo heredó de su madre alma de constitución algo más vigorosa. Desagradábale la bancarrota, y la evitó en consecuencia. Sin embargo, saboreaba plenamente los deleites de una vida nómada y de horizontes varios. Decía a este respecto: "Experimento una sensación de libertad, de regocijo, de vida bohemia, que tiene para mí atracción irresistible." Se cuenta que su abuela murió riendo. Él vivió riendo, en todo caso, o sonriendo con tierna simpatía a todos los extraños vagares de la existencia. Para asegurarse de ello basta sólo estudiar sus retratos, aquella faz curiosamente arrugada, como si generaciones risueñas la hubieran modelado hasta su perfecta expresión de todo lo tierno y todo lo regocijado.

Lo más notable del caso es que en medio de este profuso contacto con todos los aspectos de la vida humana, que deben haber incluído lo más bajo, lo más sórdido, lo más vicioso, el hombre hubiera conservado una naturaleza elevada y pura hasta un grado superlativo. Seguramente, nadie había vivido más en el mundo ni pertenecido más al mundo en cierto sentido; y, sin embargo, muy pocos se han mantenido tan inmaculados como él a este contacto. A menudo citaba con aprobación el hermoso dicho: "No podemos cambiar el mundo, pero podemos mantenernos apartados de su cieno." Así lo realizó en espíritu. Su gran amigo, el presidente Cléveland, decía de él: "Muchos saben cuán libre se encontraba del odio, malicia y falta de caridad; mas pocos saben cuán armoniosamente se fundían las cualidades de su corazón y de su mente para crear un hombre honrado, recto, sincero y temeroso de Dios." Y el coronel Wátterson, que le conocía a fondo, hace observar todavía más especificadamente: "Nunca he tratado a hombre alguno de sensibilidad moral más aguda. Amaba todo lo respetable, y detestaba todo lo mezquino."

Este diapasón moral no significaba solamente el criterio elevado de una naturaleza sana y bien equilibrada: era una delicadeza instintiva, refinada, que rechazaba los sutiles matices de la vulgaridad tanto como las rudas manifestaciones brutales. No quiere decir esto que Jéfferson fuera en manera alguna puritano. La sugestión sería risi-

ble. Pero evitaba lo obsceno como evitaba lo asqueroso; desagradábale la grosería tanto en la escena como en el salón, y aun afirmaba que ésta última era la medida de la primera, lo cual es quizá avanzar demasiado. Deseaba en la escena igual decoro que en otros tiempos. "El teatro de Booth," decía, "se conduce como debe conducirse un teatro: como una iglesia en el interior, y una oficina de contabilidad en el exterior."

No solamente evitaba la relajación moral de la Bohemia, no podía tolerar su indolente indiferencia hacia los métodos artísticos. Consideraba profunda y cuidadosamente la índole de su arte, y no cesó de reflexionar sobre ello todo el tiempo que lo practicó. Sus propósitos tenían orientación definida, y aunque en algunos casos no coincidamos con su criterio, hemos de reconocer su validez en un temperamento como el de Jéfferson. No aceptaba el realismo. El arte, insistía, es por naturaleza propia selectivo, sugestivo; debe dirigirse a ofrecer la esencia espiritual, y no los detalles materiales, superficiales. Hasta donde tales detalles sirvieran al espíritu, debían usarse y dárseles amplia relevancia; pero debían eliminarse por completo siempre que amenazaran arrollar y ahogar al espíritu.

Prestaba atención cuidadosa al auditorio y a su punto de vista. El vigor de su arte dramático residía en la distinción y en el sello de humano sentimiento, pero acentuando más el sentimiento; y conocía y estudiaba los corazones humanos a quienes se dirigía. Dirigíase, en verdad, a todos los corazones humanos. No era actor solamente para el público vestido de trajes de etiqueta y cubierto de diamantes. La recomendación que hacía a Miss Shaw de recordar la segunda galería es admirable: "Tienen tanto derecho a escuchar y ver y gozar como el público de los palcos."

Reflexionaba y hablaba a menudo acerca del crítico y magno problema de si el actor debe representar de acuerdo con el sentimiento o con la inteligencia. Para el penetrante sentido común de Jéfferson esta cuestión apenas si podía llamarse problema. Todo actor debe usar a la vez de la inteligencia y el sentimiento, variando la proporción según el temperamento del artista. Al fondo de toda caracterización afortunada debe residir una intensa simpatía imaginativa con la emoción del personaje que se trata de encarnar; pero esta simpatía imaginativa necesita estar regulada por claro y competente análisis. Indudablemente que ningún actor podía tener una sensibilidad más aguda que Jéfferson. Cierta ocasión, al llegar a un momento patético de un papel que había representado muchas veces, Jéfferson balbuceó y pareció perder el dominio de sí mismo, y el telón hubo de caer intempestivamente. "Desfallecí," explicaba después, "desfallecí completamente. Tuve que retirarme de la escena para recobrarme; pero no pude lograrlo, y fué necesario bajar el telón." Sin embargo, por lo general podía dominarse en las situaciones más intensas hasta el punto de hacer indicaciones a sus camaradas de arte; y resumía el problema entero en la conocida máxima: "El actor debe tener cabeza serena y corazón ardiente."

A la par que consumado en el análisis de su profesión era Jéfferson hábil y concienzudo en la práctica. Aun cuando en sus últimos años se limitó a ciertos papeles, había sido en su juventud actor de vasto repertorio; pero nunca cesó de estudiar las partes en que descollaba, en busca de nuevos efectos y posibilidades, ni se echó a descansar sobre sus laureles y su establecida fama olvidando el trabajo necesario para mantenerlos. "Aprendo algo más de mi arte cada noche," acostumbraba decir, aun en su edad madura. Y no solamente trabajaba, sino que lo hacía con método y previsión. En su *Autobiography* nos habla de que era descuidado y poco exacto en cuanto a hechos concretos, y quizá sucedía así en asuntos indiferentes; pero cuando se trataba de organizar una campaña, sabía y obtenía aquello que buscaba. Era un excelente hombre de negocios. Muchos actores ganan sumas enormes y las dejan evaporarse entre sus dedos. No pasaba lo mismo con Jéfferson: sus ideas respecto de la administración de los negocios eran amplias y liberales; jamás demostraba malevolencia o mezquindad. Como prueba, pueden citarse sus excelentes observaciones sobre la rivalidad y la oposición. Ni deseaba tampoco el dinero por el dinero; una ganancia moderada le satisfacía. "Menos de esto resultaría quizá inconveniente; ma-

yor cantidad sería un estorbo." Sin embargo, la dura experiencia le había enseñado el valor del dinero, el placer que puede procurar y las miserias que puede evitar; y cuando entraban los dólares, los conservaba.

En sus relaciones con sus camaradas de la profesión parece haber sido agradabilísimo. Por lo menos, yo he buscado minuciosamente sus defectos sin llegar a descubrirlos. Gustaba de las bromas, como en el caso de un petimetre exquisitamente ataviado a quien debía abrazar en la escena: "Lo apreté estrechamente, desarreglando sus rizos, y entonces le oí murmurar en un tono de positiva agonía:—¡Oh, Dios mío!—No le había maltratado en lo menor, mas parecía creer que había llegado su última hora." Es indudable que Jéfferson toleraba de buena gana tales bromas cuando se las jugaban a él. Ponía también al desnudo, con encantadora franqueza, las debilidades a que está sujeta la naturaleza humana. ¿Celos? "En este caso mi rival se manifestó muy buen actor, pero no tan bueno como para tener celos de mí. Si la situación hubiera sido a la inversa, es probable que yo me hubiera sentido celoso de él." ¿Irritabilidad? Era irritable, y lo demostraba, como él mismo lo ilustra con diversos ejemplos. ¿Querellas? Ocurrieron en su vida, como en casi todas las vidas, y él admite que su actuación no fué siempre laudable; pero las querellas se aquietaban y disipaban pronto a impulsos de su liberal comprensión del corazón humano y de su amor por la humanidad. Sobre todo, una sana filosofía le había enseñado que ninguna querella debe perpetuarse discutiendo o haciendo ostentación del conflicto. "Si la gente comprendiera cuán poco se interesa el público por las querellas individuales—excepto para reírse de los contendientes—lo pensaría dos veces antes de lanzarse a una controversia periodística." Si Whístler hubiera aprendido esta lección, habría sido más placentera la lectura de la historia de su vida.

Las buenas relaciones de Jéfferson con sus camaradas no se reducían en manera alguna a la actitud negativa. Estaba siempre dispuesto a correr una juerga con ellos. Se interesaba cordialmente en sus asuntos. Tenía siempre la mejor voluntad para brindarles su tiempo y su dinero, salvándoles de cualquiera dificultad. Era capaz de algo quizá más arduo: encomiar liberalmente y con discernimiento su actuación artística. Y, vivos o muertos, defendía siempre su dignidad profesional. Cuando cierto ministro de tono rehusó celebrar el servicio fúnebre de un actor a causa de su profesión, Jéfferson preguntó indignado si no había cualquiera otra iglesia donde pudieran celebrarse las exequias. "Hay una pequeña iglesia a la vuelta de la esquina," le respondieron. "Si es así, ¡Dios bendiga *la iglesita a la vuelta de la esquina!*" exclamó. Este nombre se conserva todavía. No es de extrañar que cierto amigo suyo que le conocía íntimamente escribiera: "Era la persona más atrayente que heen contrado, dentro de la profesión y en todos los aspectos de la vida."

Prueba mejor aún de sus cualidades que la simpatía por sus compañeros de arte, es la forma en que manejaba a los actores de su propia compañía que se hallaban bajo su responsabilidad directa. Es evidente que mantenía la disciplina. No toleraba irregularidades en su conducta ni en sus métodos artísticos; pero era discreto en su disciplina, y suave, tan suave, nos dicen, con sus subordinados como pudiera serlo con sus propios hijos o sus nietos. Tenía paciencia admirable para afrontar accidentes y dificultades imprevistas. Una noche el telón cayó inesperadamente en medio de una escena culminante. Jéfferson aceptó la situación con perfecta calma. Averiguando más tarde la causa de este contratiempo, uno de los operarios del escenario explicó que se había recostado inadvertidamente sobre el botón que daba la señal. "Bien," dijo Jéfferson; "pero, ¿será usted tan amable que busque otro lugar para recostarse durante la representación de mañana?"

Auxiliaba siempre a quienes le rodeaban, y les daba consejos y estímulo cuando era necesario, realizando esto último más por la fuerza y sugestión del ejemplo que por amonestaciones constantes. No era posible estar cerca de él sin aprender algo, poseyendo un átomo siquiera de las cualidades que conducen al éxito. Tranquilizaba a grandes artistas que se sentían atemorizados y desalentados a su sola pre-

sencia. Cuando veía que alguien estaba ansioso y turbado, "nos ponía la mano en el hombro con aquella su manera suave que pacificaba la inquietud y parecía volverlo todo fácil y posible, diciendo: —Todo saldrá bien.—"

Es verdad que algunos afirmaban, y lo hacen todavía, que Jéfferson pretendía apoderarse por completo del escenario y de la pieza. En cierta etapa de su carrera llegó a ser astro de primera magnitud. Entonces alteraba los dramas para hacer brillar su propia prominencia, y por último concentró sus esfuerzos en cierta pieza insignificante que se adaptaba a su temperamento y le granjeó enormes triunfos en su profesión. Puede argüirse con justicia que esta tendencia a atraer la atención sobre sí mismo le hizo mantenerse apartado de verdaderas obras maestras; y quizá, con más sutileza, que no poseía el genio necesario para imponerse indiscutiblemente como maestro en dichas obras maestras. Por otra parte, sus admiradores insisten en que antes de convertirse en intérprete sólo de determinados papeles, apareció en repertorio muy variado, quizá más de cien piezas, representando todos sus personajes con habilidad, si no de manera triunfal. Es indudable que Jéfferson sentía vivamente estos cargos de imposición y repetición de sí mismo, aunque los afrontaba con su encantador espíritu festivo, como cuando refiere la historia de que sus amigos le ofrecieron como regalo de Pascuas la obra *The Rivals*, de la cual habían eliminado todos los personajes excepto aquel que él representaba. La frase más ingeniosa que pronunciara jamás acerca de la falta de variedad fué su respuesta a Matthews, que le acusaba de haber hecho su fortuna con un solo papel y una sola maleta: "Es preferible tal vez representar un solo papel de muchas maneras a representar muchos papeles de una sola manera."

Quizá la ilustración más interesante del concepto que Jéfferson abrigaba respecto de sus métodos profesionales se encuentra en la conversación que Miss Mary Shaw relata acerca de su interpretación de Gretchen en *Rip Van Winkle*. Miss Shaw se inclinaba a recalcar el matiz de ternura en Gretchen, pero Jéfferson puso remedio a esto inmediatamente. "En ningún momento de la pieza, con excepción del último acto, debe usted llamar la atención del público hacia norma alguna ordinaria de conducta o manera de sentir. Debe usted representar su parte con la idea de hacer sobresalir la figura central, Rip Van Winkle, como más y más simpática mientras más y más hiere el sentimiento, puesto que tal es el significado moral de la comedia." Y agregaba muchas otras cosas en igual sentido, todas admirablemente ingeniosas, y sabias en conjunto. Solamente que yo habría querido ver la sonrisa de Jéfferson cuando las decía.

Ya sonriera o estuviera serio, no puede dudarse que con toda su gentileza e ingenio chancero tenía una ambición inmensa, que conservó hasta su muerte. Una y otra vez la reconoce, con graciosa jovialidad que encierra sinceridad absoluta: "Mientras caía el telón la primera noche del estreno de aquella pieza admirablemente afortunada [*Our American Cousin*], visiones magníficas, comarcas extranjeras y creciente remuneración flotaban ante mis ojos, y resolví hacerme una estrella del arte dramático, si es que me era posible."

Quienes recuerdan sus triunfos posteriores no se dan cuenta de sus largos años de luchas y dificultades. Sufrió en su juventud la plaga del esfuerzo infructuoso. Hubo de soportar el hambre y el frío, la desilusión y el rechazo. Sus palabras acerca del fracaso están vívidamente impregnadas de íntimo conocimiento de tales condiciones. "Cuando fracasa un poeta, un pintor, un arquitecto o siquiera un mecánico, fracasa únicamente su obra; pero con el actor no pasa lo mismo: si no es aceptado, el rechazo es personal." Y más allá: "La mortificación de un desaire personal y público es tan dura de sobrellevar que uno busca siempre cualquiera excusa en vez de echarse la culpa a sí mismo." ¡Conocía bien, demasiado bien, el temor de las tablas, la desconfianza profunda de sí mismo y de la suerte! Hasta el fin de su carrera experimentó la inquietud de que pudiera sobrevenirle cualquiera incapacidad repentina, cualquier accidente imprevisto. "Me siento acometido de un temblor nervioso cada vez que debo trabajar con un nuevo personal de actores y actrices." A cierto aficionado que solicitaba de él un

remedio para la excitación nerviosa decía: "Si llega usted a encontrar alguno, le agradeceré que me lo indique."

Era tan sensible al aplauso y a la apreciación como al fracaso. Cuando comenzó a escuchar palabras encomiásticas las bebía con deleite. "¡Cuán ansioso me sentía en las mañanas por leer la opinión de los críticos, escudriñando rápidamente el periódico y saltando sobre los elogios de otros actores para llegar cuanto antes a lo que decían de mí!" Y los años no amenguaron este celo ni embotaron las punzadas de la crítica. Prefería en todo caso una lisonja discreta, como el doctor Johnson que decía a Hánnah More: "Señora, antes de elogiar a un hombre tan rotundamente en su cara, debería usted considerar si sus cumplidos son tan legítimos como para aceptarse." El método de Jéfferson era más suave. A cierta dama que lo aclamaba, "¡Oh, mi querido grande hombre!" le respondió: "Señora, por favor; me hace usted sentir desazonado." Pero cuando los cumplidos se prodigaban con arte, los saboreaba complacido. "Era sensible a la admiración genuina," dice Mr. Wilson. "Le he oído declarar después que le importaba un bledo toda opinión que no era sincera." Y cuando el aplauso venía, no individualmente, sino de un vasto auditorio, le exaltaba y regocijaba más que cualquiera otra cosa en la tierra. La excitación era tan intensa, tan superior a las impresiones normales, que, con sus ideas místicas, se inclinaba a relacionarla con alguna influencia magnética. "Afirmaba," dice Miss Shaw, "que cuanto prodigaba a su auditorio de tensión nerviosa, esfuerzo artístico, inspiración, volvía a él de nuevo plenamente, quintaesenciado y superabundante. . . . Mr. Jéfferson demostraba admirablemente esta gran verdad. He visto cómo este frágil anciano, después de estar en escena casi continuamente durante varias horas, en una pieza que había representado por treinta y siete años y que, por consiguiente, le ofrecía poco o ningún motivo de inspiración, salía cada noche absolutamente fresco del teatro en vez de sentirse agotado."

A pocos seres humanos ha sido dado el beber la copa del triunfo inmediato en toda su plenitud. El mismo Jéfferson se explayaba a menudo sobre la cualidad efímera de la gloria del actor. No hay duda de que esta convicción era lo que hacía tan patética su interpretación de la celebrada frase en *Rip Van Winkle*: "¿Se nos olvida, acaso, apenas desaparecemos?" E insistía en que era muy justo que esta gloria, por lo mismo de ser tan breve, debía saborearse inmensa y plenamente. La saboreó él con perfecto conocimiento de su instabilidad, pero la saboreó con largo y amplio deleite. Reconocía que su lote había sido afortunado, y que, aun cuando hubo de luchar por el éxito, había llegado a obtenerlo. "Suceda lo que sucediera, siempre me he sentido satisfecho," decía, "y creo haber tenido buenas razones para ello." Reconocía también en su triunfo la cualidad esencial que emana de un desenvolvimiento progresivo, y la definía en frase hermosa, "aquella dulce y gradual ascensión a la gloria, que produce efectos tan suavificadores." Su edad madura estuvo envuelta y penetrada del respeto, ternura y apreciación de jóvenes y viejos, ricos y pobres, sabios e ignorantes; y manifestó repetidamente su gratitud en los términos más conmovedores. "Esta vida de luminosa emoción me ha sido muy querida y magníficamente recompensada. . . . He tenido el doble galardón de la simpatía de la audiencia ante quien representaba, y de su efecto, que parece seguirme como acompaña el resplandor del sol al hombre que recorre los senderos de la selva que suben por las colinas en dirección al oriente. No; no podría expresarlo con palabras." Y luego añadía, con el matiz festivo peculiar que tanto encanto daba a su conversación: "Quizá sería conveniente que abandonara yo la escena antes de que el público tenga ocasión de cambiar sus juicios a mi respecto."

Como es sabido, el cenit de la afortunada carrera de Jéfferson fué el descubrimiento de *Rip Van Winkle*, no como una pieza nueva, por supuesto, sino como algo que se adaptaba admirablemente a su temperamento. Su relato de esta revelación, de cómo acudió la primera idea a su mente en el henil de cierta granja en un día de lluvia, del gradual desarrollo de la pieza, y de su triunfo final, es extremadamente curioso. Igualmente interesante es el análisis de la pieza. En la lectura aparece rústica,

inepta, inadecuada, vulgar. No es que el lenguaje sea sencillo. En su mayor parte no es sencillo sino pesado, vulgarmente pretencioso, cargado de aquel convencionalismo tan ajeno a la vida como al buen estilo literario. Sin embargo, Jéfferson se apoderó de este inválido, vacilante retazo de inepcia literaria, y en virtud de genuino poder dramático lo convirtió en obra maestra humana. Cuando se anunció por primera vez la pieza en Inglaterra, Boucicault, el autor, expresó algunas dudas acerca de la interpretación de Jéfferson. "Joe, creo que comete usted un error; está usted disparando sobre las cabezas." Jéfferson replicó: "No apunto siquiera a la cabeza; me dirijo al corazón." Y por cierto que no erró su blanco.

II

ESTO en cuanto se refiere al actor. Estudiándole, hemos obtenido algunas vislumbres del hombre, pero en este sentido merece ser analizado con mayor detenimiento. Examinaremos, ante todo, el aspecto intelectual. Su sagacidad, su penetración, su viva percepción de la vida y de la naturaleza humana constan en todos los relatos. Comprendía a hombres y a mujeres, adivinaba sus emociones, sus deseos, esperanzas y temores, midiéndolos indudablemente por los propios, lo cual es el sistema más seguro. En cuanto a sí mismo, hacía un análisis constante, minucioso y despiadado de sus sentimientos. Pocas personas han confiado al público con ingenuidad más encantadora sus observaciones a este respecto; es decir, siempre que lo creyera oportuno. Su *Autobiography* no es una confesión psicológica, y se refiere deliberadamente a su vida exterior; pero los matices que deja entrever de su naturaleza íntima poseen singular claridad. Admitía sus méritos, si hemos de guiarnos por los relatos de Mr. Wilson, cuyas conversaciones con Jéfferson tienen un sello vigoroso de sinceridad espiritual. "Usted actúa siempre en la forma más conveniente," decía Mr. Wilson. "Bien," replicaba Jéfferson modestamente; "creo que cometo menos errores que la generalidad de los hombres. A mi modo de ver, poseo más tacto que diplomacia, siendo enorme la diferencia entre ambas cualidades."

Esto me parece algo difícil de aceptar. Con todo, la amplia admisión de Jéfferson de sus defectos y debilidades aparece por todas partes, y es realmente encantadora. Una vez aceptó cierto papel por complacer a un amigo. "Lo hice, en parte por el deseo de ayudar a un antiguo compañero y en parte por ver mi nombre en grandes letras. Era la primera vez que saboreaba yo esta felicidad, y ejerció sobre mí una influencia de lo más pacificadora." Escucha a un actor rival y aprecia sus excelentes dotes, "aun cuando he de confesar que tuve que sostener ardua lucha interior para reconocerlo. Rememorando el ligero sentimiento de envidia que me invadió aquella noche, sospecho que había esperado ver algo que no fuera tan cabal, y me molestaba un poco encontrarlo tan excelente actor." Todos los actores y todos los hombres sienten estas cosas; pocos tienen la lealtad de confesarlas.

El espíritu vivaz y activo de Jéfferson le permitía además adquirir vastos conocimientos en muchas materias. "Nunca tuve ocasión de discutir con él tópico alguno de interés corriente o de momento," dice el coronel Wátterson, "que no arrojara sobre el asunto la luz de una comprensión penetrante a la par que de un criterio imparcial e inteligente." No debe suponerse, empero, que fuera un pensador sistemático o profundo; y sus conocimientos literarios, aunque vastos, eran algo superficiales. A pesar de que en sus discusiones y argumentos introducía a menudo a Shákespeare, a quien veneraba, jamás le había leído por completo.

La verdad es que estaba demasiado ocupado en vivir para dedicarse a leer. Saboreaba la vida en todas sus formas y energías. Agradábanle los deportes, y se consagraba a estos ejercicios con entusiasmo juvenil. Es conocida su afición por la pesca, que influyó en sus relaciones con el presidente Cléveland. El cordial compañerismo que reinaba entre ellos se ilustra en la divertida anécdota de la impaciente espera de Cléveland mientras Jéfferson charlaba a su placer con el comandante del *Oneida*. "¿Va usted a pescar o no?" clamó el presidente en su desesperación. "No me muevo de aquí hasta que haya acabado de contar mi historia al comodoro," replicó el actor.

Jéfferson cazaba en ocasiones tan bien como pescaba; pero en los últimos años las armas de fuego eran demasiado alevosas para su ternura natural. "No quiero dedicarme a la caza en adelante," murmuró; "no puedo soportar el ver morir a los pajarillos." Y es característico de su temperamento que observara más tarde a cierto reportero que aventuró algunos comentarios sobre el asunto: "¡Usted dijo que no le gustaba destruir! Me hizo tal impresión que desde entonces no he vuelto a cazar."

Jéfferson se habría consagrado más todavía a los deportes si no hubiera tenido otra afición fascinadora a que dedicaba la mayor parte del tiempo que podía distraer de sus ocupaciones ordinarias. Desde su niñez experimentó gran atracción por la pintura. Su padre había sido pintor escenográfico, y el hijo, apenas salido de la infancia, se apoderaba de los pinceles y colores del padre, ejercitándose con ellos durante horas enteras. Esta pasión persistió y se desarrolló con el tiempo, hasta el punto de que Jéfferson creía que de no haberse dedicado a las tablas habría sido pintor y pintor afortunado. Sus cuadros, paisajes por lo general, revelan la gracia, sensibilidad, y calidad sutilmente imaginativa de su temperamento, a la vez que la influencia de los grandes maestros de la pintura francesa a quienes consagraba ardiente admiración.

Lo más interesante de la pintura de Jéfferson es la atracción que ejercía sobre él y el entusiasmo con que se entregaba a este arte en cualquier momento. Siempre que estaba en casa se encastillaba en su estudio a trabajar. Cuando recorría el país trabajando con regularidad en la escena, "oíasele temprano en la mañana, alrededor de las seis y media, pedir su café, su paleta y sus pinceles. Era sumamente difícil entablar con él conversación alguna que no tuviera relación con la pintura." Es éste un caso curioso en que un hombre dotado de genio para cierta forma de arte se siente poseído del deseo de sobresalir en otro. Cuando se le preguntaba si era verdad que preferiría ser pintor a ser comediante, respondía rotundamente con la afirmativa. A todo evento, no se puede dudar de que la pintura absorbía sus pensamientos tanto como el teatro. Cuando estuvo en París decía: "He pintado cuadros todo el día y soñado con ellos toda la noche." Acariciaba la esperanza de que después de su muerte sus lienzos serían buscados y estimados, halagándole el ejemplo de Corot, cuyos cuadros no comenzaron a venderse hasta que el pintor alcanzó la edad de cincuenta años. Toda escena de belleza natural se traducía siempre para él en un cuadro. Cierto día, que admiraba una escena de esta clase, le dijo un amigo: "¿Por qué no la pinta usted? —¡No, no, no! Ahora no. —¿Cuándo?— ¡Oh! algún día . . . cuando la haya olvidado."

Anécdota encantadora acerca de su pasión pictórica es el breve diálogo sostenido entre Cléveland y Jéfferson en la mañana siguiente a la elección de Cléveland por segunda vez a la presidencia. Jéfferson estaba frente a una ventana en Gray Gables contemplando la bahía. Cléveland le puso la mano en el hombro. "Joe," dijo, "¿no me felicita usted?" Y Jéfferson: "¡Oh, indudablemente! Créame que lo felicito de todo corazón. Pero, ¡grandes dioses, si yo pudiera pintar un cuadro semejante a esto, ya podía usted ser presidente de una docena de Estados Unidos, sin que yo quisiera ni por un momento cambiarme con usted!

El inconveniente de la pintura, por lo menos tratándose de Jéfferson, era que se convertía en un placer solitario. Únicamente en la soledad le acudían ideas artísticas. Jéfferson comentaba esta circunstancia con su acostumbrada sutileza de ingenio. "Si bien me agrada estar solo cuando pinto, no tengo reparo a una numerosa concurrencia cuando represento." Y en general no oponía reparo a encontrarse en medio de gran número de personas; por el contrario, agradábale, siendo individuo completamente sociable y humano. Tenía todas las cualidades de un temperamento peculiarmente sociable. "Estaba lleno de caprichos," dice Winter; "era vivaz y fantástico, un original; extremadamente, casi mórbidamente, sensible; ansiosamente deseoso de agradar, porque le complacía ver gente feliz."

Era capaz de penetrarse tan intensamente de la felicidad como de la tristeza de los otros. "Sufría con la desgracia y pesares de los cojos, ciegos, sordos y mise-

rables." No solamente sentía estos sufrimientos y trataba de aliviarlos con palabras, consejos y consuelos, sino que estaba siempre dispuesto a remediarlos con hechos, ya sea en el sentido de servicios personales o monetarios. Con la agudeza de un Franklin veía tanto el beneficio subjetivo como objetivo de tales acciones. "Mis muchachos se desalientan a veces," observaba, "y yo les digo: Salgan y presten algún servicio a cualquiera; den algo, así sea únicamente un par de medias de lana a alguna pobre vieja. Esto evitará que piensen demasiado en sí mismos y los hará sentirse dichosos."

Algunas veces se le ha acusado de ser extremadamente cuidadoso en cuestiones de dinero. No era por cierto descuidado ni pródigo. Sabía que el sentido común debe aplicarse a la generosidad como a las demás cosas, y no se exponía al reproche implicado en su comentario respecto de un camarada: "Se dice que era generoso hasta el vicio; y lo creo, porque nunca pagaba a su lavandera." Jéfferson pagaba a la suya antes de auxiliar a otras personas.

En rasgos humanos de índole menos práctica poseía aun mayor riqueza. Era cordial, alegre, simpático, divertido en sociedad. Era admirable narrador de cuentos, representando la historia al mismo tiempo que la relataba y dando excusas en caso de repetición, lo cual no hacen otros narradores; pero convirtiendo en nuevas las viejas anécdotas en gracia del vigor de detalles con que las adornaba. Toleraba la conversación y aun las insipideces ajenas, y hasta las impertinencias de los reporteros; y todos convenían en que era un oyente incomparable. Sabía bien que en nuestro ignorante y precipitado mundo, quien escucha aprende.

En las relaciones íntimas de la vida la ternura de Jéfferson hacíase siempre evidente. Contrajo matrimonio dos veces, tuvo hijos de sus dos esposas, y su vida doméstica estuvo llena de encantos. Prueba admirable de esto aparece en el relato de su nuera, referente a las protestas de Jéfferson contra la añeja idea de un Dios celoso e iracundo. Tal concepto, en opinión de Jéfferson, violaba la belleza de las relaciones genuinas entre padres e hijos. Entonces uno de sus hijos hizo observar: "Tú nunca nos has enseñado a tener miedo de ti, papá." La afección de Jéfferson por los desaparecidos asumía peculiar persistencia y lealtad. De su hermanastro mayor, Charles, especialmente, hablaba siempre con tan intenso sentimiento que hacía comprender que su memoria estaba de continuo presente en su vida.

La devoción que sentía por sus amigos vivos era igualmente sincera y atractiva. Sus relaciones con los Cléveland atraen naturalmente principal atención, y son tan admirables en un lado como en el otro. Jéfferson comprendía perfectamente la alta posición de su amigo. No le hacía impresión alguna, sin embargo, en cuanto se refería al trato diario, íntimo y cordial, de su amistad; y ni por un momento ocurrióle jamás aprovecharse de ella con propósitos de elevación o engrandecimiento propios. Ningún ejemplo ilustra más deleitosamente esta situación que las palabras de Gílder, íntimo amigo de ambos, cuando escribía a Mrs. Cléveland:

> He pasado la noche en casa de Jóseph Jéfferson; estaba tan simpático como de costumbre, y habla siempre de usted y del presidente con esa alabanza refinada que hace doble honor al elogiado; con un tono de profundo respeto mezclado al afecto y libre de toda familiaridad, que incita a uno a hacer una reverencia cada vez que dice "el presidente" o "Mrs. Cléveland."

La misma sensibilidad que caracterizaba las relaciones de Jéfferson con sus semejantes se dejaba percibir en todos los aspectos de su goce de la vida. Agradábale lo bello, lo placentero. Comía moderadamente, pero apreciaba la buena mesa y la buena compañía. Gustábale edificar casas y llenarlas de objetos hermosos. Era demasiado sagaz para ser derrochador, demasiado sutil para creer que la prodigalidad constituye la dicha; pero sabía elegir lo bello con refinamiento y delicadeza. Amaba la música, aunque sus gustos eran simples en este sentido, y citaba jovialmente la observación de "Bill" Nye a propósito de Wágner: "La música de mi amigo Wágner es en realidad mucho mejor de lo que suena." Adoraba la pintura, la estudiaba con ardor, y coleccionaba cuadros tan asiduamente como sus medios se lo permitían, y en ocasiones más de lo que se lo permitían. Su amor por la natura-

leza se reflejaba en sus lienzos: era inagotable; y una de las mejores cosas que Wínter dijo a su respecto es: "Ningún otro actor ha expresado como Jéfferson en el arte, el espíritu de la humanidad en sus relaciones íntimas con el espíritu de la naturaleza física."

La calidad delicada y emocional de su sentimiento estético se revelaba claramente en la actitud religiosa de Jéfferson. No parece haber pensado honda o sistemáticamente en tales materias, ni se preocupaba gran cosa de los ritos externos de la religión. "Sentía profundo desdén por los credos sectarios," dice Wínter, "y miraba a la clerecía, como clase, con desconfianza y aversión." Pero experimentaba una tendencia instintiva hacia el concepto espiritual de la vida. La inmortalidad no era para él una teoría, sino un hecho vívido, real, a tal punto que parecía sentir constantemente en torno suyo la presencia de los seres a quienes había perdido. En esto se asemejaba a los discípulos de Swédenborg, cuyas doctrinas admiraba sin conocerlas a fondo, quizá. Su facilidad para admitir los fenómenos espirituales llegaba al margen de la credulidad, modificándola siempre, sin embargo, y corrigiéndola con su sano espíritu jovial e irónico. Cierta vez llegó a una tertulia en casa de Cléveland en momentos en que alguien de los presentes refería algo difícil de creer para la mente ordinaria. "¡Ah!" dijo Cléveland, "cuenten esto a Jéfferson: él lo cree todo." "Por cierto que sí," replicó Jéfferson. "El mundo está lleno de maravillas, y una más o menos no me sorprende."

Lo más atractivo en la religiosidad de Jéfferson es su alegría, su serenidad, su devoción. Ser uno mismo lo más feliz que sea posible, y especialmente hacer felices a los demás, era su doctrina cardinal; y no concibo nada que más se acerque a la perfección. Sobre todo, era enemigo del temor. Según Miss Shaw, "decía que todo lo perjudicial a la salud física o espiritual de la humanidad se origina en el temor. Y creía lo mejor eliminarlo por completo. . . . Me dijo que por varios años había trabajado en este sentido, creyendo firmemente que la conquista del temor daría a su carácter el equilibrio que él trataba de obtener."

A todas luces, le costaba trabajo el conseguirlo; y lo más interesante en la jovialidad y optimismo de Jéfferson es el hecho de que no eran enteramente cuestión de temperamento, sino resultado de la voluntad. No era el bohemio indolente y despreocupado que recibe la fortuna y los contratiempos con igual indiferencia. Gustábale el placer y la alegría, y los buscaba y cultivaba; pero era sensible y capaz de sufrir intensamente. Dejábase percibir en él cierta nota de melancolía, mucho más sutil por cuanto era contenida. Cuando alguien le clasificaba como optimista, protestaba, diciendo: "No, no; está equivocado; no soy optimista. A menudo dejo que los acontecimientos me entristezcan." Odiaba la fealdad y la decadencia. "No puedo soportar la destrucción en ninguna forma," decía. Aborrecía la senilidad; nunca admitió que envejecía, y por lo menos conservó joven el corazón. Sabía que el secreto de la vida consiste en mirar adelante, y penetraba plenamente su espíritu de las cosas venideras, ya fuera en este mundo o en el otro. Por esta razón amaba los jardines y las flores. "Lo más triste de la vejez," decía a Mr. Wilson, "es la falta de expectativas. No se mira ya hacia adelante. Ahora bien; un jardín está lleno de expectativas." Y luego, tomando su pensamiento el giro humorístico que le caracterizaba: "Muchas veces brota un montón de cosas inesperadas." Volviendo de nuevo a ideas serias, concluyó: "Por consiguiente, me he vuelto jardinero. Amigo mío, cuando pase usted de los setenta, no olvide cultivar un jardín: está lleno de expectativas."

Esta mezcla exquisita de jovialidad y melancolía, de ironía y de ternura, asociadas a la constante labor escénica de Jéfferson, hace que se le identifique casi irresistiblemente con los bufones de Shákespeare. Ni Touchstone ni Feste ni el bufón de *Lear* son locos en el sentido ordinario de imbecilidad. Su penetración, su sensibilidad, su sutileza, son mayores en determinados casos que las del común de los mortales; pero toman por lo serio asuntos que los hijos de la tierra juzgan triviales y, ante la acosadora presencia de la eternidad, consideran trivialidades las solemnes pasiones que los seres humanos miran como intereses trascendentales de la vida. Por más práctico

que fuera, cuando la ocasión lo requería, Jéfferson tenía siempre algo de común con este ligero, gracioso y fantástico temperamento. Deleitábase con las muñecas y las tiendas de juguetes; pasaba allí largas horas observando a los niños y compartiendo sus éxtasis. Se detenía ante los escaparates y hacía entablar conversación a las muñecas: "Mira a ese viejo loco cómo pierde el tiempo mirándonos y riéndose de nosotras. Probablemente se imagina que no tenemos sentimientos." "¡Qué día más aburrido para las muñecas! ¡Ni siquiera se puede mirar por la vidriera!" "¡Hola, Márgery! ¿Quién te rasgó el vestido?" ¿No os parece escuchar a Touchstone? ¿No os parece escuchar a Rip Van Winkle?

"En Nueva Orleans," decía Jéfferson a Mr. Wilson, "Eugene Field y yo recorríamos las tiendas de curiosidades, y el hombre compraba *muñecas* y *esa clase* de cosas." Y Wilson le replicó que "Field decía que jamás había visto un hombre como Jéfferson, que se le iban los ojos tras de toda clase de chucherías, y simplemente derrochaba el dinero en baratijas." Jéfferson se echó a reír. "Así es: medio mundo se ríe del otro medio."

Así la integración y desintegración de la vida, con sus pasiones y luchas, sus esperanzas y desesperanzas, arrastraron de lleno a Jéfferson, en gracia de su original y tierna jovialidad, al reino de los ensueños juveniles. Mark Twain, con sus dilatadas excursiones, su persecución de la fortuna, su facultad de hacerse amigos y emocionar los corazones, era un ser de ensueño, y lo confesaba. Émily Díckinson, confinada en su blanca soledad de Ámherst, hija de la fantasía y de las flores, era un ser de ensueño, y lo sabía. En Jéfferson, la índole misma de la vida del teatro hacía el ensueño más persistente y más penetrante. ¡Y representar una y otra vez el mismo papel en las tablas, hasta que la personalidad del intérprete y del interpretado se fundieran de manera inseparable! ¡Y que este papel fuera el de Rip Van Winkle, criatura de ensueño si jamás las hubo!

Jéfferson percibía más y más esta atmósfera de ensueño. Deleitábale todo lo extraño, lo misterioso, lo místico; prefería buscar la explicación de cosas naturales en causas sobrenaturales. La gloria del actor, tan inmensa y absorbente por un momento, ¿no se desvanece acaso en el vacío, como un sueño o una pompa de jabón? ¡Todo bagatela, todo juguetes, entretenimiento de muñecas que juegan con muñecas! "¿Hay *algo,* por ventura, que valga la pena?" decía. "¿Adónde conduce lo mejor o peor que podamos hacer en esta vasta conglomeración de mundos girando eternamente en su órbita? Y de otro lado, ¿acaso *todo* no vale la pena? ¿No reviste importancia la cosa más pequeña?" Así se burlaba y meditaba, como hubiera podido hacerlo Feste en los jardines de Olivia, mientras bebía Sir Toby, y Viola y Orsino se acariciaban y se besaban.

Gustábale sintetizar su propio ser y la vida entera en esta frase de Séneca:

> La vida es una comedia; nada significa el tiempo que dure, sino lo bien que se represente. Muramos donde y cuando quiera, con tal de abandonar el escenario airosamente.



EL CANADÁ Y EL IMPERIO BRITÁNICO[1]

POR

E. M. BÚRWASH

Estudiando la posición del Canadá como dominio imperial, analiza el autor la historia del imperio mismo, y trata de interpretar los cambios del pasado y del presente, opinando que representan un nuevo tipo de organización política. El fenómeno que más llama la atención en el imperio de los siete mares es la autonomía de los dominios fundados con las colonias británicas. El autor lo explica por dos instituciones características de la raza anglosajona: el sistema legal inglés, que garantiza la libertad y los derechos personales, y el gobierno parlamentario. En la expansión del imperio británico el espíritu de autonomía que estas instituciones representan ha conducido a su corolario lógico: el gobierno autónomo local de los diversos estados componentes. En el caso del Canadá, el primer paso hacia la autonomía se dió en 1837. La rebelión de aquel año trajo como consecuencia el establecimiento de un gobierno responsable ante el pueblo. Luego vino en 1867 la confederación de las provincias canadienses, manifestación de un naciente sentimiento de nacionalidad. Reformas paulatinas desde entonces hasta 1914 pusieron al Canadá en condición de completa independencia, salvo en lo relativo a la defensa imperial y la política exterior. Tres doctrinas se discutían mientras tanto en la metrópoli, determinando alternativamente el curso de la política inglesa: la unión imperial, la federación imperial y la cooperación o alianza. Si bien en la práctica sólo las primeras dos llegaron a prevalecer antes de la guerra, al sobrevenir el conflicto no quedó otra alternativa que la tercera. Los dominios de ultramar fueron entonces admitidos con el derecho de voz en las deliberaciones imperiales sobre la política exterior, y reconocidos como naciones independientes en la conferencia de paz. Sin embargo, los dominios continúan formando parte del imperio, pues el imperio británico se ha convertido en una gran liga de naciones, constituyendo un nuevo tipo de organización política.—LA REDACCIÓN.

DURANTE algunos semestres que pasé como estudiante en Chicago tuve el privilegio y constante placer de discutir sobre asuntos relativos al Canadá, así como otros temas, con diversos colegas, ciudadanos de los Estados Unidos; y de todas las cuestiones que debatimos, creo que la expresada en el título de esta conferencia fué la que despertara mayor interés entre ellos. Innecesario es decir que vosotros estáis al corriente del desarrollo político y de las instituciones de vuestro gran país, y que tenéis fe en sus destinos. Acaso por esta misma razón puedo pediros dedicar una hora vuestra atención al progreso político y al futuro de una nación vecina que, comenzando en condiciones análogas en varios respectos aunque diferentes en otros, ha seguido una evolución que presenta asimismo algunas semejanzas, aunque tal vez ofrezca más desemejanzas. Ambos pueblos comenzaron como colonias de la misma nación originaria, heredando la misma lengua, el mismo sistema legal y la misma forma parlamentaria de gobierno. El uno se ha desarrollado con señalada fortuna como nación independiente; el otro marcha como miembro del imperio hacia un destino aun incierto, con muchos problemas no resueltos todavía, pero en cuya solución todos esperamos han de cumplirse y vindicarse los grandes principios que nos son queridos.

A fuer de geólogo, os ofrezco esta excusa por presentarme a tratar de semejante asunto; y espero que aun aquellos de vosotros que cultivan la ciencia política encuentren en mi trabajo algún estímulo intelectual o acaso algunos puntos informativos.

Desde luego, es a la historia a la que debemos apelar para comprender los principios que rigen el progreso y decadencia de los imperios y las relaciones que existen entre sus partes. Con el transcurso del tiempo y el desarrollo de las instituciones políticas, el significado de la palabra "imperio" ha cambiado o se ha ensanchado comprendiendo varios tipos nuevos. La connotación de la palabra "imperialismo" está sujeta igualmente a algún cambio de significado, si bien no muy importante. Sin duda, la palabra "imperio" significa primeramente una gran extensión de territorio bajo el dominio de un gobierno a cuya cabeza se encuentra un emperador. No obstante, algunos imperios no presentan gran extensión, y otros en la actualidad no son gober-

[1]Conferencia dada ante la asamblea de la University of North Dakota, el 14 de abril de 1921, como parte del programa de canje con la University of Manitoba.

nados por emperadores titulados. Así también, por lo común un imperio consiste de una metrópoli o estado imperial que se ha anexado colonias o estados conquistados, o unas y otros. Por lo general las colonias son territorios de razas menos civilizadas, escasa población y clima propicio para el establecimiento de invasores más adelantados. Si cualquiera o ambas de estas condiciones faltan, como ocurre en el caso de la India, el país conquistado podrá continuar siendo una dependencia del imperio, pero no llegará a constituir una verdadera colonia, aunque el término se aplica en casos semejantes. Sin embargo de estar la digresión fuera del propósito de esta conferencia, podemos decir que tales conquistas a menudo se emprenden con fines más legítimos que los de una mera expansión. El salvaje es generalmente un vecino intolerable, incapaz de aprender por la bondad ni por el castigo ocasional a vivir amistosamente, y que sólo respeta la fuerza.

Los estados conquistados pueden desde luego poseer una civilización igual y aun superior a la de los conquistadores, como ocurría en el antiguo imperio alemán; pero tal no es hoy nuestro asunto. Esos estados no ofrecen mucho campo a la colonización, aunque estén contiguos al estado soberano y requieren severas medidas represivas para ser forzados a adoptar una apariencia de sumisión.

En el undécimo capítulo del Génesis encontramos la relación del experimento acaso más antiguo en imperialismo, y de las causas que determinaron su fracaso. Aunque breve, trata con mucha claridad de algunos puntos salientes del problema. El plan propuesto comprendía un gobierno centralizado, cuya sede estuviera dominada y defendida por una soberbia torre o castillo, y destinado a ejercer una influencia dominadora que unificara todos los elementos conocidos de la raza. Pero la mano de la Providencia, obrando sin duda entonces como ahora por medio de leyes sociales y económicas, frustró el plan. Una rápida diversidad de idioma se desarrolló entre poblaciones más o menos aisladas del imperio, como ocurre entre nuestras propias tribus indias, que, careciendo de idioma escrito, han creado rápidamente grandes diferencias lingüísticas entre sí a pesar de contar con facilidades de comunicación geográfica. Habiendo perdido el lazo de la lengua común y consagrados a sus propios intereses locales o de tribu, los pueblos de Babel

los esparció Jehová de allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad.

Desde aquel día hasta el presente no han variado en esencia los obstáculos con que tropiezan los gobiernos centralizados cuya acción se extiende a grandes territorios. En breves términos esos obstáculos son:

(1) Diversidad de idioma, mentalidad, costumbres sociales y religión.

(2) Diversidad y oposición de intereses económicos locales.

(3) Dificultad de comunicación y de transporte entre el centro y las regiones más retiradas del imperio, únicos medios por los cuales puede mantenerse mutua y armoniosa inteligencia, extirparse fácilmente las causas de la lucha interna y administrarse con diligencia y pleno dominio los negocios imperiales.

(4) Oposición de los pueblos conquistados a permanecer en condición de servidumbre o inferioridad, y, en términos generales, el espíritu de libertad personal e independencia nacional.

A pesar de estas dificultades la historia del mundo se ha señalado por sucesivos esfuerzos para establecer imperios; y debe admitirse que tales esfuerzos han sido cada vez más afortunados a medida que los tiempos avanzaban y se comprendía con mayor claridad los obstáculos que era preciso allanar. El feliz desarrollo del imperio se manifiesta en la extensión del territorio dominado por el gobierno imperial, y en la duración de gobiernos de esta índole. Los imperios más antiguos, como el de los asirios, se basaban por entero en la fuerza, y su objeto consistía principalmente en arrancar un tributo a las naciones subyugadas. La vida de esos imperios dependía en gran parte de la posesión de caudillos militares aptos. El imperio persa, que siguió al asirio, parece representar un ligero progreso en tal sentido. A la eficiencia militar los persas añadían ciertas normas de probidad, como parte de los requisitos para la figuración pública; y los países conquistados se

ponían bajo el gobierno de sátrapas o gobernadores persas, como provincias del imperio. Los sátrapas presentaban informes al gobierno central, y el emperador, impuesto así acerca de las necesidades especiales de las provincias, las atendía en cierta medida durante su administración.

El imperio macedonio, que vino después, aun cuando logró difundir la lengua y la cultura griegas en una extensión sin precedente, se disgregó por las mismas razones que imperios más antiguos, a saber: la diversidad de intereses, las dificultades gubernativas derivadas de la enorme extensión, y la falta de caudillos aptos después de la muerte de Alejandro el Grande. Como el imperio posterior de Napoleón, sólo subsistió durante la vida activa de su fundador, tiempo insuficiente para que se fundieran en grado considerable los diversos elementos componentes.

A grandes tradiciones políticas y militares el imperio romano añadió la construcción de caminos a través de todo su ámbito, y una legislación basada en la justicia abstracta, concebida con criterio universal a fin de aplicarse a las necesidades de todos los pueblos. Bajo la protección de la *Pax romana,* el comercio internacional floreció como nunca anteriormente; y al cabo de diecisiete siglos de historia, el lenguaje, los principios de acción, la organización y la mentalidad de Roma habían penetrado en los pueblos europeos de tal modo que nuestra subsecuente organización política, lingüística, legal y social y nuestra vida intelectual han heredado mucho de los romanos.

La caída del imperio romano de occidente despejó el camino para el desenvolvimiento de las naciones de la Europa occidental durante la Edad Media; y la destrucción del imperio bizantino en el siglo décimoquinto, permitiendo la difusión de los conocimientos clásicos, contribuyó mucho a hacer posible la moderna expansión imperialista de esas naciones medioevales. El clasicismo provocó el gran resurgimiento de energías mentales cuyos resultados fueron en parte la literatura moderna, la brújula, el telescopio, la imprenta, la máquina de vapor, el telégrafo y la medicina moderna. Estos factores han facilitado la exploración y explotación del globo entero; y, disminuyendo los efectos del cambio de clima, así como el tiempo y esfuerzo requeridos para los viajes, la difusión de las noticias y la transacción de los negocios, eliminaron en grado considerable los obstáculos que se presentaban al desarrollo de los grandes imperios marítimos creados por las naciones occidentales de Europa.

Al emerger de la guerra de las Rosas, abandonar la idea de expansión en el continente europeo e iniciar la conquista y colonización de otras partes del mundo, la nación británica poseía ya en forma de instituciones nacionales cierto capital aplicable a la tarea. Una de tales instituciones era la lengua inglesa, si bien su alcance no se apreciaba plenamente entonces. Otras dos sobresalen notablemente, siendo ambas características de la raza anglosajona y habiendo contribuído poderosamente a los felices resultados obtenidos desde aquella época. La primera es el sistema legal inglés, que garantiza imparcialmente a todos la seguridad y libertad personales y los derechos de propiedad, o por lo menos intenta garantizarlos, generalmente con fortuna. Tanto en su esencia como en sus métodos de administración el propósito expreso de este sistema es conservar en el mayor grado posible el derecho del individuo a ejercitar su propia iniciativa en todos los asuntos que no se oponen a los intereses de la sociedad. Conviene que los pueblos de habla inglesa, cuyos sistemas legales son esencialmente ingleses, recordemos estos principios fundamentales al considerar las nuevas condiciones que afrontamos. Mediante su aplicación alcanzamos nuestro gran triunfo comercial. El progreso de la organización social ha hecho necesarias la creación de nuevas funciones gubernativas y la restricción de derechos que anteriormente poseía el individuo; pero aun así, dichas medidas no son forzosamente extrañas al espíritu de nuestras leyes, como algunos creen.

La segunda gran institución peculiar británica es la del gobierno parlamentario. En una u otra forma ha existido entre los sajones desde sus primeros días. Los hombres que con hacha de armas y rodela resistieron en Sénlac Hill las cargas de los caballeros normandos, revestidos de armaduras, y las flechas de alta trayectoria de los

arqueros normandos, no lucharon sólo por su rey, quien en su sentir personificaba el principio de independencia nacional, ni por su ley natural o acostumbrada, sino también por el precioso germen de su "gobierno popular," el *witanagemot*.[2] Pero los tiempos no habían madurado aún; las rudas instituciones sajonas requerían la adición de la latinizada cultura normanda para alcanzar pleno desarrollo y eficacia.

Durante el reinado de Édward I, cuando el parlamento recuperó al fin su lugar entre las instituciones inglesas después de eliminado el despotismo normando, su primera y bien definida función fué la de regular la proporción y monto de las contribuciones, con las cuales combinábase el derecho de petición. De esto derivó más tarde el parlamento sus poderes legislativos generales, y posteriormente nacieron y se desarrollaron el sistema de partidos políticos y el gobierno ministerial; pero el principio de que "el impuesto no puede existir sin la representación" ha subsistido y se ha desarrollado a través de los siglos como uno de los privilegios parlamentarios más fundamentales. Por tal principio luchó Crómwell en el siglo décimoséptimo y Wáshington en el siglo décimoctavo, y ambos alcanzaron no sólo el apoyo popular y el triunfo, sino la aprobación de la posteridad en cuanto al principio que en sus luchas persiguieron. Por el dominio que permite conservar al ciudadano sobre sus propios asuntos, en cuanto se relacionan con los de la sociedad, dicho principio está en estricto acuerdo con el espíritu de independencia personal y libertad de acción que figura entre los rasgos más acentuados del anglosajón y que, como hemos visto, se expresa también en el espíritu de la ley inglesa.

En la expansión del estado británico este espíritu de gobierno propio en el individuo ha conducido a su corolario lógico: el gobierno autónomo local de las diversas partes del imperio, condición necesaria para una diversidad de acción que responda a las necesidades o deseos locales, y para permitir el mayor desarrollo económico posible. Naturalmente en este terreno tomaron la iniciativa las dependencias imperiales pobladas en gran parte por colonos procedentes de la madre patria; y las primeras colonias que demandaron autonomía efectiva fueron desde luego las trece colonias creadas en el este de la América del Norte, es decir, las más adelantadas en población y riqueza entre las "plantaciones"[3] del siglo décimoctavo. No necesito entrar en la historia de esa lucha. Después de la separación de las trece colonias, las provincias canadienses llegaron a ser el grupo principal de colonias de habla inglesa en el imperio. La primera partida inmigratoria considerable de colonos de habla inglesa fué la de los realistas del Imperio Unido procedentes de los Estados Unidos, que se habían comprometido a defender ante todo la lealtad británica. Se les otorgó cierta forma de gobierno representativo, pero no "responsable," que consistía en una cámara legislativa y un poder ejecutivo compuesto de un gobernador y un consejo nombrado por la corona. Tales gobiernos existieron en las provincias de la América septentrional británica—Nueva Escocia, Nueva Brúnswick, Alto y Bajo Canadá—hasta algún tiempo después de la guerra de 1812 a 1814, época en que surgió la demanda de un ejecutivo responsable ante el parlamento. Esta campaña se impulsó hasta el extremo de una verdadera rebelión en 1837 y 1838, después de la cual envióse a Lord Dúrham como delegado del gobierno imperial con el fin de practicar una investigación completa y presentar un informe. En un documento que figura entre las cartas fundamentales de la libertad británica, Lord Dúrham se declaró en favor de un gobierno responsable, y el gobierno imperial satisfizo sin dilación las demandas de las colonias. Instituyóse entonces un gobierno basado en el modelo del gobierno de la madre patria. El poder ejecutivo se delegó a un gabinete compuesto de miembros del partido que contaba con la mayoría en el parlamento, siendo directamente responsable ante éste; de ahí el nombre de "gobierno responsable." El gobernador conservó sólo un poder nominal de veto.

El paso siguiente en el desenvolvimiento

[2]Nombre dado al parlamento primitivo anglosajón, que se componía de los *witan* o sabios, esto es, el rey, los obispos, los jefes militares y judiciales, y los guerreros del rey.—La Redacción.

[3]Término con el que entonces se designaban las colonias de ultramar.—La Redacción.

canadiense fué el desarrollo de un sentimiento de comunidad de intereses entre las provincias, el cual dió por resultado la confederación de esas provincias y el establecimiento del Dominio del Canadá en 1867. Comprendiendo al principio cuatro provincias,—Ontario, Quebec, Nueva Escocia y Nueva Brúnswick—la confederación se ensanchó por la compra de los territorios del noroeste en 1870, la admisión de la British Columbia en 1871 y la de Prince Édward's Island en 1873.

Tal fué la primera fase del proceso que a juicio de muchos canadienses se aproxima a su culminación desde hace corto tiempo: el desarrollo de un sentimiento de nacionalidad canadiense. Nombre glorioso en el establecimiento de la confederación canadiense es el de Sir John Alexánder Macdónald, quien tomó parte prominente en la conferencia de Quebec, al esbozarse el plan, y en las negociaciones con el gobierno imperial a raíz de las cuales aprobara el parlamento británico la ley llamada *British North America Act*, que es la constitución escrita del dominio. Sir John encabezó el primer gabinete del nuevo dominio, manteniendo el cargo durante casi todo un cuarto de siglo. No hay hombre que haya comprendido mejor el temperamento del pueblo canadiense ni que haya ejercido influencia más eficaz a este respecto. Dos grandes y fecundas medidas señalan el período de su gobierno en la política del dominio: la construcción del Canadian Pacific Railway, y la adopción de la llamada política nacional, que implicaba la imposición de un arancel proteccionista a las importaciones procedentes de todos los países, inclusive la Gran Bretaña. En éste como en otros asuntos los demás dominios han seguido en gran parte desde su fundación el ejemplo del Canadá. Desde entonces, particularmente, los asuntos fiscales del imperio fueron descentralizados y sometidos al principio de autonomía local. Lo que resta de la centralización, aparte de la corona misma y el derecho de apelación de las cortes coloniales al comité judicial del consejo privado, se relaciona casi por entero con la política exterior. En cuanto a dicha política el imperio ha mantenido hasta hace poco el principio de acción centralizada, en virtud del cual presenta un frente unido a las potencias extranjeras. Para realizarlo, careciendo de un cuerpo parlamentario o un poder ejecutivo que represente al imperio todo, el Reino Unido ha conservado en sus propias manos la dirección de la política exterior y el servicio diplomático. En compensación de este privilegio, soporta en gran parte el gravamen de la defensa militar y naval. Desde luego, esto implica la posibilidad de que los dominios ultramarinos se vean envueltos en una guerra que no desean. Según cierta autoridad en la materia, podrían declarar su neutralidad en tal caso, si así lo prefirieran; pero hasta ahora no lo han hecho. Sin embargo, aquello implica también que los dominios gozan de inmunidad contra cualquier ataque, sin gasto alguno de su parte, gracias al poder de las fuerzas imperiales; mientras que en caso de guerra, el papel que desempeñan es enteramente voluntario.

Además, la dirección de los asuntos exteriores que afecten los intereses de los dominios ultramarinos no está ya exclusivamente en manos del secretario de relaciones exteriores, sin participación de las colonias interesadas. Éste es un derecho reconocido, y no fundamentalmente inherente a dicho ministerio, que sólo es responsable ante el parlamento y el pueblo del Reino Unido.

De esto se deduce, por consiguiente, que si bien los dominios de ultramar poseen autonomía virtualmente completa en asuntos locales, el Reino Unido continúa siendo en cierto sentido el estado soberano, su parlamento constituye en algunos casos un parlamento imperial, y sus electores poseen una ciudadanía imperial de la que no participan igualmente los ciudadanos de los dominios ultramarinos. Mr. Físher, ex primer ministro de Australia, ha expresado este concepto en enérgicos términos al citar su propio caso, diciendo que si se hubiera quedado como ciudadano privado en Escocia, país de su nacimiento, habría podido influir en las decisiones imperiales sobre la paz y la guerra asediando al representante de su distrito, mientras que habiéndose trasladado a Australia y ascendido al cargo de primer ministro, no podía decir una palabra sobre tales cuestiones. A este respecto el sentir en Australia ha sido,

evidentemente, más intenso que en el Canadá, donde ninguno de nuestros estadistas había mostrado hasta la última guerra una tendencia muy marcada a demandar poder mayor en las relaciones exteriores. Después del estallido de la guerra Sir Róbert Borden y el primer ministro Hughes siguieron al primer ministro Físher en este asunto, pero al principio de manera mucho menos acentuada. Australia, situada a gran distancia del centro del imperio y rodeada de problemas peculiares a su situación y a la de la costa occidental de la América del Norte, creados por la vecindad de potencias asiáticas reales y virtuales, tomó la iniciativa en este asunto como el Canadá la había tomado en la cuestión arancelaria. En realidad los canadienses hemos dedicado en forma tal nuestros pensamientos y energías a la solución de problemas urgentes del desarrollo interno, que las cuestiones externas nos han parecido remotas o académicas, excepto en localidades como la British Columbia, donde surgieron importantes problemas relacionados con la inmigración asiática, o donde hubo que resolver disputas de límites con los Estados Unidos. Aun tales asuntos no presentaron trascendencia suficiente para imponer la tarea de la reorganización imperial.

No debe pensarse que el inestable equilibrio existente dentro del imperio entre la ciudadanía de los diversos estados había pasado inadvertido para los estadistas hasta el período de la gran guerra. Las lecciones de la revolución de los Estados Unidos no estaban por entero olvidadas. Sin embargo, el efecto principal que la demanda de un gobierno responsable produjo en la mente de los estadistas liberales de Inglaterra fué la convicción de que las colonias estaban en vía de separarse. No se hizo caso de las seguridades dadas en sentido contrario. Esta actitud fué una manifestación de la persistente filosofía política de esos tiempos, escéptica y doctrinaria, que no consideraba factor digno de confianza la lealtad harto verdadera de las colonias. La escuela de Mánchester,[1] que surgió más tarde, llevó esta actitud al extremo. Sus partidarios eran declarados separatistas. Sostenían que las colonias se formaban sólo para rebelarse si la separación no se pactaba amistosamente. Hablaban exageradamente sobre el desarrollo de un espíritu de independencia y confianza propia en las colonias, y estimularon así el desenvolvimiento de ese espíritu en las colonias y el desenvolvimiento del espíritu de nacionalidad que condujo a la confederación entre los canadienses. En tal forma, mientras actuaban abiertamente como pesimistas respecto al imperio, echaban los cimientos de un imperio mucho mejor del que conocían. En 1870 Gládstone había llegado a la conclusión de que si las colonias no demandaban su independencia era preciso deshacerse de ellas. Pero la propuesta sobrecogió a la opinión pública inglesa despertando viva oposición, y el espíritu de imperialismo resurgió.

Fué esa creencia de Gládstone lo que dió por resultado el establecimiento de las repúblicas bóeres del sur del África. Otro incidente relacionado con la política de Gládstone nos toca muy de cerca. Como lógico separatista Gládstone favorecía la causa del sur en la guerra civil de los Estados Unidos. Con el propósito de poner fin a la lucha, que le horrorizaba, escribió al profesor Goldwin Smith, quien entonces se encontraba en Cornell, dándole instrucciones para que actuara como intermediario extraoficial entre Gládstone y el presidente Lincoln. Le autorizaba para proponer que se permitiera la separación del sur y que Inglaterra, por vía de compensación, cedería el Canadá al norte. Smith quemó la carta, de la cual Lincoln nunca tuvo conocimiento. La propuesta cesión del Canadá era por lo menos una violación tan grande del principio que últimamente llamamos determinación propia, como la coerción del sur; pero ni aun Gládstone fué siempre consistente. Mas la opinión pública inglesa se basaba en un conocimiento más profundo, si bien menos manifiesto que el de los doctrinarios de partido, sobre la relación existente entre la madre patria y sus colonias.

El resurgimiento del imperialismo que sobrevino en Inglaterra presentó una forma nueva: la federación imperial. Por aquel entonces la confederación del Canadá había demostrado sus buenos resultados, y la idea

[1]Escuela política inglesa que tuvo su origen en la doctrina librecambista de Cobden y de Bright.—La Redacción.

de instituciones federales cautivaba la mente de Inglaterra y en general del imperio. En 1868 fundóse el Royal Colonial Institute con este lema: "Imperio Unido." Por el año de 1871 la campaña había realizado grandes progresos. Hecho digno de mencionarse aquí es que el resurgimiento del imperialismo coincidió con la emancipación y encumbramiento político de la clase obrera inglesa. Bien podían ser las colonias una molestia para las clases superior y media; para el obrero, en cambio, representaban tierras donde encontraría la libertad, la ocasión de progresar y seguridades que Inglaterra les negara, y un lugar donde los hijos del pobre podían vivir y prosperar. Y así el obrero estaba en favor de las colonias como medio de escapar de la excesiva población y del "sistema industrial basado en la teoría económica del *hombre económico*,"[5] y en contra del separatismo, fundado también en esa teoría. Para el obrero los colonos no eran "hombres económicos," sino amigos, prójimos, parientes. A esto respondía la lealtad colonial a Inglaterra, más fuerte tal vez en los colonos nacidos en Inglaterra, pero tradicional en el Canadá desde el principio, aun en pobladores cuya ascendencia americana se remontaba a los días del *Mayflower*.

Esta influencia, más bien que los planes políticos de un *Zollverein*[6] o un *Kriegsverein*[7] imperiales, ha sido siempre la base de la cohesión del imperio. En ese tiempo el Canadá y Australia despertaban también a la importancia de la política exterior, reconociéndose que tenían justo derecho a participar en la determinación y administración de las relaciones con el extranjero. El buen resultado de los primeros cables y el progreso creciente de la navegación a vapor en aquellos días parecieron hacer más factible una organización centralizada. Los planes de reconstrucción que se sugirieron entonces tenían, pues, dos objetos en mira: primero, dar a las colonias representación proporcional y derecho de voz en la política exterior, poniendo término así a toda tendencia a desacuerdo; y, segundo, unir los recursos económicos y militares de las colonias a los del Reino Unido. Se presentaron planes de tres clases, que un escritor moderno, Mr. Duncan Hall,[8] nombra de esta manera: (1) unión imperial; (2) federación imperial, y (3) cooperación imperial o "alianza." El primero databa desde antes de la revolución de los Estados Unidos. Proponía unir las colonias a la Gran Bretaña en unión análoga a la de Inglaterra y Escocia, concediendo a cada una representación proporcional en la cámara de los comunes. Esto significaba, bien el abandono del sistema de gobierno responsable que se había desarrollado ya en las colonias, y con mayor razón la consolidación nacional del Canadá durante la confederación; o bien el otorgamiento de voz y voto a los representantes coloniales en Wéstminster tan sólo en asuntos de interés imperial, dejando a la Gran Bretaña absoluta decisión en los asuntos que exclusivamente le correspondían. Una propuesta semejante a ésta última se ha hecho para solucionar el problema irlandés. Sin embargo, se ha observado que sería difícil impedir la intervención de los representantes coloniales en casos en que la política interna británica afectara los intereses de las colonias. Si este plan tratara de aplicarse a las condiciones actuales, suscitaría aun mayores objeciones. Por el año setenta del siglo pasado era imposible ya, como propuesta práctica, y habiéndose comprendido así, pasó a discutirse la segunda de las tres clases mencionadas, a saber, la federación imperial. Según este plan el parlamento imperial se limitaría a asuntos imperiales, dejando las cuestiones internas a un nuevo cuerpo legislativo británico análogo al parlamento federal del Canadá. De esta manera se reconocería el principio del gobierno local autónomo. Sin embargo, en la forma en que primero se adoptara, el proyecto de federación imperial estaba muy atrás del desarrollo alcanzado por la conciencia nacional de los dominios ultramarinos, y su primera fase sólo fué en realidad una modificación del plan de unión imperial. A medida que la discusión progresaba, las funciones del

[5]En la antigua ciencia económica, una entidad humana imaginaria, desprovista de toda consideración por los derechos ajenos, y consagrada a la consecución y goce de la riqueza.—La Redacción.

[6]Liga aduanera.—La Redacción.

[7]Liga militar.—La Redacción.

[8]H. Duncan Hall: *The British Commonwealth of Nations*. 1920.

gobierno imperial se definieron comprendiendo las relaciones exteriores, la defensa, el dominio de las colonias desprovistas de autonomía, y la facultad de establecer los impuestos necesarios para atender a estas funciones. Se pensó que esto no embarazaría las atribuciones fiscales ni aquellas propias de los parlamentos locales. Pero pronto se hizo evidente que ias colonias no estaban dispuestas a aceptar impuestos de un parlamento imperial, aun teniendo en éste representación proporcional. El plan fué atacado también por muchos escritores, y particularmente por el profesor Goldwin Smith, quienes lo consideraban concebido no sólo para la defensa sino para el ataque, o creían que al menos despertaría esa impresión en otras naciones. El plan se convirtió también en caballo de batalla de diversos partidos políticos, tales como el de los librecambistas ingleses, quienes deseaban usarlo para obtener el libre cambio en las colonias, las cuales eran abiertamente proteccionistas, y el de los militaristas del imperio, quienes lo apoyaban con argumentos que tal vez daban visos de verdad a las objeciones del profesor Smith. Así, pues, la idea no encontró acogida muy cordial en las colonias, excepto acaso en Nueva Zelandia. El proyecto de una federación parlamentaria oficial como la que hemos bosquejado cuenta aún con muchos adeptos en la Gran Bretaña y en las colonias; pero la corriente general parece estar en contra. Mientras el plan se presentaba vago despertó mucho entusiasmo; pero al reunirse la Imperial Federation League en 1891 con el fin de acordar sus propuestas en forma concreta, acaeció que existían "tres partidos antagónicos: (1) el que adoptaba amplias miras recomendando una plena federación parlamentaria como el único medio practicable de asegurar el gobierno general del imperio, partido qu pertenecía al grupo librecambista; (2) el partido militar, que concebía la federación principalmente como medio de asegurar contribuciones coloniales para el ejército y la armada ingleses; y (3) el grupo proteccionista que, si bien conceptuaba impracticable todo plan de federación parlamentaria, deseaba realizar la unidad imperial mediante lazos comerciales y por el establecimiento de un consejo consultivo de alguna especie. El plan finalmente adoptado representaba las opiniones de este último partido, encabezado por Sir Charles Túpper del Canadá, y por hombres de la talla de Lord Brássey y James Bryce, y comprendía la adopción de aranceles imperiales proteccionistas de aduana y la formación de un consejo de ministros coloniales residentes en Inglaterra. Estas propuestas eran de origen colonial, más bien que inglés; pero no contentaron a ninguno de los otros partidos, los cuales demandaban la federación parlamentaria en alguna forma. La infortunada prominencia alcanzada por los militaristas en aquel tiempo hizo fracasar virtualmente el plan en el Canadá, y desde 1893 no ha llegado nunca a decidirse, a pesar de que Jóseph Chámberlain y el "estímulo momentáneo de la guerra bóer" planteó de nuevo la cuestión.

Durante la última guerra el problema de la reorganización imperial asumió importancia prominente en la mente del público y en la prensa; pero al principio fué aplazado por consentimiento común hasta que el restablecimiento de la paz ofreciera el tiempo necesario para considerarlo en forma debida. Esta vez se insistía enérgicamente en que la reorganización debía comprender el establecimiento de un estado imperial supremo al que se asignaran ciertas funciones de común importancia, esto es, la defensa militar y naval, la política exterior y la fijación de impuestos para cubrir los gastos de las primeras dos. Desde el punto de vista de las colonias, este asunto presenta dos cuestiones fundamentales. Una es la cuestión de justicia en el pago proporcional que efectuarían las colonias para contribuir a tales gastos. Creo que en toda mente sincera no hay duda sobre la justicia de esta contribución. El otro punto se refiere a la naturaleza puramente democrática del parlamento imperial. Los dominios no desean estar sometidos a una alta cámara hereditaria en papel alguno que desempeñen; por consiguiente, la propuesta que sugiere convertir el actual parlamento británico en parlamento imperial con la adición de representantes coloniales resulta a primera vista impracticable. Y hay otras consideraciones que la hacen impracticable también desde el punto de vista de la Gran Bretaña. Una cuestión

más vital todavía al considerar cualquiera de estos planes es saber si colocarían al votante de las colonias, como ciudadano imperial, al mismo nivel que el votante británico. Aparentemente el plan federal lo realizaría. Pero si hemos de aventurar una opinión, los tiempos no parecen aún propicios para semejante cambio, porque en general el ciudadano de los dominios no está dispuesto a considerar el abandono parcial de su presente autonomía, por lo menos en el Canadá. En Australia existen posiblemente condiciones algo diferentes. Creo que los australianos aspiran en forma más definida al dominio de sus propios asuntos exteriores, y tal vez no consentirían en confiar sus problemas locales a un cuerpo imperial que les impusiera sus decisiones. El primer ministro de Nueva Zelandia, según informaciones, expresó recientemente la esperanza de que la federación se realizara dentro de poco tiempo, mientras que el primer ministro del Canadá ha manifestado un juicio igualmente enfático en sentido contrario.[9]

Mientras tanto, como ha ocurrido con frecuencia en el curso del desarrollo constitucional británico, una institución erigida al principio sólo como recurso fortuito promete ofrecer una organización imperial en forma muy diversa. Nos referimos a la asamblea conocida con el nombre de Imperial Conference. Tuvo sus comienzos en 1887 cuando, con motivo de celebrarse el quincuagésimo aniversario del coronación de la reina Victoria, se invitó a las colonias a nombrar delegados ante una conferencia presidida por el ministro de las colonias. La conferencia iba a ser puramente consultiva, habiéndose excluído de su programa la federación política. En otros términos, iba a ser solamente una amistosa reunión extraoficial para discutir, no medidas de reorganización del imperio, sino asuntos corrientes de interés común para los gobiernos representados, en que éstos podían cooperar. Los asuntos discutidos fueron: (1) defensa; (2) relaciones comericales; y (3) una línea de cable exclusivamente británica. La discusión del último dió por resultado una acción definida; la de los otros fué meramente discusión más o menos valiosa. Con excepción del Canadá las colonias no se habían confederado aún, y el concepto de sí mismas como naciones jóvenes ocupándose de asuntos que podrían llamarse internacionales no se había desarrollado tanto como ulteriormente. La segunda conferencia colonial se reunió en Óttawa en 1894, progresando en la discusión del cable del Pacífico así como del fomento de la llamada "vía roja;" pero no trató de la defensa. Adoptóse una moción para contar los votos "por colonias," lo cual constituyó el comienzo de precedente constitucional en tales conferencias.

En la tercera conferencia, celebrada en 1897 con motivo de las bodas de diamantes, la figura más prominente en representación de la Gran Bretaña fué Jóseph Chámberlain. Él planteó la idea de la federación imperial; pero luego se aprobó una moción declarando que "los primeros ministros aquí reunidos profesan la opinión de que las actuales relaciones políticas entre el Reino Unido y las colonias autónomas son por lo general satisfactorias en las condiciones existentes;" lo cual significaba sencillamente que las colonias se resistían a renunciar parcialmente a su autonomía en favor de un gobierno imperial federal. Se notará que la conferencia se había convertido definitivamente en una asamblea de primeros ministros, paso que la ponía más cerca de ser una conferencia de gobiernos reunidos en pie de igualdad, a diferencia de lo que ocurría al principio, cuando se hallaban presentes los "agentes generales" de las colonias, inclusive el delegado canadiense. Éstos, siendo en realidad los representantes diplomáticos de sus respectivos gobiernos en Londres, daban a la conferencia el aspecto de una junta de diplomáticos o intermediarios oficiales más bien que el de una consulta entre los gobiernos mismos. Mas por aquel entonces la conferencia habíase tornado en una reunión mucho más íntima y sincera; el imperio había llegado a ser virtualmente una liga de naciones libres, que se congregaban para cooperar, no en una asamblea de agentes diplomáticos, sino de representantes elegidos y directamente responsables ante sus pueblos.

---

[9]Los argumentos de la escuela federalista durante la guerra pueden encontrarse en el libro, *The Problem of the Commonwealth*, de Limel Curtis, 1916.

El representante del Canadá en la conferencia de 1902, así como en la de 1897, fué Sir Wílfred Láurier, liberal de la antigua escuela, y uno de los parlamentarios constitucionales más talentosos que ha producido su país. En conferencias anteriores Australia había aceptado el principio de la contribución colonial al sostenimiento de la armada británica; ahora todas las colonias lo admitían excepto el Canadá. Láurier, sólo, se opuso a tal principio, diciendo que "implicaría una grave desviación del principio de autonomía colonial." En otros términos, los parlamentos coloniales deben fiscalizar los gastos mismos tanto como el monto de las partidas que aprueban para cualquier propósito. Australia se había unificado por aquel tiempo como estado federal, y cuando el primer ministro australiano regresó a su país fué objeto de violentos ataques por no haber secundado la actitud de Láurier. De esta manera hízose evidente que cada dominio debía organizar sus propias fuerzas militares y navales.

En la conferencia de 1907 se realizaron progresos importantes. En un oficio escrito en 1905, Lýttleton, ministro de colonias, había sometido la propuesta de un "consejo imperial" con una secretaría permanente para llenar el vacío de los períodos comprendidos entre las conferencias, propuesta aceptada por todos excepto el Canadá. Láurier se opuso nuevamente, fundándose en que tal consejo se convertiría en "una institución permanente que, dotada de vida continua, podría tarde o temprano considerarse como violatoria de las facultades administrativas y legislativas de que hoy disfrutan plenamente las colonias autónomas." A raíz de la discusión que ocasionara esta propuesta, en 1907 se aprobó la moción siguiente:

Que será en beneficio del imperio celebrar cada cuatro años una conferencia, la cual se llamará Imperial Conference, y en la que se considerarán cuestiones de común interés para el gobierno de su majestad y los gobiernos de los dominios autónomos allende los mares. El primer ministro del Reino Unido será presidente *ex officio*, y los primeros ministros de los dominios autónomos miembros *ex officio* de la conferencia. El ministro de colonias será miembro *ex officio* de la conferencia, presidiendo en ausencia del presidente. Él dispondrá lo relativo a dichas conferencias imperiales después de comunicarse con los primeros ministros de los dominios respectivos. También serán miembros de la conferencia los delegados que nombren los gobiernos respectivos, entendiéndose que, salvo por permiso especial de la conferencia, en las discusiones no participarán más de dos representantes de cada gobierno, y que cada gobierno no tendrá sino un voto.

Con algunas reformas y adiciones, ésta es la constitución de la Imperial Conference; y, como durante sus sesiones la conferencia forma en cierto sentido el cuerpo dirigente del imperio, la moción citada es la médula de la constitución del imperio británico según existe al presente.

El ministerio de colonias se dividía entonces en dos ramos: uno dedicado especialmente a las relaciones entre la metrópoli y las colonias de la corona, y otro consagrado a las relaciones con los dominios, siendo éste último en realidad una secretaría creada para dirigir los asuntos rutinarios de la Imperial Conference entre sus sesiones cuadrienales. Tal secretaría se limita naturalmente a funciones que no tienen carácter político. Las otras propuestas sugeridas aquella vez, esto es, la de un consejo permanente de agentes generales o la de funcionarios nombrados en representación de los diversos gobiernos, fueron desechadas por considerarse probable que colocaran poder excesivo en manos de funcionarios sin responsabilidad política ante el pueblo.

Desde 1907 hasta el estallido de la guerra se tomaron importantes medidas para el mejoramiento de los servicios de cable, navegación marítima, correos e información comercial. Se uniformó la legislación en asuntos como los derechos de propiedad literaria, la naturalización y otros. El tono general era el de una cooperación pacífica entre estados, manteniendo cada cual su soberanía en lo concerniente a sus asuntos internos. Al mismo tiempo se resolvió virtualmente el problema de crear un cuerpo con responsabilidad política para salvar el vacío entre las conferencias, manteniendo en Londres un miembro residente de cada ministerio colonial. Este plan se puso en práctica poco antes de la guerra, nombrándose a Sir George Pérley delegado del Canadá mientras tenía simultáneamente una cartera en el gabinete canadiense,

siendo así un funcionario políticamente responsable por sus actos, y no un mero diplomático.

Fué en los asuntos relativos a la defensa donde se realizaron mayores progresos de organización cooperativa durante los siete años que precedieron a la guerra. Esta cuestión había sido aplazada por décadas, teniéndose en consideración la juventud de las colonias y los grandes y costosos planes de desarrollo interno a que estaban dedicadas; y aun en 1907 no se encargaron de una parte proporcionada del costo. Pero en cambio se adoptaron algunas medidas factibles:

1. En cuanto a los arreglos militares, el estado mayor general británico se ensanchó convirtiéndose en estado mayor general imperial con el propósito de estudiar problemas militares imperiales y la ciencia militar en general, preparar planes defensivos, reunir información y establecer acuerdo entre los diversos gobiernos. Además, las fuerzas del imperio se organizaron a fin de que pudieran cooperar o amalgamarse con facilidad bajo un comando. En todo el imperio se adoptaron regulaciones uniformes sobre armas, equipo, ejercicio y organización. En tercer lugar, se estableció una comisión de defensa en la Gran Bretaña, en la cual podían participar representantes coloniales y la cual servía de consejo consultivo al primer ministro, siendo en realidad una institución auxiliar de la Imperial Conference, destinada a absolver las consultas militares de un cuerpo político.

2. La cuestión de la defensa naval demostró ser más difícil y decisiva en sus aspectos constitucionales que la cooordinación militar. El gobierno de Sir Wílfred Láurier aprobó una ley que establecía una armada canadiense separada, siguiendo el ejemplo de Australia y la recomendación de la Imperial Conference. A su retorno al poder en 1911 los conservadores, encabezados por Sir Róbert Borden, adoptaron el criterio de que una contribución directa voluntaria de dinero en favor de la armada imperial resultaría más eficaz en las circunstancias existentes, es decir, ante el peligro del predominio naval alemán. La ventaja de la centralización de las fuerzas navales aparecía para ellos más importante que la cuestión de las prerrogativas parlamentarias. La lucha resultante en la cámara baja canadiense fué intensa y prolongada, consiguiendo sólo retardar toda acción hasta el estallido de la guerra. Mientras tanto el proyecto de Borden había sido repelido en el senado.

Cuando sobrevino la guerra, gracias sólo al espíritu de cooperación y al orgullo de sentirse socios en el imperio, los dominios ultramarinos se mostraron dispuestos a responder con ardor, no a la demanda sino a la necesidad de apoyar a la Gran Bretaña; y fué debido a la existencia de una organización cooperativa así perfeccionada en la década precedente que la participación de los dominios en el conflicto resultara tan fácil y eficaz, sorprendiendo en sus expectativas a amigos y enemigos. Pero la tensión que la guerra impusiera a esta organización constitucional provocó también nuevos y más rápidos cambios, particularmente observables durante los dos últimos años de la lucha. La organización cooperativa militar funcionó en realidad bien desde el comienzo; pero la organización política cayó al principio en cierta confusión, dejando de celebrarse la Imperial Conference que debió tener lugar en 1915. Aquél fué probablemente un error, debido en gran parte al excesivo esfuerzo que las exigencias de la guerra requirieron del ejecutivo en el Reino Unido durante esos días, siendo necesario organizar nuevos consejos ejecutivos y solucionar crisis políticas. Mientras tanto, la gravedad de los acontecimientos bélicos, y el grado del esfuerzo y sacrificios demandados, hicieron comprender a los dominios cuán anómalo era encontrarse en tal posición sin haber sido consultados; todos compartían la opinión del primer ministro australiano, arriba citada, y la idea de la federación imperial surgió nuevamente. Sin embargo, establecido el ministerio coalicionista de Lloyd George, se respondió a las exigencias del conflicto por medio de la cooperación en lugar de la federación, y al mismo tiempo las demandas en favor de mayor igualdad de condiciones entre los dominios y la metrópoli fueron atendidas en forma más completa que antes. Un gabinete de guerra de cinco miembros reemplazó en la Gran Bretaña al lento ministerio de veintidós; se creó un "gabinete imperial de guerra," esto es, "la antigua Imperial Conference en una forma nueva y más ejecutiva" con una secretaría idéntica a la del gabinete de guerra de la Gran Bretaña en lugar de la antigua secretaría colonial; y por último se instituyó una Imperial War Conference bajo la presidencia del

ministro de colonias, para discutir tópicos puramente políticos. Los primeros ministros de los dominios participaron en el gabinete imperial de guerra en condiciones de igualdad con los ministros imperiales. Decidióse celebrar reuniones anuales, y se acordó mantener frecuentes reuniones consultivas mediante la presencia de ministros coloniales en Londres como residentes o visitantes. Un paso importante fué la admisión de la India en condiciones de igualdad con los dominios, y el "derecho de los dominios y de la India a expresar su opinión respecto de *la política exterior y las relaciones exteriores*.[10] Al terminar la guerra e iniciarse las negociaciones de paz el gabinete imperial de guerra se reunió en París bajo el nombre de "British Empire Delegation." Con el apoyo de la Gran Bretaña los dominios demandaron y obtuvieron entonces reconocimiento internacional de su condición de naciones, por lo cual se les concedió representación como pequeñas naciones en el consejo plenario o consejo de los setenta en la conferencia de paz, y en el consejo de los veinticinco entre los miembros que representaban al imperio británico como un solo estado. Cuando el consejo de veinticinco quedó reducido al de cuatro delegados, la representación colonial fué desde luego eliminada, como la de las potencias pequeñas; pero en su condición de miembros de la liga británica de las naciones, los dominios ocuparon un lugar como signatarios del tratado de paz, y como miembros de la liga de las naciones. Los representantes de otras grandes potencias mostraron alguna oposición a ello, debido en gran parte a su ignorancia de las recientes innovaciones constituciones dentro del imperio. De esta manera se ha logrado la admisión del derecho de los dominios a participar en la dirección de la política exterior, o más bien, en su propia política exterior; pero aun queda mucho por hacer antes de que la organización cooperativa del imperio sea completa, y su relación y la de sus miembros con otras potencias se definan en forma adecuada regularizándose en la práctica.

[10] Palabras puestas en letra bastardilla por el autor de este artículo. Según se admitirá también, recientes medidas para el establecimiento de un gobierno responsable en India están enteramente de acuerdo con esta política.

Bláckstone dice que de los tres tipos posibles de gobierno, el autocrático desarrolla el poder mayor; el aristocrático, la mayor sabiduría en cuanto a los medios administrativos, como por ejemplo, la eficiencia; y el democrático, la mayor honradez y éxito en la obtención de leyes del carácter más ventajoso. La constitución británica fué concebida para lograr las ventajas de estas tres formas por la combinación de una cámara baja democrática, una cámara alta aristocrática y un poder ejecutivo monárquico. Sin embargo, en el curso del desarrollo internacional el progreso ha consistido en una transmisión constante de poder de los primeros dos elementos al tercero, al elemento popular; esto es, ha ido de la centralización hacia la descentralización de poder. Lo mismo cabe decir de los estados del imperio: la subordinación de muchos a uno ha sido reemplazada por la igualdad de condición, y la cooperación libre por el método de libre discusión y acuerdo.

Durante este proceso las tendencias opuestas hacia la democracia o descentralización y hacia la aristocracia o centralización de poder, en general, han sido representadas por los programas de los partidos antagónicos en la política británica y, en grado menor, en la política colonial. Los "conservadores" han abogado por la centralización y la autocracia; los "liberales," por el afianzamiento de las libertades y derechos locales e individuales, y el dominio descentralizado. La acción recíproca de estas dos fuerzas ha tenido en algunos casos efectos deplorables desde el punto de vista de la unidad anglosajona, como por ejemplo en los tratos con las colonias norteamericanas durante el siglo décimoctavo; y en otros casos, especialmente desde entonces, efectos muy felices, como en el sur del África desde la guerra bóer.

Hasta ahora el movimiento, o más bien los movimientos concomitantes hacia la independencia local y la interdependencia imperial o de grupo, se han desarrollado de manera tolerable, salva y segura, siendo enteramente moderados en el sentido característico británico; es decir, encaminados a emplear o ampliar los métodos y principios existentes adaptándolos gradualmente a nuevos fines en lugar de crear nuevas ins-

tituciones que, por más científica y detalladamente que se proyecten, pueden presentar en la práctica dificultades imprevistas. La aplicación de recursos experimentales ha avanzado tanto que ya aparecen ciertos resultados concretos, especialmente el principio esencial de la alianza y la cooperación libres entre estados realmente independientes dentro del imperio, el cual se ha convertido así en una liga o sociedad de naciones. Al mismo tiempo la Imperial Conference ha asumido el carácter de una institución sin precedente en el pasado; ha llegado a ser un "gabinete de gabinetes," cada cual responsable ante sus propios electores, a quienes debe someter sus convenios, pero capaz también en grado considerable de celebrar y realizar acuerdos y arreglos recíprocos en virtud de su investidura misma como representantes elegidos por sus naciones respectivas.

Limitaciones de espacio nos impiden estudiar mucho de vital e interesante, así como las sesiones de la conferencia de 1921 que se reunirá antes de publicarse este artículo; pero esperamos que el esbozo anterior pueda servir de introducción a tales sesiones para lectores no familiarizados con el proceso que promete inaugurar en el mundo un tipo nuevo y distinto de organización política.



ARTE Y DECENCIA

POR
GRANT SHÓWERMAN

La sinceridad, que sirve de excusa frecuente en el arte, especialmente en la literatura, para presentar escenas de crudo realismo sexual ante los ojos de un público a la vez ávido y pronto a escandalizarse, es un alegato basado en premisas falsas, expone el autor. Nada hay enteramente sincero en el mundo en que vivimos: ni siquiera la civilización misma es sincera. Hay barreras que tanto la naturaleza como la sociedad han levantado en beneficio de la raza humana. No es posible poner de manifiesto todo lo que existe de bestial en el hombre, por más verdadero que sea. Hay normas de buen gusto que no pueden infringirse sin ofensa a la sociedad civilizada. Ciertos actos son inherentemente impúdicos, y su exhibición constituye un atentado de lesa decencia y buen gusto. Pueden ser o no ser inmorales, pero seguramente son indecentes; y en este terreno, más todavía que en el de la moral, combate el autor la tendencia al pretendido verismo de los modernos novelistas del sexo.—LA REDACCIÓN.

SIEMPRE que el arte reproduce, ya sea en descripción literal o sagazmente indirecta, escenas sensuales de la vida humana, se expone a herir las susceptibilidades del moralista. A este respecto existe, sin embargo, alguna diferencia entre la pintura y escultura, por un lado, y las letras, por el otro. Por su misma índole, la literatura ofende con mayor facilidad.

Es cierto que el desnudo en cuadros y estatuas ha levantado violentas protestas, como, por ejemplo, cuando los artistas que exhiben sus producciones en alguna exposición hacen uso liberal de escenas de la antigüedad, o algún joven recién salido de la academia maneja la brocha o el cincel con visión exclusiva de la gloria de la forma, exponiendo sus creaciones ante los ojos de un público hasta entonces poco familiar con la esencia o la teoría del arte; pero el escándalo ha sido solamente momentáneo y debido, no a nada especialmente reprochable en el arte, sino a escasos conocimientos de parte del espectador. Hay personas que jamás llegan a recobrarse de la impresión y se mantienen hostiles porque son incapaces de comprender; pero éstas no son muy numerosas. El conflicto entre la moral y el arte no es, a decir verdad, de índole activa. El lienzo y la estatua continúan, por lo general, en el relativo confinamiento de galerías y museos, contemplados solamente por los que desean ver porque les agrada hacer uso de sus ojos.

Además, puede decirse que la pintura y escultura son idealistas por naturaleza. Tienden a expresar la belleza y no los hechos; su objeto es la verdad suprema, no la simple realidad; su esencia no reside en el cuerpo, sino en el alma. El realismo de la escultura romana es menos idealista que el idealismo griego. La escuela flamenca de pintura difiere de la italiana más en el tema que en el espíritu. Ha habido lienzos y esculturas de índole grosera, pero lo verdaderamente obsceno ha permanecido en el retiro del estudio o *atelier,* sin herir delicadezas, a menos que el guía o custodio hiciera uso de la supuesta atracción de lo sensual para aguijonear el interés de sus parroquianos.

En la literatura, el caso es diferente. Los libros no quedan confinados a la galería o al gabinete. Son transportables y susceptibles de enviarse por correo. El público necesita ir en busca de los cuadros y estatuas; las páginas impresas van en busca del público. Pocas personas pueden modelar o pintar, pero todo el mundo puede leer y conversar, y más o menos cada cual es capaz de escribir sobre algún tema. De todas las artes, la más universal es la literatura.

No solamente es el arte de las letras el más universal; goza, además, de mayor libertad que los otros, y es más vigoroso en consecuencia. El escultor tiene la facultad de modelar la desnuda figura y los lánguidos ojos, y el pintor puede imprimir en su lienzo a favor del colorido algo del ardor de la pasión; pero ambos se ven coartados por la naturaleza de su medio de expresión, que los confina a una representación furtiva y conforme a los sentimientos de un público propenso a escandalizarse: cualquier lienzo

o estatua que descendiera a descripción simplemente fisiológica o anatómica tropezaría con inmediata condenación. La literatura no está tan restringida por la técnica ni tan coartada por la moral. Es indudable, desde luego, que la literatura, a diferencia de la pintura y escultura, no puede ofrecer a su público la imagen tangible o visible de aquello que desea presentar a la imaginación, y que es, por ende, menos vigorosa; mas, poseyendo la literatura mayor capacidad de sugestión y siendo la sugestión el complemento del objeto, arte o emoción buscada en la página impresa, es, con mucho, árbitro mejor de su instrumento. Tiene a su disposición la página, el párrafo, la frase, a la par que el trazo definido de la imagen, si es posible emplear esta figura; la palabra, el signo de admiración, el guión, los puntos suspensivos, para expresar la culminación del impulso pasional y las consecuencias de la pasión satisfecha; puede hacer uso de todo esto, que reemplaza la concreto y lo visible, y puede, sin embargo, a la sombra del *Honni soit* . . . negar el efecto y la intención pecaminosos.

En gracia a la exactitud, empero, debe manifestarse que el ofensor de esta clase no siempre ni a menudo se acoge al *Honni soit*. Por lo menos el ultramoderno "novelista del sexo," a quien se discute con más frecuencia, desea que el público vea, piense y sienta durante la lectura todo aquello que la naturaleza sugiere. Ni se detiene allí siquiera; proclama el derecho de representar desnuda e inequívocamente cuanto el propósito artístico demanda, en su concepto. Y tampoco lo considera solamente un derecho, sino un deber, fundándose en la sencilla razón de que persigue el verismo. En su opinión, el arte no tiene otros límites que el límite de la verdad. El arte no debe únicamente ser verdadero, sino decir toda la verdad; o, por lo menos, mucho más de lo que ordinariamente se dice en la novela.

Así pretenden los libres de pensamiento y los libres de palabra que en la literatura todo es asunto apropiado para la expresión del arte. Ésta es pretensión que jamás han insinuado la escultura ni la pintura, y que, si lo hicieran, sería instantánea y abrumadoramente denegada.

El terreno en que tal pretensión se rechazaría, y el terreno en que se reprocha generalmente el crudo realismo de los novelistas "avanzados," es el terreno de la moral. La contemplación demasiado frecuente o la discusión demasiado libre o la descripción demasiado vívida de ciertas emociones y actos elementales es lo que afecta nuestra vida ordinaria.

Con todo, el argumento de la moral no convence al novelista del sexo. "¿Por qué sindicar especialmente al sexo?" pregunta. "¿Es acaso reprochable la descripción de un incendio premeditado? ¿Es inmoral la pintura de un beodo o de un derrochador?"

"No sindicamos al sexo," replica el crítico. "Si el acto del beodo o del ladrón o del incendiario se hace aparecer excusable, laudable o atractivo, el resultado es inmoral; porque en tal caso el artista se convierte en maestro, y hasta donde alcanza su influencia es apóstol del espíritu de inmoralidad. En otras palabras, es un individuo antisocial. Y el efecto es el mismo cuando pinta con aprobación los excesos del amor."

"Pero," insiste el artista, "¿por qué suponer que aprueba ni desaprueba? ¿Por qué no suponer que representa simplemente hechos naturales?"

Tal suposición es apenas plausible, podría replicar el moralista. Es difícil para el artista abstenerse de aprobar o condenar lo que representa. El arte es esencialmente emocional, y, en consecuencia, el artista vibra en armonía con sus producciones. Si intenta en alguna forma la descripción del impulso carnal, está en la naturaleza del caso que lo haga con aprobación. Y, por otra parte, se necesitan dos para completar la emoción de un cuadro, una estatua, un poema o una novela: tiene que haber espectador o lector tanto como creador. Puede muy bien el artista ser moralmente neutral; mas, a pesar de todo, su arte puede producir efectos inmorales. El arte es manifestación social. Lo que la mano del artista produce no está terminado realmente hasta que los ojos de los hombres lo contemplen e interpreten.

Con todo, la atracción mutua del hombre y la mujer no se halla en la misma categoría que la embriaguez ni el robo, protesta el novelista. En el fondo del sexo vibra

una pasión tan vasta y profunda como la humanidad misma. Forma parte integrante de vuestra naturaleza tanto como de la mía; es fundamental; y en sí misma no es inmoral. La naturaleza no es moral ni inmoral: es un hecho biológico.

El amor puede ser universal, en verdad, concede el moralista; pero en el fondo del robo, la embriaguez y el incendio palpitan asimismo las pasiones universales del deseo de adquisición, la sed y la venganza.

Estas pasiones, empero, no tienen la misma fuerza y calidad de la atracción del sexo por el sexo, persiste el artista. El amor *es* diferente. No sólo es el amor una pasión inseparable de la vida del ser humano, sino que es la más irresistible de todas las pasiones. Además, es diferente de todas las otras por cuanto es una pasión social, y la única de la cual depende la existencia de la raza. El arte que prescindiera de esta pasión no sería el reflejo sino la falsificación de la vida. "Si el novelista," dice Mr. W. L. George, lamentándose bajo el título *Publisher and Policeman* (El editor y el guardia de policía) de la forzosa orientación de la novela, "si el novelista desarrollara sus caracteres más imparcialmente. resultaría que un libro de trescientas páginas tendría que extenderse a quinientas, dedicándose las doscientas páginas adicionales a tratar exclusivamente de las preocupaciones sexuales de los personajes, de sus aventuras y tentativas para satisfacerlas."

Habiendo demostrado así que la emoción amatoria es diferente de la pasión por la propiedad o del ansia de estímulo paladial o del impulso de la destrucción, el moralista enciende su pipa, dando la espalda al moralista y a sus argumentos.

He presentado el razonamiento del escritor en la forma acostumbrada: el alegato de sinceridad artística. Todo lo reduce a esto: que desea expresarse a sí mismo y se resiste a la restricción en cualquier forma. Nadie dejará de comprender, sin embargo, que puede existir sinceridad que nada tenga que ver con el arte elevado ni con el buen gusto; ni olvidará que el alegato de sinceridad puede presentarlo no sólo el autor o el crítico inspirado por un genuino interés artistico, sino todos aquellos cuyo interés reside en cosas muy distintas: en el triunfo de un amigo o compañero, por ejemplo; en la justificación de un movimento; en la validez o destrucción de alguna teoría o condición social; en el estímulo de los apetitos del público, o en simple notoriedad.

El moralista, por supuesto, está tan convencido como antes de que la representación ilimitada de ciertos hechos es inconveniente.

El conflicto, después de todo, no debe decidirse única o finalmente en el terreno de la moral; aunque al decir esto no pretendo alistarme en las filas de aquellos exagerados que insisten en que la moral no tiene absolutamente nada que hacer con el arte. El impulso artístico es efectivamente primordial y esencial en el arte, y puede haber ejemplos en que el arte está igualmente alejado de la moral en su origen y en sus efectos; pero únicamente aquellos obsesionados por la teoría artística sostendrán que el arte, como fuerza inspiradora, no se relaciona con la moral, y que no es posible sujetarlo a restricciones morales, como otras energías que forman el complexo de la vida humana; es decir, sujetarlo a la norma de conducta que ha llegado a formularse para conveniencia y protección de los seres civilizados.

Será más adecuado considerar el realismo en la descripción del sexo como una ofensa no tanto a la moral como a la decencia. El elemento de ofensa del novelista del sexo no está en la ilegalidad o inmoralidad del asunto que representa, sino en su impudicia. Hay cosas inherentemente impúdicas y, por consiguiente, inherentemente ofensivas. Siempre se han considerado así, y mientras el hombre goce de la facultad de percibirlo, serán consideradas de igual manera. No son inmorales ni indecentes en sí mismas: se cuentan entre las necesidades que la naturaleza ha impuesto al ser humano. Se hacen indecentes, única pero seguramente, cuando se imponen a la percepción de otros seres. Hemos convenido no sólo en que tales actos deben conservarse fuera del alcance de los sentidos, sino en que no debemos mencionarlos ni presentarlos en forma alguna a la imaginación. Esto significa que no son asunto apropiado de conversación, y que no son asunto apropiado para el arte. Contra algunos existe la ley escrita, contra otros la ley no escrita.

Cuando transgredimos la ley escrita, no solamente nos hacemos culpables de indecencia, sino de mal proceder, de inmoralidad, en el sentido estricto y legal de la palabra; cuando transgredimos la ley no escrita, nos hacemos asimismo culpables de indecencia, pero somos culpables de inmoralidad tan sólo en el sentido de impudicia. Si nos acogemos al alegato de que no hemos violado las leyes nacionales, no por eso dejamos de caer bajo el estigma de haber quebrantado las leyes del buen gusto. *No* debemos decir *toda* la verdad. Si esto significa falsificar, la vida, es, cuando mucho, una falsificación que no implica verdadero engaño. Quizá, como lamenta Mr. George, no existen escritores completamente sinceros; pero tampoco existe conversación completamente sincera ni atavío completamente sincero; ni siquiera la civilización misma, juzgada como expresión de la naturaleza en el concepto ordinario, es completamente sincera. Por todo esto debemos sentir la debida y ferviente gratitud. Es doloroso pensar en el amordazamiento del arte, pero nos queda un consuelo: no estamos obligados a leer aquellas otras doscientas páginas ni a escuchar aquellos pensamientos inexpresados. Sabemos ya de ello cuanto es placentero y provechoso. Puede muy bien llamarse un ultraje contra la libertad personal y un crimen contra la sinceridad estética el que "una minoría de una persona en una nación de cincuenta millones se vea cohibida en la expresión de sus sentimientos;" pero, ¿qué diremos de los cuarenta y nueve millones ypico a quienes se pide que escuchen?

El asunto no es del todo sencillo. Vivimos en un mundo artificial e inconsistente, o que al menos lo parece; somos parte del gran mecanismo social. En los países civilizados tenemos la institución del matrimonio para demarcar la línea entre el goce permitido por la ley y la moral y el goce prohibido e inmoral. Algunas personas, sin embargo, consideran injusto que la ley de la nación apruebe solamente a quienes lo obtienen por medio del himeneo, y que la ley del buen gusto sostenga idéntica norma.

A este respecto tampoco existe más legislador responsable que la naturaleza misma. La experiencia de la raza ha demostrado que, para vivir higiénica y apaciblemente, debe regularse el placer de la emoción sexual; del mismo modo que ha demostrado igual principio en cuanto se refiere a otras pasiones y apetitos. Si no encontramos el medio de protegernos a nosotros mismos contra las exageraciones del impulso natural, el resultado se traduce en sufrimiento, tanto para el individuo como para la sociedad; y es lógico, por lo tanto, que se haya descubierto el medio. La artificial institución del matrimonio se funda, en realidad, en la naturaleza.

El aspecto legal del amor queda así determinado conclusivamente por la naturaleza. Igual cosa sucede con el aspecto estético. En toda obra de arte, ya represente el amor lícito o el amor ilícito, el principio que sirva de norma será siempre la decencia, principio que asimismo se funda en la naturaleza. Cuanto es indecente a la vista o a la imaginación en la representación de un amor ilícito será también indecente, aunque el amor legal sirva de tema. Aunque la representación de un amor ilícito merezca doble condenación por ser a la vez indecente e inmoral, y sea mayor, por ende, el grado de culpabilidad, la ofensa será la misma en principio y en esencia.

Hay todavía otra complicación. Existe el amor menos obsceno fuera del matrimonio, el amor que no es indecente sino simplemente ilegal, y que representa, por consiguiente, ofensa contra la moral aunque no ofenda la decencia en el sentido ordinario de la palabra. ¿Debe permitirse la representación atractiva de este amor?

Hay una indecencia física y una indecencia espiritual. El hombre está compuesto de dos naturalezas opuestas; consistiendo en ello la diferencia entre el ser humano y el bruto. Vivimos la vida del bruto en razón de las funciones puramente físicas; existimos como miembros eficientes de la sociedad civilizada en virtud de nuestro dominio del cuerpo. El hombre civilizado es el único ser cuyo estado necesario es el de lucha consigo mismo. Es una guerra continua que tiene por objeto el bienestar de la humanidad; y las demandas de heroísmo y generosidad son incesantes. El hombre incapaz de resistir la prueba del fuego,

cuyo valor decae ante los asaltos de la naturaleza grosera, su más terrible adversario; el hombre que se desploma y se entrega a las cadenas de su captor es un cobarde y un traidor al espíritu. Carece de la fuerza necesaria para dominarse a sí mismo por el bien general; no se somete a la disciplina frente al enemigo. No es un verdadero soldado. No es hombre libre; y la esclavitud significa degradación y deformidad en concepto del hombre libre. La conducta de individuos de esta clase es indecente en el sentido espiritual. Y, lógicamente, el arte a que dan expresión ofende la decencia del espíritu.

El clamor en contra de la literatura demasiado liberal del sexo, ya se marque esta tendencia en los versos del antiguo Ovidio o en la prosa del moderno campeón del verismo y de la sinceridad, no se funda, por lo tanto, en el americanismo o puritanismo, ni siquiera en la moral, sino en la decencia; es decir, en la naturaleza conforme se observa su acción en la sociedad civilizada. La obra de la naturaleza se manifiesta tan patentemente en las instituciones humanas civilizadas como en las incivilizadas pasiones humanas.

Tal es mi conclusión. Desearía ahora añadir unas cuantas palabras más por vía de aclaración. Si no he mencionado ejemplos específicos en este ensayo, no es porque no los tuviera en mente. No he dejado de pensar en los d'Annunzios, ni he olvidado que las manifestaciones geniales compensan en cierto modo la insignificancia del asunto. Esto, sin embargo, no altera mi convicción de que novelas como *Il Piacere* representan una deformidad, una indecencia y una traición inexcusable, ya sea en cuanto se refiere a la moral o al arte o a la simple decencia. No he dejado de recordar al rollizo Jack "lubrificando la magra tierra a su paso," y lubrificando con igual liberalidad nuestra lengua madre; ni he dejado de reflexionar en que el incongruente espectáculo que presenta el espíritu del hombre, en parangón con los animales, mantenido en las prisiones de una montaña de carne pecaminosa de Adán, es la forma en que idealiza el genio a este viejo fruto de la indecencia para presentarlo en forma parcialmente aceptable. No he olvidado a Cháucer ni a Boccacio, ni la condescendencia que exige el bello arte del cuento; pero tampoco he olvidado que solamente significa condescendencia. He recordado a Rodin, y el hecho de que el idealismo puede glorificar la carne, así como el realismo puede hacerla más grosera; y he recordado también que si Rodin era realista del sexo, se permitía serlo únicamente en el privado retiro de su *atelier*. He tenido en mente a todos ellos; pero no me he mantenido ciego ante el delito de lesa arte cometido en la manifestación de un acto inconveniente porque fuera presentado en forma humorística, idealista, o bajo cualquier otro aspecto artístico. Haré notar asimismo, en obsequio a la claridad, que la sinceridad del arte arrastrado por la exageración, el espíritu festivo o el idealismo fuera de la atmósfera de la vida real, no es semejante a la franqueza de la novela y el drama naturalistas de la época, que hacen el efecto de conversaciones familiares sobre temas escabrosos.

No ha sido, desde luego, el propósito de este ensayo el discutir ejemplos individuales o proponer normas definidas, sino establecer un principio. El principio no es ley, pero sirve de base a la ley. El principio manifiesta la existencia y la índole de lo que es indecente e inmoral; la ley prescribe el diagnóstico y el tratamiento. Si de alguna ley se tratara, sería de la ley del buen gusto y no de regulaciones definidas.

Pero, ¿es por ventura la ley del buen gusto menos incierta que las leyes que rigen en los tribunales? ¿Quién es capaz de indicar el momento preciso en que una impresión olfatoria deja de ser fragante y se convierte en penetrante, deja de ser penetrante y se convierte en acre, cesa de ser acre y se convierte en hedor? ¿Quién puede determinar en qué punto el empleo del colorete y artículos de tocador se aparta del inocente impulso de embellecerse, o el dulce y prolongado beso del cinema se hace demasiado intenso para la decencia? ¿Quién puede decir el momento preciso en que la masticación ruidosa se convierte en horrible remedo del gamellón? ¿Puede acaso definirse la decencia? ¿Existe, después de todo, alguna norma definida del buen gusto?

La hay, y no la hay. Si nos referimos a definición exacta, ésta no existe. Si queremos indicar que hay un terreno que la

gente culta ha reconocido y reconoce generalmente como terreno vedado, la regulación existe. Aceptando el dictamen de tales personas en la cuestión del sexo—dictamen que en cierto modo favorece al público en general y que, como hemos visto, se funda en la naturaleza—nos encontraremos dentro de las normas del buen gusto. Rehusando aceptarlo, nos colocamos fuera de dichas normas. La línea divisoria no siempre es muy distinta, pero en conjunto es bastante fija y suficientemente visible.

Esta explicación no será, por cierto, del todo satisfactoria para aquellos a quienes agrada que cada cosa se exprese absolutamente en blanco y negro; pero es lo mejor que se haya podido procurar. Es lo mismo que pasa en otras materias en que se reconoce la autoridad del buen gusto: en cuestión de atavío o de etiqueta, por ejemplo.

Podéis rebelaros, naturalmente. Podéis declarar que en asuntos en que hay tanta vaguedad, todo es muy vago, y que vuestra opinión es tan válida por el momento como la opinión de todos los hombres y mujeres cultos, desde Adán hasta nuestros días. Podéis afirmar, por ejemplo, que el uso de afeites por las jóvenes es enteramente correcto, y desafiar de un solo golpe la larga lista de todos los que, en representación de su época, han afirmado que no lo era, comenzando por el caballero que en la *Economía* de Jenofonte hacía ver con tanta gentileza a su joven esposa que se hallaba errada; continuando con Marcial, que satirizaba; con la *Antología griega*, que lanzaba el empleo de cosméticos epigramas a este respecto; y con Tertuliano y los Padres de la iglesia que lo anatematizaban; y con Pandolfino, en su *Del governo della famiglia*, quien a su vez lo condenaba en la época del renacimiento; y con los solícitos diarios de 1918, que amonestaban a las muchachas contra el uso de cosméticos en sus visitas a los campamentos, para no correr el riesgo de ser confundidas con las prostitutas; y con aquella madre azteca que, coincidiendo con todos los mencionados, declaraba que tal hábito era señal de vida libertina; y con los indios americanos, que lo combatían en forma indirecta pintándose el rostro para que apareciera horrible a sus enemigos. Podéis negar la competencia de la época y de la crítica en los demás respectos que atañen al buen gusto, y continuar afirmando que todo lo que es real, todo lo que es sincero, es decir, todo lo que al novelista se le ocurre escribir, es decente. Nadie puede evitarlo; pero es algo semejante a declarar que todo lo que cualquier ser humano se siente inclinado a *hacer* es decente.



LA PSICOLOGÍA DE LA *OUIJA BOARD*

POR

KARL R. STOLZ

La escritura automática, las relaciones de la *ouija board* y otros supuestos fenómenos del espiritismo, que con frecuencia se atribuyen a intervención sobrenatural, no tienen otra explicación, en concepto del autor, que el funcionamiento de ciertas corrientes ocultas de la mente, o *subconsciencia*, usando la nueva palabra creada recientemente por la psicología. Impresiones imperceptibles, conscientemente, son recibidas, a pesar de todo, por el individuo corriente, y forman un capital de reminiscencias potenciales, originando manifestaciones inconscientes de parte del medio, y a menudo inexplicables a la observación superficial. Basándose sus experimentos personales en la investigación del mundo espiritual y sus misterios, el autor atribuye los aparentemente asombrosos resultados a involuntaria percepción y transmisión de estímulos ocultos, a intuición penetrante, a la expresión de propios deseos y ambiciones comprimidas del operador, y, en no pocos casos, al simple azar y coincidencia.—LA REDACCIÓN.

UNA de las formas de la tendencia cada vez más difundida a investigar las cosas ocultas es la manipulación de la *ouija board*. Este artefacto consiste en una superficie plana donde aparecen las letras del alfabeto, los diez digitos, las palabras "sí" en la esquina superior izquierda, y "no" en la esquina superior derecha, "adiós" en el centro bajo los números, y un pequeño instrumento, llamado "planchuela," que se levanta sobre patas cortas y pulidas. Dos operadores, sentados frente a frente con el aparato de por medio, colocan los dedos sobre la planchuela, que se desliza en torno y, rozando las letras, contesta las preguntas que uno u otro de los medios dirigen a la *ouija* o al espíritu que se supone presidir la sesión. *Ouija* es un nombre formado por la combinación del *oui* francés y del *ja* alemán, significando así que responderá a preguntas hechas en cualquier idioma. El procedimiento es semejante al de la escritura automática.

El 5 de enero de 1920 se celebró una de las sesiones de la *ouija board*. Éramos siete personas: número cabalístico. Manejaban la planchuela dos individuos expertos: un hombre y su mujer. Al referir estos procedimientos hago uso de nombres ficticios para ocultar la verdadera identidad de los presentes. Cuando los operadores estuvieron cómodamente sentados apoyando los dedos sobre la planchuela, preguntaron a la *ouija* si estaba dispuesta a contestar aquella noche. La respuesta vino letra por letra: "Hay incrédulos entre nosotros." Aquel a quien aparentemente aludía el mensaje se apresuró a manifestar a la *ouija* que todos los presentes estaban persuadidos de su facultad de procurar informes dignos de crédito, y que si alguien abrigaba dudas, éstas tenían por exclusivo origen la naturaleza mística de las respuestas. Aplacada al parecer, la *ouija* contestó las preguntas que se le dirigieron. Tomé nota tanto de las preguntas como de las respuestas. Las preguntas se proponían por intermedio del operador.

Pregunta. ¿Tiene usted algún mensaje para cualquiera de los presentes?

Respuesta. William.

Pregunta. ¿Cuál es el mensaje?

Respuesta. Que no se preocupe de la operación; saldrá perfectamente.

Pregunta. ¿Qué operación?

Respuesta. Eso es asunto de médico.

Pregunta. ¿Cuándo se realizó la operación?

Respuesta. El 5.

Pregunta. ¿Era hombre o mujer el operado?

Respuesta. He dicho que eso es asunto del médico.

Pregunta. ¿Puede usted decirlo con permiso del doctor?

Respuesta. He dicho que no.

Pregunta. ¿A qué hora se llevó efecto la operación?

Respuesta. Antes del mediodía.

Pregunta. ¿Fué entre las once y las doce?

Respuesta. No.

Pregunta. ¿Fué entre las diez y las once?

Respuesta. No.

Pregunta. ¿Fué entre las nueve y las diez?

Respuesta. Sí.

Pregunta. ¿Puede usted decir el nombre del hospital?

Respuesta. Creo que fué el hospital de Saint Michael.

Pregunta. ¿Lo cree usted o lo sabe de cierto?

Respuesta. Creo que era el mencionado.

Pregunta. ¿Tiene usted inconveniente en decir si se trataba de un hombre o de una mujer?

Respuesta. Es asunto grave.

Pregunta. ¿Por qué no quiere usted decirlo?

Respuesta. Demasiada presión.

Allí terminó esta parte del interrogatorio. El caballero a quien se dirigía el mensaje era un médico. Por indicación mía había salido de la habitación tan pronto como se trató de averiguar detalles acerca de la operación. Era exacto que aquel día había practicado una operación crítica. La *ouija* había contestado que se realizó entre las nueve y las diez de la mañana, pero en realidad comenzó poco antes de las nueve y terminó a cosa de las diez y media. Era bien sabido por todos los presentes que el doctor practicaba muchas operaciones y que generalmente las llevaba a cabo en la mañana. El nombre del hospital estuvo equivocado.

Pregunté entonces al medio si podría indicar la *ouija* el lugar donde se encontraba mi libreta de banco, recientemente extraviada.

Pregunta. ¿Ha perdido su libreta el caballero?

Respuesta. Sí.

Pregunta. ¿Dónde la perdió?

Respuesta. La encontrará poniendo un aviso en el periódico.

Pregunta. ¿Puede usted decir dónde está?

Respuesta. No.

Pregunta. ¿Puede usted explicar por qué no sabe dónde se encuentra?

Respuesta. Duda de mi veracidad.

Pregunta. Esto parece una buena excusa para salir del paso. Diga, ¿dónde está?

Respuesta. Haga que su mujer la busque cuidadosamente en su escritorio.

Pregunta. ¿Está la libreta en su escritorio?

Respuesta. Sí.

Pregunta. ¿En algún sitio especial?

Respuesta. No puedo decirlo.

Pregunta. ¿Cómo haremos para encontrarla?

Respuesta. No sea cargante.

Registramos el escritorio minuciosamente, pero la libreta no pareció. Esfuerzos ulteriores, como se verá en seguida, fueron inútiles para obtener la deseada información.

Pregunta. ¿A qué mueble se refiere usted?

Respuesta. Él lo sabe tan bien como yo.

Pregunta. ¿Hay otro escritorio?

Respuesta. Sí.

Pregunta. ¿Está usted diciendo la verdad?

Respuesta. Él sabe perfectamente de lo que se trata.

Pregunta. ¿Con qué objeto poner aviso en el periódico si la libreta está en el escritorio?

Respuesta. ¿No hay un escritorio en su escuela?

Pregunta. ¿Llama usted escritorio a una mesa?

Respuesta. Nada de bromas.

Pregunta. ¿Tiene usted mensaje para algún otro?

Respuesta. Sí; para Mary.

Pregunta. Diga el mensaje.

Respuesta. Buena madrecita, cuide también de usted misma.

Pregunta. ¿Puede usted decir de quién viene este mensaje?

Respuesta. Yo vivía en G—— F——

Pregunta. ¿Quién es el que habla?

Respuesta. ¿Me dejarán en paz?

Pregunta. ¿Hay algún mensaje para otro de los presentes?

Respuesta. Para usted.

Pregunta. ¿De quién es el mensaje?

Respuesta. *Ouija.*

Pregunta. ¿Cuál es el mensaje?

Respuesta. Es usted demasiado brusco.

Pregunta. ¿Vive el padre de George?

Respuesta. Sí.

Pregunta. ¿Podemos comunicarnos con él?

Respuesta. No.

El padre de George había muerto. La *ouija* dió correctamente en seguida el apellido de una de las señoras presentes. Esta dama había permanecido en la ciudad apenas cinco meses, y los operadores de la *ouija board* afirmaron rotundamente que jamás la habían conocido. Posteriormente se descubrió que había asistido a cierta reunión de confianza que celebraron las señoras del barrio y que en aquella ocasión fué presentada personalmente a la mujer que hacía de operadora. Hiciéronse después varias tentativas para que el aparato dijera su nombre de pila, pero ninguno de los que deletreó la *ouija* resultó correcto. Yo había tomado la precaución de hacer salir del aposento a los que conocían el nombre de la dama, cuando comenzó el interrogatorio.

Varias veces se pidió a la *ouija* decir si tenía algún mensaje de personas fallecidas de las cuales se daba el nombre. En todos estos casos la contestación era de índole general, como, por ejemplo: "Ha sido usted muy bondadoso para mis hijos," y "Toda buena obra merece recompensa." A eso de las diez la *ouija board* despachó a dormir a la mujer que hacía de medio, preguntando si creíamos que el aparato debía trabajar toda la noche. Como los operadores insistieran en recibir nuevos mensajes, la *ouija* los mandó "al diablo." Habiendo deletreado repetidamente la planchuela "buenas noches" en respuesta a diversas preguntas y mostrándose impaciente y propensa a echar votos, terminó la sesión.

Tres clases de explicaciones se han originado en estos experimentos. La primera se relaciona con el espiritismo. Los modernos conversos al espiritismo, que gozan de reputación más que nacional, son de diversa categoría, incluyéndose desde Ella Whéeler Wílcox, escritora de literatura popular, y Sir Árthur Conan Doyle, autor de novelas policiales, hasta Sir Óliver Lodge, distinguido sabio inglés. Con una mezcla de admiración y estupor he leído el libro de Conan Doyle, *The Vital Message* (El mensaje vital). Como ilustración de su contenido cito el siguiente párrafo:

> Recientemente sucedió el caso de que me llamaran a reprimir a cierta entidad turbulenta que frecuentaba una antigua casa, donde por razones poderosas se suponía que se había cometido un crimen y donde se creía también que el criminal se hallaba enterrado. El infortunado espíritu dió nombres que resultaron correctos, como asimismo la descripción de un armario que se encontró siguiendo las indicaciones, aunque jamás se había sospechado que existiera. Poniéndome en comunicación con el espíritu, traté de amonestarlo haciéndole comprender cuán egoísta era el hacer desgraciados a otros por satisfacer impulsos de venganza originados en su vida anterior. Oramos luego por su sosiego, exhortándole a elevar sus sentimientos; y recibí la promesa solemne, manifestada por medio de golpes en la mesa, de que enmendaría su proceder. Posteriormente he obtenido informes muy satisfactorios de que así lo ha cumplido, y que todo está ahora tranquilo en la vieja casa.

Sir Óliver Lodge, físico cuyas investigaciones y descubrimientos aprecia el mundo entero, ha pertenecido por muchos años a la Society for Psychical Research. El problema de la vida de ultratumba le ha fascinado largo tiempo, como lo comprueban sus dos obras *The Survival of Man* (La supervivencia del hombre) y *The Science of Immortality* (La ciencia de la inmortalidad). La muerte de su hijo Ráymond en el campo de batalla acrecentó e hizo más poderoso su interés original. En su libro *Raymond* proclama el espiritismo, dando lo que en su concepto es razón satisfactoria para que su esperanza de inmortalidad se haya trocado en positiva convicción.

Indudablemente uno de los libros más interesantes sobre este tema es *Thy Son Liveth* (Tu hijo vive), escrito por una madre norteamericana que oculta su identidad. Ella y su hijo Bob eran telegrafistas inalámbricos aficionados. La guerra les obligó a desmontar el aparato de telegrafía inalámbrica, y reclamó al hijo. Cierto día durante la guerra recibió la madre un mensaje inalámbrico de su hijo, anunciando que acababa de ser muerto con muchos otros amigos en el campo de batalla, y asegurándola de la conciencia de su vida anterior y de la continuación de su cariño. A varios mensajes inalámbricos siguió una larga serie de comunicaciones mediante escritura automática de la madre. Cualquiera que sea la interpretación que el lector dé a estas cartas se necesita tener el corazón muy endurecido, en verdad, para

no sentirse emocionado con muchos de sus hermosos párrafos. El propósito esencial de los mensajes es hacer conocer a la madre y a todos aquellos que lloran la muerte de un ser amado, que los desaparecidos viven una vida más plena y elevada en el mundo espiritual, y que la comunicación es natural y fácil con el mundo de los vivientes. El supuesto espíritu está en contra de los medios profesionales. "Un lugar retirado, un lápiz, un pedazo de papel, y un corazón que clama dolorosamente el nombre de un joven, son todo cuanto se necesita." Las cartas declaran que en el mundo del espíritu el cuerpo es tan tenue como una nube. El joven vive en un campamento en compañía de los soldados de su regimiento que murieron junto con él. Visten trajes diáfanos, se alimentan de manjares delicados. Experimentan simpatías personales, hay enamoramientos y risas inocentes. Es un lugar donde cada cual conserva sus aficiones anteriores; este joven, por ejemplo, continúa sus ensayos de telegrafía inalámbrica. Los espíritus, aunque por lo general son impotentes para salvar de la muerte a sus camaradas de la tierra, consuelan y sostienen a los heridos y guían a los muertos desde la tierra hasta el mundo espiritual. De vez en cuando algún toque más crudo impresiona al lector, como, por ejemplo, cuando el relato asegura que los guías de ultratumba tienen, como el Hermes de la mitología griega, alas en los pies, y que perros en su forma terrenal recorren en ambos sentidos el trayecto comprendido entre este mundo y el otro.

He dedicado tan largo espacio a hablar de este pequeño libro porque sirve de ilustración a la escritura automática de que la manipulación de la *ouija board* representa uno de los aspectos. Y he hablado tanto acerca de la reciente literatura representativa del espiritismo, con el objeto de indicar el origen de la convicción de muchos respecto de que los misteriosos mensajes de la *ouija board* son comunicaciones de ultratumba. Discutir la compleja cuestión del espiritismo nos llevaría demasiado lejos de aquello que en mi concepto es interpretación más exacta, si no más simple, de tales fenómenos.

La segunda explicación que se ha intentado darles se funda en la telepatía. La presunción que sirve de base a la doctrina telepática es que la mente, conforme se observa en sus actuales manifestaciones, puede funcionar independientemente del sistema nervioso. De acuerdo con esta teoría es posible conocer a la distancia los pensamientos de otra persona, y aun encaminarlos sin comunicación alguna de los sentidos. Se asegura asimismo que pueden percibirse ciertos fenómenos físicos, por más remotamente que se produzcan. Algunos fervientes apóstoles de la telepatía pretenden ser capaces de revelar el pasado, pronosticar acontecimientos futuros, y aun establecer comunicación con los muertos. La contención fundamental es que la mente puede recibir y producir impresiones diferentes de las de los sentidos.

Será difícil encontrar en los Estados Unidos un solo psicólogo caracterizado que acepte como verdades científicas las pruebas de ocurrencias telepáticas sometidas a su criterio. Por lo general, casi todos los psicólogos reducen las seudo maravillas de la telepatía a una confusión indescriptible de sugestión, percepción inconsciente, azar y coincidencias, alucinación e ilusiones, observación deficiente, exageración impremeditada, imaginación, interpretación de vibraciones musculares, y fraude. Insisten en que una cadena de sensaciones actúa como agente intermediario para cada percepción.

Llegamos ahora a la tercera y probablemente correcta explicación de la *ouija board*.

Ante todo, debe tomarse en consideración la visible tendencia a pasar por alto o excusar las equivocaciones y evasiones de la *ouija board*. En las sesiones a que he asistido, los fracasos han sido mucho más numerosos que las maravillas. Los espiritistas, por supuesto, atribuyen los mensajes erróneos o ininteligibles a la intrusión o interrupción de espíritus traviesos o malévolos. Cuando se les recuerda los fracasos, los creyentes en telepatía sugieren que el defecto proviene de falta de fe o de concentración de la mente. Más tarde se descubrirá que hay un fondo de verdad en su argumento. La tendencia general es pasar por alto o dar poca

importancia a los ejemplos negativos y engrandecer los resultados positivos; pero el psicólogo toma ambos en consideración para formar su criterio.

Además, las probabilidades de azar o coincidencia no deben descontarse. Muchos de los llamados casos de telepatía pueden reducirse a estos elementos. Podemos mencionar los descubrimientos del doctor J. E. Cóover, que hizo un estudio experimental de la sensación que acomete a una persona a quien se mira por la espalda. Su obra demuestra que la creencia de que una persona pueda sentir cuando otra la mira por la espalda es absolutamente infundada, y la explica por cierta desazón nerviosa que proviene de la ansiedad natural acerca del aspecto de la propia espalda, por las restricciones de la buena educación que prohiben el impulso de volverse para observar si alguien está mirando, y por el hecho real de sorprender a alguien en el momento de mirar, a causa de que su atención se ha despertado por los signos de agitación. Diez estudiantes universitarios trataron de adivinar cien veces cada uno si eran mirados por un intervalo de quince segundos. Cada uno de los estudiantes, con los ojos cerrados y cubiertos por la mano, se sentó de espaldas al experimentador. Siempre que éste miraba, hacíalo con deliberada intensidad, "deseando" que el sujeto lo "sintiera." Sacudían un cubilete con un dado, y cada vez que salía un número impar, el experimentador miraba al sujeto; cuando el número era par, no lo miraba. De las mil veces que se hizo el experimento, 50.2 por ciento adivinaron los sujetos correctamente; proporción aproximada de las probabilidades de azar, que justifica la conclusión de que ninguna otra causa puede atribuirse a las respuestas correctas.

Ahora bien; el grado de probabilidad varía, naturalmente, de acuerdo con las circunstancias. Cuando las preguntas propuestas a la *ouija board* pueden contestarse con un "sí" o con un "no", mitad de las respuestas será correcta a la larga en razón del solo azar. En cuanto a coincidencias es conveniente recordar que el mundo exterior es tan rico en su naturaleza y en la diversidad de sus acontecimientos, que es muy posible que ocurra cierta correspondencia entre los sucesos y las respuestas de la *ouija board*. Difícilmente podría ser de otro modo.

Los resultados de la *ouija board* que no pueden atribuirse al azar o la coincidencia ni a manipulación consciente y deliberada de la planchuela son efecto de corrientes ocultas de la mente.

El proceso de las corrientes ocultas de la mente implica cualquiera forma de función mental que influye sobre la persona aunque ésta lo reconozca sólo de manera vaga e inconsciente. El radio de nuestras impresiones mentales es mucho más extenso que el de los actos que percibimos claramente y que son desenvolvimientos y reflejos de aquello de que no tenemos conciencia clara en el momento de acontecer. Solamente una fracción mínima del entero proceso mental es lo que cae bajo el dominio de la percepción definida, quedando la mayor parte de la vida interior sumergida bajo el nivel de la inconsciencia. Funcionando las corrientes ocultas en aquella vasta zona de vida mental cuyo desarrollo no percibimos, eluden, por su naturaleza misma, examen detallado; y toda la información que podamos adquirir se obtiene por medios indirectos. Razonablemente podemos inferir que a estas corrientes ocultas obedecen nuestras fantasías e instintos, nuestras inclinaciones y prejuicios, nuestras reminiscencias e impresiones del pasado, nuestros hábitos de apreciación y nuestras decisiones. Las corrientes ocultas no son, sin embargo, artífice que actúa por su propia iniciativa y responsabilidad. Debemos precavernos de atribuirles un mágico poder de que carecen. No son una fábrica donde se elaboran productos esenciales originados en elementos o fuerzas que no tienen conexión con la vida ordinaria. Pueden solamente combinar y desarrollar posibilidades mentales preexistentes.

La patología mental de la vida diaria ofrece mil asombrosos ejemplos del funcionamiento de dichas corrientes ocultas. Un íntimo análisis revela consecuencia y método, conexión y penetración inconscientes, en supuestas aberraciones tales como lapsos de la memoria, deslices de la pluma y de la lengua, palabras de orto-

grafía errónea, y descuidos inexplicables. Tratando de encender fuego en cierta ocasión deseché un diario que tenía al alcance y fuí a buscar material combustible en otra parte. Más tarde recordé que el periódico contenía un editorial que yo había resuelto leer cuando tuviera tiempo disponible. Hace poco he descubierto que al usar la máquina de escribir tengo cierta tendencia a tocar ligeramente la tecla que no debo.

El operador de la *ouija board* insiste a menudo en que el mensaje incluye hechos de que no tenía conocimiento previo alguno. Ahora bien; nada es más traidor que la memoria. Recordamos muy poco de lo que en realidad ha pasado. Experimentos en psicología anormal han llegado a provocar estados mentales en que se revela aquello que no podríamos recordar en condiciones normales. Una persona incapaz de recordar lo que ha soñado la noche anterior puede, sin embargo, en estado hipnótico, referir sus sueños al hipnotizador. En la sesión de *ouija board* a que yo asistí, el operador afirmaba rotundamente que nunca había tenido el menor conocimiento del nombre de pila de uno de los presentes que el aparato reprodujo correctamente, hasta que se le hizo recordar que dicho nombre había aparecido en los diarios y en muchas partes durante varios años. Muchos resultados que en concepto del operador y de los espectadores son enteramente nuevos y no tienen relación alguna con hechos normales, son indudablemente reminiscencias latentes y potenciales que se presentan de súbito a la conciencia.

Una noche, cierta madre acostó a su niño y se fué a la iglesia, dejando a su marido y a un amigo de éste a cargo de la casa. El chico lloró por largo tiempo, pero el padre no dió importancia al asunto. Cuando regresó la madre y preguntó si el niño había llorado en su ausencia, la expresión del rostro de los hombres fué la mejor afirmativa respuesta. La madre decidió consultar a la *ouija board* para descubrir la causa del llanto. La *ouija* contestó que el niño había llorado largo, largo tiempo, porque el aposento estaba muy frío a causa de hallarse cerrada la llave del calentador. Ni uno ni otro de los padres recordaba haber tocado el calorífero, pero al examinarlo se encontró que estaba cerrado, y el cuarto frío, en consecuencia. No hay duda de que este caso es un ejemplo de memoria inconsciente que se tradujo en el mensaje de la *ouija board*.

Además, aunque el individuo no tenga conciencia de impresiones recibidas por medio de los sentidos, las corrientes ocultas pueden vibrar a impresiones imperceptibles a la conciencia. El radio de nuestra vida mental es mucho más extenso que el de las impresiones psíquicas comunicables y de las cuales nos damos cuenta. Se ha demostrado repetidas veces que nos hallamos sometidos a la influencia de multitud de vibraciones ocultas cuyo funcionamiento ignoramos. Sabemos más de lo que tenemos conciencia de saber, oímos más de lo que tenemos conciencia de oír, vemos más de lo que tenemos conciencia de ver.

Investigaciones experimentales sobre el susurro involuntario han revelado que siempre que una idea acude a la mente se produce un movimiento inicial e incipiente de los órganos vocales que traducen el pensamiento, el cüal, a pesar de ser conscientemente inaudible, puede reflejarse en forma indistinta en la conciencia de los otros. Mr. H. S. Curtis ha practicado experimentos que registraban los movimientos automáticos de la laringe cuando se recitaba algo mentalmente o simplemente cuando se pensaba. El pensamiento está acompañado de una vibración de la laringe indicando incipiente expresión oral, que inconscientemente puede ser impresionada por algún otro.

El profesor H. H. Dónaldson relata un ejemplo experimental del efecto de los imperceptibles factores de que se trata. Dos superficies iluminadas con ligera pero mensurable diferencia en el grado de luz fueron sometidas a comparación, pidiendo a los observadores que indicaran cuál de ambas superficies era la más brillante. La diferencia era demasiado insignificante para apreciarse; de consiguiente, los observadores se veían precisados a adivinar. La imperceptible diferencia fué apreciada inconscientemente, porque la superficie más brillante se designó con mayor frecuencia. El radio de sensibilidad a las impresiones reveló ser más extenso, con

mucho, que el de la percepción consciente. La vista, el oído y otros órganos íntimos del sistema nervioso central responden a estímulos demasiado débiles para ser percibidos conscientemente.

Cierto caballero, en presencia de su mujer, propuso a los operadores de una *ouija board* varias preguntas que debían ser contestadas por un tal John Smith, fallecido.

Pregunta. ¿Quién soy yo?
Respuesta. Un camarada de infancia.
Pregunta. ¿Dónde estás?
Respuesta. En esfera más elevada.
Pregunta. ¿Irán tus padres al sur este invierno?
Respuesta. Si se cumplen los deseos de mi madre.
Pregunta. ¿Qué es lo que desea tu viuda?
Respuesta. Querría encontrarse aquí.

La esposa del caballero que hacía las preguntas confirmó la exactitud de las respuestas. Dijo que la madre del extinto le había manifestado que estaba muy deseosa de pasar el invierno en el sur; y, del mismo modo, que la joven viuda había expresado repetidas veces el deseo, no del todo extraordinario, de abandonar la vida y reunirse a su marido. Los operadores afirmaron insistentemente que no sabían que quien había dirigido las preguntas fuera amigo del extinto. Probablemente algún susurro involuntario de parte del caballero y su mujer, y la audición inconsciente de parte de los operadores constituyeron la misteriosa base de la información. Los mismos operadores reprodujeron el nombre del padre de uno de los presentes. Quizá el mismo principio determinó este resultado.

Íntimamente ligada con el murmullo involuntario y la audición inconsciente está la interpretación de los movimientos de los músculos. Ciertas mentes son extremadamente sensibles a los indicios de concordancia o discordancia, de interés y proporción que se traducen en el rostro o en el cuerpo. El levantar de una ceja, una sonrisa, un ligero movimiento de la cabeza, un signo de sorpresa, un pequeño ademán de la mano, todo adquiere para el operador una significación de que quizá él mismo no se da cuenta. Una y otra vez he contemplado a un grupo de personas sencillas, ardientemente inclinadas sobre la *ouija board,* y que con su aliento, la expresión de su rostro y tal vez el susurro involuntario guiaban e influían de tal manera sobre la sesión, que inocentemente dictaban a los igualmente inocentes operadores las respuestas a sus propias preguntas. Y se observa, además, una marcada tendencia en los operadores a confrontar los resultados conforme avanza la sesión. Quizá sin comprender la significación de lo que hacen, muchos de ellos tratan de provocar una reacción hacia los detalles importantes de un mensaje, tan pronto como ha sido transmitido. Esto sirve de guía en adelante.

Asistí a cierta sesión de la *ouija board,* arreglada especialmente en mi honor, y en la cual yo era el único que interrogaba. Uno de los operadores proponía las preguntas que yo le dictaba. John Smith, fallecido, manifestó voluntad de contestar. El diálogo que anoté entonces se desarrolló como sigue:

Pregunta. John, ¿sabe usted quién es el que desea proponer algunas preguntas?
Respuesta. Un caballero. Le he oído predicar.
Pregunta. ¿Dónde le oyó usted?
Respuesta. En la iglesia metodista.
Pregunta. ¿En qué ciudad?
Respuesta. En G——.
Pregunta. ¿Sabe usted por qué método responde L—— [una adivinadora profesional del pensamiento] a las preguntas que se le proponen?
Respuesta. Está fuera de mi esfera.
Pregunta. ¿Qué quiere usted decir con eso?
Respuesta. Que lo explique el caballero.

En este punto interrumpí para explicar que no existe iglesia alguna metodista en G——. Prosiguió el examen de John Smith.

Pregunta. ¿Cómo explica usted su declaración, no habiendo iglesia metodista en G——?
Respuesta. Todas las sectas asisten.
Pregunta. ¿Tuvo usted ocasión de tratarle personalmente?

Respuesta. No; hasta donde recuerdo.

Aquí traté de aguijonear la memoria del "espíritu" y pedí al operador que preguntara:

Pregunta. ¿Recuerda usted haberle conocido en una tienda de ferretería en G——?

Respuesta. No; debe de haber sido David.

Esta sesión revela un fértil campo dentro del cual la *ouija board* puede ser consultada con éxito, a la vez que sus limitaciones. Fuera del radio de las corrientes ocultas de la conciencia de los presentes, a menos que el azar o la coincidencia intervengan, la información es de carácter general, aunque a menudo hábil y sagaz. Conservándome tan inescrutable y vago como era posible, arrojé a los operadores en sus últimas trincheras, que en este caso resultaron sumamente débiles, aunque condescendí lo suficiente para corregir una respuesta equivocada y aguijonear la memoria del espíritu. Había conocido al extinto algunos años antes de su muerte en una tienda de ferretería, conforme lo insinué, y había tenido una conversación de cierta importancia con él.

Cuando los factores desconocidos y ocultos responden adecuadamente, se experimenta la tentación sutil de atribuir el resultado a la impresión directa de algún ser distante o a la influencia de los espíritus. Parece ser un rasgo de la naturaleza humana el referir pensamientos, sentimientos y acciones provocadas por estímulos demasiado débiles para percibirse conscientemente, a fuentes ajenas a la personalidad. Tales respuestas se suponen provenir de otra voluntad que la nuestra. El proceso de deletrear palabras en la *ouija board* no es más misterioso que la escritura ordinaria, la escritura en máquina, el manejo de un automóvil o la ejecución en el piano. Todas estas operaciones, aunque al principio significan esfuerzos conscientes, se hacen al cabo mecánica y automáticamente.

Es indudable que la *ouija board* ofrece una puerta de escape del cautiverio inconsciente a los deseos y aspiraciones secretas. Del mismo modo que tantos de nuestros anhelos y aspiraciones secretas, no satisfechos en la vida real, encuentran expansión en los sueños, muchas de nuestras ambiciones e impulsos ocultos y comprimidos a medias se definen y traducen en el ejercicio de la *ouija board*. Es posible que el operador traduzca, con toda la intensidad de una revelación original, aquello que en lo más recóndito y privado de su mente él mismo desea ser o poseer.

La *ouija board* es un invento admirable para estimular y traer a la superficie el material que inconscientemente se agita en lo profundo del ser humano. Su operación permite rebuscar gran número de indicios y sugestiones. Se dice que el experto médio espiritista rara vez encuentra dificultad para revelar nombres o fechas extrañas. Teniendo ante sí el alfabeto y los números, abarcando la planchuela el espacio entero del aparato, los operadores de la *ouija board* tienen facilidad de componer sus respuestas letra por letra o cifra por cifra. Si la respuesta no viene dentro de un intervalo razonable, el operador puede dar conscientemente un pequeño impulso a la planchuela para que desempeñe su misión. La manipulación se facilita materialmente por la colaboración de dos operadores. Lo que el uno sea incapaz de producir, puede expresarlo el otro. Naturalmente, es posible que alguna vez se produzca conflicto entre ambos y que la planchuela se inmovilice hasta que uno de ellos ceda ante el otro. Las características principales de un buen operador son: confianza en la propia intuición y tacto, una fe inquebrantable de que se obtendrán resultados y una aguda percepción de signos y manifestaciones exteriores que revelen los íntimos movimientos mentales de los otros. Aunque no todo el mundo puede desempeñar con éxito el papel de operador, las sesiones de la *ouija board* se consideran una forma relativamente simple de la investigación de lo desconocido. Los resultados que personalmente he observado pueden explicarse por el azar y coincidencias, por reminiscencias inconscientes, por la involuntaria transmisión y percepción de estímulos ocultos y por impulsos y ambiciones comprimidos a medias.

LA NOVELA FRANCOCANADIENSE

POR

ÉRNEST BOYD

El espíritu de los franceses del Canadá, de aquellos atrevidos exploradores que abandonaron su patria en pos de nueva vida y aventuras en un país desconocido, sus luchas con la agreste y magnífica naturaleza y su anhelo de conservar la identidad étnica en medio de su voluntario destierro, están vívidamente expresados, dice el autor, en una novela recientemente consagrada por la Académie Française, y que ha abierto frescas perspectivas a la literatura francesa. El escritor establece interesantes puntos de contacto entre la literatura irlandesa y la francocanadiense.—LA REDACCIÓN.

EN LA primavera del año pasado Daniel Halévy, el amigo de Charles Péguy y colaborador en los ahora famosos *Cahiers de la quinzaine,* despertó el interés de los favorecedores de esta admirable empresa de la literatura periodística, lanzando una serie de *Cahiers verts,* redactados sobre el molde de la idea original de Péguy. Cada edición de la serie es la obra completa de un solo autor, pero Monsieur Halévy ha adoptado la forma tradicional de la novela francesa, editando una serie de libros, en vez de un periódico del cual cada número constituye un libro, como lo hiciera Péguy. La primera obra elegida por el director demuestra que, aun cuando modificara de esta suerte el plan de Péguy, se mantenía fiel a la tradición de patrocinar a escritores noveles, abriendo nuevos campos a la literatura. Fué un libro titulado *Maria Chapdelaine: Récit du Canada français,* escrito por Louis Hémon, nombre desconocido a la mayor parte del público lector en Francia. Esta simple y encantadora historia de la vida rural francocanadiense ejerció un atractivo irresistible para los franceses, cuya literatura de costumbres campesinas carece del sentimiento agreste de los grandes espacios y de la naturaleza virgen, de que está impregnada la narración de Louis Hémon.

El labriego francés, revelado a la ruda luz de un Maupassant o de un Zola, o en los colores más sobrios de George Sand o de Gaston Chérau, es un tipo extremadamente remoto del de aquellos expatriados colonos de Quebec o de Ontario, cuyos vínculos con Francia apenas si representan algo más que la memoria de ciertos antepasados que se lanzaron a una gigantesca aventura, tan sólo para encontrarse alejados para siempre de la madre patria. En *Maria Chapdelaine,* estos auténticos canadienses, que rehusan este título a las demás razas del Canadá, evocan reminiscencias largo tiempo adormecidas en Francia, y la historia de su lucha por la existencia contra las tempestades y la nieve, de sus esfuerzos para mantener la raza y la tradición contra las fuerzas arrolladoras de las condiciones de vida, descubre una nueva perspectiva en la literatura francesa. La descripción de la naturaleza, la vívida pintura de la rutina de las tareas, alegrías y pesares que constituyen la vida en aquellas regiones, adquiere sabor más intenso por el lenguaje de este francocanadiense, en que sonoros arcaísmos y bárbaros anglicismos se atropellan uno sobre otro en la inocencia más feliz. No es sorprendente que esta sencilla historia de la hija de un labriego, que con la muerte de un joven guía en una tempestad de nieve pierde un amor escondido y se casa luego con el campesino elegido por sus padres, haya despertado el entusiasmo de los críticos franceses. Esta narración era algo tan diferente del inverosímil "lejano oeste" convencional de la literatura francesa como de los cuadros de vida rural a que el público estaba acostumbrado en un país cuya población agrícola es probablemente la mejor establecida, más próspera y menos aventurera de la Europa occidental. Esta aislada comunidad de franceses de ambos sexos, casi olvidada, hablando una lengua parecida a la de Ronsard y Montaigne cuando no es peligrosamente semejante al francés de Strátford-atte-Bowe, fué una revelación en la bella obra de Louis Hémon, del mismo modo que el irlandés de las comedias de Synge trajo a

nuestra moderna literatura un soplo del inglés de los tiempos de Elízabeth y de la vida de seres humanos primitivos.

La historia de la literatura francocanadiense y angloirlandesa ofrece interesantes puntos de contacto. En ambos casos se observa el esfuerzo de una minoría étnica para preservar su identidad nacional. En el Canadá francés no ha triunfado como en Irlanda la substitución del inglés por el idioma nativo, y la situación es análoga en cierto modo a la que existía hace dos siglos, cuando el irlandés era todavía el medio de expresión literaria. En Irlanda se ha producido un doble renacimiento, porque no sólo hay una literatura irlandesa cada vez más abundante, sino que los escritores angloirlandeses, bajo la influencia gaélica, han amoldado de tal manera el lenguaje impuesto por la conquista, que se ha convertido en instrumento adecuado de la expresión nacional genuina. La literatura angloirlandesa traduce distintamente en la actualidad el espíritu irlandés, diferenciándose por completo de la tendencia inglesada de los autores provinciales irlandeses, que apenas representa un débil eco del alma nacional.

Del mismo modo que la irlandesa, la literatura del Canadá francés ha tenido que investigar retrospectivamente su pasada historia en busca de material. Tan sólo después del advenimiento de Stándish O'Grady y W. B. Yeats y el grupo asociado con el renacimiento de la literatura irlandesa, se desvió la atención de los antiguos pesares y odios encaminándola a concepción más liberal y profunda de la nacionalidad. Durante el último cuarto de siglo, y quizá más, la literatura angloirlandesa se ha preocupado más bien de las leyendas y tradiciones de la raza que de las luchas políticas que sucedieron a la clásica edad de la cultura irlandesa. Philippe Aubert de Gaspé inició orientación semejante en el Canadá con la publicación de su obra *Les anciens canadiens,* en 1863. Esta epopeya de la historia francocanadiense sorprendió a los críticos por su falta de rencor. El abate Camille Roy, autorizado historiador de la literatura del Canadá francés, censura la marcada tendencia del autor a aprobar la "resignación nacional" frente a la victoria británica. Es precisamente la misma crítica que se lanzó contra los iniciadores del renacimiento en Irlanda; pero el antagonismo literario ha tenido que doblegarse ante los hechos, que justificaron a los innovadores otorgándoles a ellos y a su patria la fama universal que no obtuvieron los escritores puramente patriotas que les habían precedido. La obra de Gaspé alcanzó asimismo extraordinaria popularidad, siendo uno de los pocos libros francocanadienses que hayan merecido los honores de la traducción.

Maria Chapdelaine es una historia típica de la literatura del Canadá francés, que trata principalmente de las condiciones rurales, como sucede en la literatura irlandesa. Los canadienses tenían que afrontar problemas análogos a los de sus contemporáneos irlandeses. No es en las salas de recepción de Montreal y de Quebec, con tendencias al estilo inglés, donde palpita el espíritu nacional, sino en las pequeñas comunidades y alquerías diseminadas, fuera del alcance de la influencia urbana. Si bien el teatro, conforme es en la actualidad, en su carencia de escenas y costumbres populares, se halla casi enteramente restringido a temas históricos, la novela se concentra en la vida y hábitos campesinos. La falta de buenos novelistas ha sido una anomalía notable de la literatura angloirlandesa hasta que el extraordinario genio de James Joyce comenzó a demostrarse en sus vigorosos estudios de la clase media. Los irlandeses tienen el don del cuento, el arte de los habitantes del valle del Shannon persiste; pero descuidan la novela o se dedican a este género tan sólo como un medio de hacer dinero.

Los novelistas francocanadienses han sido relativamente más numerosos, pero nada tienen comparable a *Maria Chapdelaine.* Aparte de los émulos de Gaspé, entre los cuales Laure Conan es la más importante, casi todos se han consagrado al estudio de la civilización rural de los antiguos *naturales* y de sus descendientes. La primera novela de importancia fué *Charles Guérin,* que alcanzó boga considerable en la década de 1840; pero su autor, P. J. O. Chauveau, no estaba suficientemente familiarizado con las costumbres de los canadienses, excepto en la forma en que se revelaban en la sociedad mitad

francesa y mitad inglesa de las ciudades populosas. Su éxito se debió principalmente a la circunstancia de que cuidaba más del estilo de lo que en aquel período—o desde aquel período—se acostumbraba. La novela típica del Canadá francés data más bien del *Jean Rivard* de Gérin-Lajoie, que apareció veinte años más tarde. Al cabo surgió un novelista que se consagró a escribir la epopeya de la colonización, la lucha del hombre con la naturaleza en el suelo virgen de un país nuevo. Hay un encanto peculiar, ingenuo, en esta novela, a través de la cual se perciben los conocimientos prácticos del agricultor, aun hasta el extremo de incluir notas interesantes para los labradores. Posteriormente han desarrollado otros autores el mismo tema, pero con menos obvia intención utilitaria. Las penalidades y aventuras de los primeros colonos y hombres de la selva, la grandiosa vida de los bosques y las praderas constituyen el tema eterno de los novelistas canadienses.

Con excepción de algunas bellas obras de autores como el doctor Choquette en *Les Ribau* y *Claude Paysan*, en años recientes, y de los cuentos históricos de Laure Conan, referentes al período de la guerra anglofrancesa, la novela corriente se dedica a describir aspectos más o menos externos de las comunidades rurales, sin elevarse a nivel digno de admiración. Poco antes de la guerra, un nuevo escritor, Hector Bernier, dió a la luz pública trabajos que parecían promesa de una bien venida innovación, *Au large de l'écueil* y *Ce que disait la flamme*, dos novelas de sociedad de la clase media contemporánea. Desgraciadamente, su estilo deficiente y un exceso de la religiosidad con que aquellos franceses trasplantados tratan de compensar la falta de fe de la estirpe original, afectan gravemente sus títulos a recibir seria atención del público. *Ce que disait la flamme*, sin embargo, despierta interés por cuanto expone el problema con que deben luchar los escritores irlandeses, problema que se conoce en Irlanda con el nombre de "anglicismo occidental;" esto es, la afectación seudo inglesa, que juzga vulgar e inferior lo nativo.

El florecimiento de la poesía en Irlanda se revela asimismo en el Canadá francés, donde Louis Fréchette, que falleció en 1908, ocupó largo tiempo el puesto de honor como uno de los poetas más eminentes de la literatura francesa en el exterior. Su obra *Fleurs boréales* recibió la consagración de la Académie Française, y contiene muchas hermosas poesías. Las obras de Fréchette, como las de su rival W. Chapman, están impregnadas de un apasionado sentimiento de nacionalidad, y sus cantos dejan percibir, del mismo modo que los de los poetas irlandeses, las lamentaciones de un pueblo conquistado, pero jamás sometido. La atmósfera del norte, las quebradizas nieves y las selvas magníficas son parte integrante de su horizonte poético, como las nieblas y pantanos forman parte de la perspectiva de los poetas irlandeses, y hacen vibrar una nota extraña en la poesía francesa tan eminentemente civilizada, pulida y artificial. La naturaleza aparece allí en toda su agreste magnificencia, con belleza más penetrante que el encanto suave, convencional del siglo décimoctavo que sirve de marco a muchas de las poesías francesas.

En el rápido entusiasmo despertado por *Maria Chapdelaine* descubríase la salutación al primer trabajo en prosa realmente hermoso que brotaba del Canadá francés. El autor era desconocido; pero a su tiempo se supo que Louis Hémon no era francocanadiense, aunque la historia provenía del Canadá. Era un bretón que había emprendido viaje al Canadá, donde escribió su libro a raíz de sus primeras impresiones en las granjas del país. Su hermana lo describe como hombre taciturno, que "huía del mundo y amaba la soledad y la meditación;" rasgo que, unido a las revelaciones de su libro, indica en el autor cierta analogía con J. M. Synge. Del mismo modo que éste en las islas de Aran, aprendió Louis Hémon a escuchar y observar en el Canadá, resultando así admirablemente vívido su empleo del idioma francocanadiense, porque el escritor sabe manejarlo, imprimiendo sabor local y colorido al lenguaje popular sin caer en barbarismos inconscientes que echen a perder el estilo, como sucede con muchos otros autores del Canadá francés. Ha hecho por el lenguaje francocanadiense lo que hizo Synge por el irlandés: lo ha introducido en la literatura.

Después de enviar a Francia el manuscrito de *Maria Chapdelaine,* Louis Hémon emprendió una excursión a través de la comarca, saliendo de Saint John's Lake, donde había escrito su libro. Su plan era recorrer a pie la ruta del Canadian Pacific Railway. En una curva de la línea ni él ni su compañero oyeron que se aproximaba un tren, y ambos fueron arrollados y muertos. Cuando la carta que aceptaba su obra fué devuelto a París con la anotación "fallecido," no se sabía de nadie a quien dirigirla, ni fué posible obtener fuente alguna de información con respecto al misterioso autor. En consecuencia, la historia se publicó en un diario, donde por primera vez tuvo noticia de su existencia el padre de Louis Hémon. Escribió entonces explicando su parentesco, y de esta manera se obtuvieron datos acerca del supuesto novelista francocanadiense.

Sin embargo, el Canadá lamentó la muerte de este brillante escritor, a la edad de treinta y tres años, como una pérdida para la literatura del Canadá francés. Erigió un monumento de mármol blanco en el sitio del accidente, y en 1919 se colocó una piedra conmemorativa en Péribonka, cerca de Saint John's Lake, en la alquería donde escribió *Maria Chapdelaine.* La Geographical Society of Quebec ha cambiado el nombre a dos lagos por el de Lake Hémon y Lake Chapdelaine, en honor del autor que dió a la literatura francocanadiense la primera novela que traspasara los límites de lo que hasta entonces había sido una mera senda extraviada de las letras modernas.



EL HOMBRE DE FAZ MAGNÁNIMA[1]

POR

FRANK LÚTHER MOTT

Nótase actualmente en la literatura de los Estados Unidos, especialmente en los cuentos, una tendencia a los estudios psicológicos y espiritistas en sus diversos aspectos. El autor de la siguiente historieta analiza el proceso espiritual de su héroe, dejando al cuidado del lector deducir las elevadas enseñanzas que de allí se desprenden. Presenta, además, un vívido cuadro de escenas típicas del ferrocarril subterráneo, que recordarán los lectores que hayan tenido la desgracia de presenciarlas viajando por los obscuros y ruidosos túneles neoyorquinos.—LA REDACCIÓN.

UN TREN expreso subterráneo llenó la vía con su estruendo, detúvose en la estación de la Fourteenth Street, y las deslizantes puertas abriéronse de golpe. Era justamente la hora tranquila del tráfico, antes de que comenzara el amontonamiento de la tarde, y los coches estaban sólo cómodamente llenos. Al deternerse el tren, un hombrecillo modesto, sentado cerca del extremo del tercer coche, abandonó apresuradamente el asiento que ocupaba frente a el andén de la estación, y miró a través de las ventanillas del lado opuesto. Durante todo el trayecto desde Wall Street, el hombrecillo había observado quietamente, con sus ojos grises de cuencas profundas, a todo hombre o mujer que entraba o salía del carro. Era de constitución endeble, y la palidez de oficina, que se extendía sobre su rostro grave, daba a su mirada singular intensidad de expresión. Ahora escudriñaba ansiosamente a la gente que se agolpaba fuera, en el andén de la estación de la Fourteenth Street.

De pronto se dilataron sus ojos; inclinóse hacia la ventanilla y levantó ambas manos como para dar sombra a su vista. En seguida se volvió y corrió en dirección a la puerta que se cerraba en aquel momento. Su semblante estaba blanco como un papel; sus ojos se abrían en redondo y brillaban de emoción. Desoyendo las protestas del guardia, se escurrió por la estrecha abertura que dejaba la puerta al cerrarse lentamente, logrando salir en el momento en que el tren comenzaba a moverse. Sin cuidarse de la conmoción que causaba, el hombre se abrió paso violentamente a través del andén hacia un tren local que se preparaba a partir, repiqueteando los batintines y corriendo sus puertas. A despecho de toda su prisa, el hombrecillo llegó tarde para tomarlo. Golpeó imperiosamente el cristal de una de las cerradas puertas.

—¡Próximo tren!—dijo el guardia concisamente.

—¡Déjeme entrar!—instó el hombrecillo, haciendo bruscos ademanes con los brazos. —¡Déjeme entrar! ¡Todavía hay tiempo!

—¡Próximo tren!—repitió el guardia.

El largo tren principió a moverse velozmente. El hombre corrió a lo largo de los coches, mirando a través de las ventanillas algo o a alguien en el interior.

—¡Cuidado!—gritó el guardia, previniéndole.

El hombre, sin embargo, no prestó atención alguna a la advertencia. Fué extraño que no resultara magullado al correr así ciegamente a compás del tren. Peligrosamente cerca del extremo del andén se paró de súbito, llevándose la mano a la frente. El tren se precipitaba a la distancia, desvaneciéndose en el negro túnel sus rojas luces de la zaga. Insensible al interés de los espectadores, insensible al apresuramiento y tumulto del gentío que bullía a la llegada de otros trenes a la estación subterránea, el hombrecillo quedó lánguidamente recostado contra un pilar.

—¡Desaparecido!—murmuró para sí mismo.—¡Desaparecido!—

Por más de veinte años Mr. James Neal había sido empleado de las oficinas de Fields, Jones y Hóuseman en la parte baja de Broadway. Cada día de estos largos veinte años, exceptuando domingos y días

festivos, había pasado hora y media en los trenes subterráneos. Durante más de veinte años había pasado hora y media diaria en la gran línea ferroviaria subterránea del Interborough. El estruendo incesante del tren aturdía sus sentidos mientras se sacudía en el trayecto de ida y regreso desde el Bronx, donde tenía un cuarto, hasta el edificio Imperial, donde trabajaba. Esto equivalía, conforme lo había computado, a cincuenta y ocho días y medio por año, o sea aproximadamente dos meses de viaje. Tal era el tributo que pagaba al tiempo por el privilegio de usar otras horas para su trabajo y subsistencia. Al principio, esta hora y media diaria habíale parecido una pérdida lamentable; pero eso fué solamente en la primera época de su permanencia en la ciudad. En seguida se sintió invadido de energía y fe ilimitadas, la misma fe y energía que le arrastraron a la gran metrópoli desde su lejana aldea del oeste central. Año tras año, sin embargo, conforme el hábito le encallecía para sobrellevar la parte que parecía destinado a representar en la vida, olvidó el tiempo malgastado en los coches del Interborough. El destino, decíase a sí mismo, había marcado la vía subterránea como senda por la cual su vida debía deslizarse; el destino le había condenado inexorablemente al estruendo de los túneles.

Jamás había confesado a nadie que consideraba el ferrocarril subterráneo como indicio y símbolo de la ruta en que su vida se desarrollaba. Nadie había, por otra parte, a quien pudiera impartir sus ideas acerca de un significado más profundo de la vida. Cuando Mr. Neal ingresó a las oficinas de Fields, Jones y Hóuseman, con toda la timidez e inexperiencia campesinas, sintió el rechazo producido por la falta de interés que sus nuevos problemas despertaban en sus compañeros de trabajo; y revistió entonces por primera vez aquella armadura de indiferencia que ahora le envolvía con la naturalidad de un traje acostumbrado. Tampoco sentía mayor confraternidad con la familia del Bronx en cuya casa vivía. Ellos procuraban no molestarle; él se mantenía alejado.

Tal vez el pálido e insignificante empleado de oficina, de grandes ojos grises, se habría sentido muy aislado si no hubiera encontrado incidentalmente un real interés en la vida. Fué como sigue la esencia y manera de su descubrimiento.

Cuando recorría de ida y vuelta su trayecto en el tren subterráneo, mañana y tarde, día tras día, semana tras semana, desperdiciaba su tiempo mucho más completamente que la mayor parte de sus compañeros de viaje. Casi todo pasajero del subterráneo lee su periódico durante el trayecto y olvida al mundo entero; adivina por una especie de sexto sentido cuando el tren llega a la estación que le conviene, y solamente entonces abandona su lectura. Mr. Neal rara vez leía los diarios. La chismografía, las necedades de la prensa diaria, le sublevaban. Quizá si había además alguna otra razón que el mismo Mr. Neal no sospechaba; quizá el sereno egoísmo que su manera de vivir le había impuesto había llegado a destruir el anhelo natural por el seudo "interés humano" que se despliega en los diarios de la metrópoli. Desdeñaba las mezquinas querellas a que dan publicidad los periódicos; las escaramuzas políticas, los conflictos, luchas y disensiones de la humanidad entera que se reflejan en el espejo de la prensa.

Privado así de los periódicos, era natural que cayera en el hábito de observar a la gente de los vagones. Dedicóse a estudiar el semblante. Al principio lo hizo inconscientemente, y es presumible que hubiera analizado vagamente rasgos fisonómicos por varios años antes de descubrir y penetrarse en toda su amplitud de cuán interesante se hacía esta ocupación. Cierto día festivo fué a la biblioteca y leyó un libro sobre la fisonomía; después de esto comenzó a clasificar en su memoria los diversos tipos de rostro que encontraba. Prosiguió sus investigaciones en el espíritu imparcial y analítico del hombre de ciencia; pero, a medida que transcurría el tiempo, sentíase intensamente interesado. Cada mañana y cada tarde trabajaba en su laboratorio: los trenes subterráneos.

Nunca tenía que viajar de pie en los coches, porque tomaba el tren ya sea a un extremo o al otro de la línea, antes de que hubiera demasiado gentío; pero tan pronto como la multitud comenzaba a aglomerarse en el espacio intermedio, cedía siempre su

asiento. Esto, naturalmente, le conquistaba repetida fama de cortés; pero la verdadera razón para esta galantería aparente era que no podía ver el rostro de las personas cuando estaba sentado y otros se mantenían de pie en el centro. Mas cuando, colgado de la argolla, miraba a la ventanilla que tenía al frente, la obscuridad exterior combinada con la brillante luz del coche, convertía el cristal en un excelente espejo que reflejaba el rostro de la gente que se hallaba alrededor.

No era fácil clasificar los rostros por nacionalidades en la políglota multitud de la línea del East Side; pero Mr. Neal ponía en juego diversas tretas para descubrirlo. Observaba los periódicos que leían; ¡todo el mundo leía periódicos! Aun se aventuraba, cuando la curiosidad era muy grande, a preguntar algo al sujeto que le interesaba, de manera que el individuo revelara su origen. Muchas veces era desairado, pero incidentalmente obtenía resultados. Leía cuanto libro sobre inmigrantes le caía entre manos. En más de una ocasión siguió la pista a algún ejemplar raro, espiándole hasta el lugar de su trabajo y haciendo allí discretas averiguaciones. Estas pesquisas le habían hecho varias veces llegar tarde a la oficina, lo cual le valía observaciones irónicas de su jefe. El jefe de oficina en Fields, Jones y Hóuseman era un viejo alto y flaco que se daba aires juveniles, con una nariz de halcón en mitad de la cual se encaramaba peligrosamente un par de gafas, y de lengua mordaz; pero las agresivas palabras de su jefe no alteraban a Mr. Neal con tal de que sus investigaciones hubieran resultado fructuosas.

Al cabo hízose tan diestro que logró clasificar el tipo eslavo en sus diversas nacionalidades, y fué capaz de percibir las diferencias entre polacos, lituanos, rumanos y judíos; pudo nombrar, casi siempre correctamente, las provincias a que pertenecían los italianos y los alemanes.

Pero la serie más interesante de categorías, de acuerdo con las cuales catalogaba los diversos rostros que veía, era la de sus pasiones dominantes. Contábanse allí el sabio, el deportista, el avaro, la cortesana, la pequeña tendera, el empleado, el ama de casa, el artista, el bruto, el hipócrita, el clérigo, el aficionado a la bebida, el jugador. El atractivo de la clasificación residía en que estas categorías no se excluían mutuamente, sino que se prestaban a variaciones infinitas.

Mr. Neal llegó a apasionarse tanto por este juego fascinador como cualquier entusiasta aficionado al billar, *golf*, *base-ball* o *poker*. Todo el día, en medio de la abrumadora rutina de Fields, Jones y Hóuseman, anhelaba el momento en que le fuera dado establecerse en posición ventajosa en un vagón del ferrocarril subterráneo y sumergirse en su análisis de rostros. Toda la noche soñaba con rostros, rostros inteligentes y necios, buenos y malos.

Sin embargo, la deformidad de los rostros que veía en el tren oprimía el alma a Mr. Neal. Contemplaba a veces semblantes flácidos por el abuso del licor, y observaba tanta hueca degradación que le descorazonaba. Analizando los rostros en derredor, percibía el mal en formas múltiples, y veíase precisado a catalogarlo. Los húmedos ojos de la desilusión, el saliente labio inferior de la codicia, las estultas faces de mujer: todo constituía un galería de pintura acongojadora.

Cada rostro estaba marcado con la pequeña pasión peculiar de su dueño, el sello particular del espíritu. La boca, especialmente, traicionaba el alma que se albergaba detrás. En alguna parte había leído Mr. Neal extraordinarias historias de almas que parecían escaparse del cuerpo de los moribundos, y que siempre se veían salir de las abiertas bocas de los cadáveres. Había singular idoneidad en tal fenómeno, pensaba Mr. Neal, porque el alma pone su sello en la boca más aún que en los ojos. Bocas lascivas, bocas arteras, bocas aborrecibles, se veían en gran cantidad. Aun las bocas infantiles aparecían viejas en el mal.

—Siento mucho haber adquirido este conocimiento,—murmuraba cierto día Mr. Neal. —Ahora percibo siempre el alma de un hombre cuando veo su rostro.—

Era verdad. Hombres que podían esconder sus pasiones secretas a sus amigos más intimos, aun a sus mujeres, se hallaban al descubierto ante la mirada de este empleadillo colgado de una argolla en el tren, y que a favor de largos años de observación sistemática había aprendido a

penetrar a través de todas las barreras de la reserva.

Su estudio y clasificación continuaron por varios años antes de que le ocurriera que había una clase de rostro que nunca había visto, un tipo que jamás había encontrado entre las multitudes de Manhattan. Cuando descubrió por primera vez que este rostro faltaba en su colección le llamó "la faz magnánima;" y aun cuando comprendía la deficiencia de tal calificativo no pudo encontrar otro mejor, y la definición quedó. No era que Mr. Neal no contemplara alguna vez semblantes en que las buenas cualidades hubieran impreso su huella. A veces veía rostros marcados por la benevolencia, la probidad, la energía, por ejemplo, y éstos eran rostros buenos en cierta medida; pero no era aquello que él buscaba, lo que perseguía con más intensidad con el transcurso del tiempo. Recordaba vagamente a través de los años el semblante de su madre; era algo semejante a lo que él hubiera querido encontrar en el ferrocarril subterráneo. Buscaba sencillez, verdad transparente, profundidad de espíritu, fortaleza serena y benévolo poder. Pero, ¿sencillez en el tren subterráneo? ¿Ingenuidad transparente de cualquiera especie? ¿Espiritualidad? ¡Irrisión!

La faz que nunca veía llegó a convertirse en una obsesión para Mr. Neal. Perseguíala ansiosamente en diversas partes de la ciudad. Ensayó viajar en la línea subterránea de Broadway, donde los rostros son notablemente más placenteros, más prósperos y atildados; pero ni allí ni en los alrededores de las universidades en Morningside Heights o en las orillas del Hárlem, ni en Brooklyn ni dondequiera que buscara, encontró el rostro anhelado. Podía verlo cada vez que cerraba los ojos. En la noche soñaba con él continuamente, soñaba con encontrarlo en el tren subterráneo y sumergir su mirada en ojos de bondad inefable.

Llegó por último a afectar su vida esta ansiedad de encontrar la faz nunca vista. Gradualmente se alteró su actitud hacia sus compañeros del tren. Desarrollóse en su alma una inmensa piedad por el ignorante, e invadió su corazón el sufrimiento al contemplar las marcas de Caín que descubría. Sintió un hambre inexpresable de la contemplación de cualidades espirituales que iluminaran el rostro de las multitudes del tren subterráneo. No manifestaba esta hambre en palabras, como lo hace la gente que desea expresar algo definido y tangible. Estas cualidades eran perfectamente visibles para él cuando cerraba los ojos: entonces contemplaba el soñado semblante.

Al cabo, Mr. Neal no podía dormir en las noches a causa de los rostros malignos que se mofaban de él por todos lados en la obscuridad. Sólo cuando lograba dominar el insomnio veía en sus sueños "la faz magnánima." Finalmente se vió precisado a adoptar una resolución: buscaría únicamente los rostros bondadosos; los malos los dejaría pasar sin análisis. Desde entonces fué más feliz. Mientras el tren se precipitaba estruendosamente en la noche de los túneles bajo Nueva York, él fijaba su mirada en los semblantes marcados siquiera someramente con el sello de las cualidades que, reunidas, alcanzaban su culminación en "la faz magnánima." Revivió su fe en la perfectibilidad del hombre; y se mantenía a menudo con los ojos cerrados durante largos minutos para ver de nuevo la faz de sus sueños.

Así transcurrieron los meses, sumándose en años.

Luego, un día, en el tren subterráneo, con los ojos bien abiertos, ¡James Neal vió súbitamente la faz! Regresaba del trabajo en la tarde, como de costumbre. El tren expreso que había tomado estaba a punto de abandonar la estación de la Fourteenth Street cuando un hombre alto que se preparaba a entrar en el tren local situado en la vía al lado opuesto de la plataforma de la estación de la Fourteenth Street, volvióse y le miró de frente. El corazón de Mr. Neal casi cesó de latir. Sus ojos se deslumbraron; mas, con todo, vió el rostro tan distintamente que no pudo olvidarlo jamás. Era justamente como él sabía que debía ser, y todavía más benigno y poderoso. Por un momento Mr. Neal quedó enajenado. La puerta del coche que ocupaba comenzó a cerrarse; él se precipitó, conforme lo hemos visto, se escurrió por el espacio libre y se abalanzó hacia el otro tren. Aunque llegó tarde

para entrar, pudo ver todavía el rostro del hombre dentro del vagón en marcha. Rememorando más tarde el incidente, como lo hizo muchas, muchas veces, se dió cuenta de que le era imposible decir cómo estaba vestido el hombre de "faz magnánima:" pudo ver su rostro únicamente, y esto sólo por un instante, mientras el tren local partía rápidamente de la estación. De pronto se sintió muy solo y desconsolado.

Llegó a su casa enfermo del espíritu. Acostado en su lecho aquella noche, y tratando de conciliar el sueño, decíase que si alguna vez volvía a contemplar el rostro de sus ansias—y oró para que así sucediera—no habría barreras físicas que le impidieran el descubrir el raro espíritu que animaba tales facciones. ¡Ah, pero era mucho siquiera el haber vislumbrado esa faz! ¡Eso sólo valía la pena de haber vivido! Al cabo se durmió apaciblemente.

A la mañana siguiente comenzó para Mr. Neal una vida nueva. Había visto la faz; no era un sueño, después de todo. Sintióse joven por segunda vez; no joven con las ambiciones que en otro tiempo le agitaron, sino alegre y purificado y fortalecido por una fe inconmovible en la supremacía de la verdad y la benevolencia en el mundo. Una sonrisa placentera iluminaba su grave semblante aquella mañana; un débil sonrosado teñía la palidez habitual de sus mejillas; y sus ojos grises y profundos brillaban con fulgores desacostumbrados.

Ni siquiera el estruendo del tren subterráneo abatió su espíritu; y cuando penetró regocijadamente en la oficina de Fields, Jones y Hóuseman, los altos escritorios y bancos de estilo antiguo, la vieja y deslucida mueblería del aposento, parecieron extrañamente nuevos al empleadillo de faz radiante. El jefe de oficina, sentado ante un polvoriento y estropeado escritorio de cubierta corrediza, en una esquina de la habitación, miró severamente a Mr. Neal. El jefe de oficina miraba siempre severamente. Había algo de preternatural en la flacura del jefe de oficina, acentuada por su aguda nariz de halcón; y cuando se enderezó bruscamente de la posición inclinada que ocupaba ante su escritorio, la mirada inquisidora de sus penetrantes ojillos atravesó de parte a parte a su subordinado; y sus gafas, encaramadas a mitad de la nariz, se estremecieron con la violencia del movimiento.

—¡Buenos días!—dijo secamente, hundiéndose de nuevo en su trabajo, con los hombros doblados.

Pero Mr. Neal se manifestó más expansivo.

—¡Buenos días!—saludó tan jovialmente que la oficina entera sintió los efectos de su buen humor.

Un joven, de pelo muy rubio echado para atrás al estilo de la Pompadour, endosaba en aquel preciso instante una raída chaqueta de oficina.

—¡Hola, Mr. Neal!—exclamó.—¡Se juraría que rejuvenece usted día a día!—

Mr. Neal se echó a reír alegremente mientras cambiaba a su vez de chaqueta y se encaramaba en su acostumbrado banco. Su vecino de escritorio volvióse y le miró benévolamente.

—Pronto se nos escapará para celebrar su luna de miel,—profetizó el vecino, para satisfacción de todo el personal de la oficina.

Mr. Neal rió de nuevo.

—Juzga usted por su propio caso, Bob,—replicó. Luego, en tono más confidencial: —¿Cómo va ese romance de usted, vamos a ver?—

Esto fué motivo suficiente para que el joven depositara en los complacientes oídos de Mr. Neal los últimos desenvolvimientos de la amistad de Bob con la muchacha única en el mundo.

Por largo tiempo vivió Mr. Neal en la esperanza continua de ver el rostro otra vez. Tomó la costumbre de cambiarse al tren local en la Fourteenth Street, porque en esa estación había vislumbrado antes la faz de sus sueños; pero no pudo descubrir semblante alguno que se asemejara a aquel que veía a cada instante cuando cerraba los ojos. No se desalentaba, sin embargo. Era feliz, porque sentía que algo grande y noble había penetrado en su vida, que ahora tenía una razón de vivir. Era solamente cuestión de tiempo, decíase, el que volviera a encontrar la faz. No era sino cuestión de tiempo, y podía esperar.

Así transcurrieron semanas y meses. Mr. Neal nunca desmayaba en sus pes-

quisas; habíanse convertido en parte integrante de su vida. En su gran empeño no tenía cabida la monotonía. Siempre encontraba nuevos rostros interesantes que clasificar, alguna combinación inesperada, algún grado de emoción que antes no había visto. Pero nunca encontraba *la* faz.

Nunca, hasta cierto sábado, medio día o festivo en diciembre. Sucedió como sigue.

Mr. Neal pasó aquella tarde del sábado en el Columbus Park. Mucho tiempo atrás había descubierto este parque, adyacente a la Chatham Square, y cerca de Chinatown, Mulberry Bend y el Bówery, populoso lugar de reunión de tipos inferiores de humanidad; y los días festivos que no frecuentaba la biblioteca estudiando a Lombroso, Darwin, Píderit, Lavater y otros fisonomistas, los dedicaba generalmente al Columbus Park. En ocasiones se extraviaba hasta la Héster Street, o en dirección al norte hasta la Orchard o alguna otra calle del Ghetto más allá de Deláncey, y a veces pasaba algunas horas en el Battery Park y en la parte bajo del West Side. Aquel sábado encontró el Columbus Park menos concurrido que de ordinario, porque muchos de sus parroquianos habían ido en busca de lugares más abrigados. A la sazón el tiempo estaba frío, y Mr. Neal experimentó viva compasión por los viejos y quebrantados hombres y mujeres que veía en derredor.

Hacia el fin de la corta tarde de diciembre encontró un viejo que tiritaba de frío acurrucado en uno de los bancos del parque. El semblante macilento, sin afeitar, decía la historia usual del desamparo; pero algo en el rostro—quizá el abyecto temor que se reflejaba en los ojos—hizo vibrar, antes de que se diera cuenta de ello, las profundidades de piedad en el corazón del pequeño empleado. Mr. Neal intentó entablar conversación, pero no hubo relato alguno de mendigo preparado a verterlo en los oídos de la benevolencia; únicamente había el temor del frío, de la miseria, de la muerte. Cediendo de pronto a un impulso tan poderoso que desvaneció toda idea de prudencia, Mr. Neal se despojó de su propio sobretodo y lo colocó sobre la raída chaqueta del hombre, escapando luego apresuradamente hacia la estación subterránea de la Worth Street.

La helada brisa le hizo estremecer mientras seguía de prisa su camino, inclinando contra el viento la endeble figura resguardada únicamente por el gastado traje de trabajo; pero sentía el corazón cálido y ligero dentro de su pecho. Descendió rápidamente las escaleras de la estación subterránea y echó su moneda de tributo en una de las múltiples bocas receptoras del Interborough. El tren se acercaba con resonar de trueno, aumentando por momentos el resplandor de las rojas luces conforme avanzaba en el negro túnel. Los coches estaban atestados hasta la portezuela, porque era la hora de mayor tráfico y se llenaban por completo desde las estaciones más hacia el sur de la ciudad. Mr. Neal se abrió paso a través de la puerta más próxima, y se acomodó luego en el vestíbulo del coche contra la puerta del lado opuesto, desde donde podía ver a las personas que salieran.

El tren se precipitó de nuevo en los negros túneles. Millares de hombres y mujeres eran arrastrados en velocidad terrorífica por algún poder sólo a medias comprendido, a lo largo de los sombríos corredores de la noche, bajo la vieja Manhattan, hacia un punto invisible. Era magnífico, colosal, y a la vez pavoroso. Siempre impresionaba a Mr. Neal el romance del tren subterráneo; pero aquella noche, en la elevación de su espíritu, parecíale algo épico, penetrado de grandeza extraña e irreal. Las débiles luces rojas, diseminadas acá y allá en la vía, no revelaban nada de las maravillas del túnel, prestando únicamente mayor misterio a la indistinta arquería y obscuros bastiones que volaban a los costados del rumoroso tren.

Detuviéronse un momento en la estación de la Canal Street; más gente penetró a empujones en el atestado vagón, y el tren se puso en marcha nuevamente. El hombre que se apretaba contra Mr. Neal tenía la mandíbula poderosa del luchador; pero si alguna vez se presentó en la arena, sus días de campeón habían pasado por cierto. La buena mesa lo había embotado; respiraba pesadamente en la fétida atmósfera de coche. Casi obstruía el aliento al hombrecillo de bigote rojo que se hallaba detrás de

él. Este bigote rojo hacía parecer desproporcionada la cara del hombrecillo: su mentón era insuficiente para restablecer el equilibrio.

En la Spring Street dos mujeres empezaron a bregar por la salida.

"¡Dejen salir!" oyóse la familiar amonestación del guardia.

La gente que se hallaba cerca de las mujeres hizo todo esfuerzo para abrirles campo, pero, sin embargo, hubieron de sostener ruda tarea para llegar a la puerta. Ambas vestían a la moda, y su rostro estaba correctamente retocado. Tenían también aquella dureza de líneas junto a la boca que Mr. Neal había observado en casi todas las mujeres que encontraba, dureza que ni siquiera la tensión del esfuerzo para salir del tren pudo modificar. Cuando por fin lograron salir, otras personas se amontonaron dentro del coche.

Mr. Neal se sentía feliz, y miró en torno buscando otros rostros felices. Pero éstos no se divisaban por ninguna parte: todos eran estólidos o indiferentes o ansiosos o vacuos. Ninguno demostraba alegría. ¡Si las bocas siquiera se levantaron en los extremos! Bueno; era la misma vieja historia. Bocas que se alzaran en los extremos rara vez se encontraban entre los rostros registrados por Mr. Neal en el tren subterráneo.

Bléeker Street, y apretura peor que nunca; pero servía de consuelo el pensar que en la estación de la Fourteenth Street se aliviaría un poco el gentío. Dos muchachas penetraron a empujones en la Bléeker Street, en medio de estridentes risotadas y muchas ahogadas exclamaciones. Sus labios estaban encendidos por el carmín y tenían ojos atrevidos. Cada curva violenta del tren provocaba nuevas risas y gritos sofocados de las muchachas.

Cuando el tren acortaba su velocidad entrando a la estación de la Ástor Place, un tren expreso se le adelantó, siguiendo de largo hacia la estación de la Fourteenth Street. Mr. Neal se volvió con dificultad —pues estaba apretadamente acuñado— y miró a través de la puerta de cristales los coches brillantemente iluminados, a medida que se deslizaban en la vía paralela ganando lentamente terreno al tren local. El expreso estaba también atestado, con gente amontonada asimismo en el espacio central entre los asientos, y sujetándose de las argollas. Los rostros aparecían claramente en la brillante iluminación; y Mr. Neal, singularmente excitado ante este rápido panorama, examinaba cada uno de ellos con atención. De pronto se inclinó hacia adelante, pegándose al cristal. ¡Veía el rostro! ¡Allí estaba! Pero pasó en un instante. Había sido como un relámpago en el negro túnel. El tren en que viajaba se detuvo bruscamente, mientras el expreso era sólo un ruido a la distancia.

Mr. Neal quiso precipitarse fuera del tren, salir al aire libre; pero el luchador todavía se apretaba contra él, y en un momento más se precipitaban de nuevo en medio de la obscuridad.

Ahora el pequeño empleado no tenía ojos para los ocupantes de su coche. Su rostro apretábase contra la puerta de cristales. Contemplaba a lo lejos, en la obscuridad, aquella faz beatíficamente serena, hermosa, inmaterial. Y mientras la contemplaba descubrió de nuevo las luces posteriores del tren expreso. ¡Iban a pasarlo, a pasarlo a su turno! Habíase detenido atendiendo a señales de que la vía estaba obstruída, por el tren anterior, quizá; a todo evento, avanzaba ahora muy lentamente. Conforme avanzaba en su línea el tren local, el panorama de rostros se desplegó ante los ojos con mucho mayor rapidez que la vez primera; pero Mr. Neal tuvo una nueva vislumbre de la faz. Mirábale de frente, como antes, y aun creyó percibir que le sonreía levemente.

El pequeño empleado experimentaba profunda agitación. Tan pronto como su tren se detuvo en la Fourteenth Street y las puertas se descorrieron, lanzóse fuera y corrió al otro lado del andén. Allí permaneció inclinado ansiosamente vigilando la llegada del expreso. En un momento más entró el tren en la estación, trepidando como de costumbre, mecánica y regularmente, y las puertas se abrieron para dar paso al torrente de la multitud que salía. Mr. Neal maniobró entre el gentío, mirando las ventanillas y observando a las personas que dejaban el tren; pero no logró descubrir el rostro que buscaba, y frenético a la idea de perderlo otra vez, metióse de nuevo en uno de los coches al

último minuto. Trató primero de recorrer el tren en busca del hombre de "faz magnánima;" pero los guardias le rechazaron, y la de ordinario condescendiente multitud comenzó a demostrar impaciencia ante sus esfuerzos para abrirse paso, hasta que al fin, exhausto, hubo de renunciar a su tentativa. En la estación del Grand Central salió otra vez apresuradamente al andén para inspeccionar a la multitud que abandonaba el tren. El batintín empezaba a resonar de nuevo cuando divisó la figura de un hombre alto que subía la corta escalera que conduce al andén superior, e inmediatamente comprendió que era el que buscaba. El rostro estaba vuelto en otra dirección, pero, sin embargo, no podía engañarse. Se precipitó a la escalera, tropezando tantas veces con los otros que, en realidad, avanzaba muy poco. Cuando llegó a la parte superior miró en torno suyo. Por un momento terrible creyó que le había perdido, después de todo. Luego, lejos, a través de la estación, divisó de nuevo al hombre alto. Abandonaba en aquel instante la estación, pero antes de salir volvió la cabeza hacia la multitud que se apretaba detrás, y Mr. Neal tuvo entonces la certeza de que no se había engañado.

Parecieron siglos al pequeño empleado los minutos que tardó en llegar a la salida. Corría evadiendo a la gente, empujándola y abriéndose paso, insensible a las miradas curiosas de la multitud. Por último llegó a la salida. El hombre alto no aparecía por ninguna parte.

Mr. Neal se encontró en la Forty-Second Street, al este de la Fourth Avenue. Había caído la noche, y el viento de diciembre traspasaba sus vestidos penetrando como un cuchillo hasta la misma raíz de sus huesos. Levantó el cuello de su chaqueta, abotonándola estrechamente. Decidió caminar hacia el este siguiendo la Forty-Second Street, en la esperanza de descubrir nuevamente la faz. Avanzaba con gran rapidez, impelido tanto por el deseo de entrar en calor hasta donde fuera posible, como por la convicción de que si alguna probabilidad tenía de encontrar a su individuo, le era indispensable apresurarse.

Durante un momento que permaneció en la curva antes de cruzar a la Léxington Avenue, detenido por una larga hilera de automóviles que pasaban, parecióle divisar al hombre alto a la mitad de la cuadra siguiente. Arriesgando la vida, se deslizó a través de la calle, esquivando los vehículos mientras resonaban en sus oídos las maldiciones de los cocheros. Logró pasar en salvo, sin embargo, y tuvo entonces la certidumbre de que no andaba errado: allí estaba la figura del hombre imposible de equivocar. Ganaba ahora terreno sobre su individuo, quien volteó hacia el sur por la Third Avenue. Cuando Mr. Neal casi sin aliento torcía la esquina vió que el hombre alto subía la gradería exterior de una mísera casa de departamentos que alzaba sus cuatro pisos algo más allá de la calle. A punto de entrar, volvió la cabeza hacia el jadeante empleado, y aun a la opaca luz de la entrada Mr. Neal pudo observar cuán inefablemente espiritual y poderosa era la faz del aquel hombre. La plenitud de alegría invadió a tal extremo el corazón del pequeño empleado que las lágrimas acudieron a sus ojos. ¡Al cabo iba a conocer al hombre de "la faz magnánima!" Reunió aliento para gritar con voz vibrante:

—¡Un momento!—

Pero fué demasiado tarde, porque la puerta se cerró casi antes de que las palabras brotaran de sus labios.

Saltando a las gradas notó que la puerta no estaba cerrada con llave, y penetró en un obscuro vestíbulo. Escuchó pasos en el descansillo superior y llamó de nuevo, pero sin obtener respuesta. Subió anhelante los crujientes peldaños, pero llegó apenas a tiempo para ver que la primera puerta de la izquierda se cerraba silenciosa pero firmemente.

Mr. Neal vaciló. Quitóse el sombrero y enjugó su frente húmeda de sudor. En seguida oprimió el timbre de la puerta.

El pasillo estaba obscuramente iluminado por un pequeño mechero de gas fijo en la descolorida pared. Mr. Neal aguardó. A poco oyó rumor de pasos; luego la puerta se abrió, y un torrente de cálida luz inundó el sombrío pasillo. Un anciano de corta estatura y blanca barba apareció en el umbral. Era la personificación de la dicha serena, y sobre su hombro asomaba el rostro de una vieja señora, animado del mismo suave regocijo. Flotaba en torno de ellos una atmósfera de apacible benignidad, que

inundaba el pasillo de manera tan sensible como la misma reflexión de la luz. La anciana pareja miró interrogativamente a Mr. Neal. El pequeño empleado estaba algo confuso.

—Quisiera . . . quisiera ver al caballero que acaba de entrar,—dijo.

El viejo de la blanca barba pareció sorprendido.

—Nadie ha entrado aquí,—aseguró en tono amable. —Por lo menos, desde que yo vine hará una hora.

—¡Oh! el hombre alto, con . . . con. . . .

—Pero si nadie ha entrado aquí, señor, —reiteró el anciano.

—Hace un momento, ¿sabe usted?—insistió Mr. Neal. —Un hombre alto. . . .

Una sombra pasó por el semblante del viejo, una sombra de alarma. La mujer retrocedió un poquillo. Algo de felicidad pareció desvanecerse en sus rostros, dejando que se marcaran las arrugas de los años.

—No sé lo que quiere usted decir, señor,—dijo el anciano lentamente;—pero nosotros dos estamos solos aquí. No hay ningún hombre alto, se lo aseguro. Sírvase. . . .

—¿No tienen, por acaso, algún inquilino? —preguntó Mr. Neal esperanzadamente. —Era un hombre muy alto; por esta razón pude verlo tan bien en el tren subterráneo. Tiene un hermoso rostro . . . un rostro maravilloso. . . .—

Mr. Neal vaciló un momento, comprendiendo que había estado a punto de revelar su secreto a alguien que quizá no lo entendiera.

Brilló la piedad en los ojos del viejo caballero.

—¡Ah!—dijo, y asintió con la cabeza. —Si yo pudiera serle útil en algo. . . . ¿Quiere usted pasar adelante?

—¿No entró aquí realmente? ¿No ha estado aquí un hombre alto?

—No hay nadie, señor, fuera de nosotros. Pero si yo puedo hacer algo por usted, me complacerá muchísimo.—

Mr. Neal comprendió que el viejo caballero creía habérselas con un loco; comprendió asimismo que la negativa era sincera.

—Muchas gracias, no,—dijo. Me retiro. Siento mucho haberle molestado.—

El anciano le despidió cordialmente, pero miró solícito a Mr. Neal mientras éste descendía con lentitud la escalera.

El frío era acerbo en el exterior, y Mr. Neal recordó por primera vez que no llevaba sobretodo. Comenzó a tiritar.

Encogiendo los hombros contra las heladas ráfagas, corrió en dirección al subterráneo.

Por más dolorosa que fuera su decepción, Mr. Neal no experimentaba amargura alguna. Tenía ahora una convicción inquebrantable que no admitía cavilaciones ni dudas: sabía que había de encontrar al hombre de "la faz magnánima." Sabía que le hallaría ocasionalmente alguna vez, en alguna parte, y que llegaría a conocerle. Es indescriptible el ansia con que Mr. Neal aguardaba este momento; pero la certeza definida de que su deseo quedaría satisfecho algún día le conservaba tranquilo y feliz. ¿Por qué había de impacientarse? Quizá hoy o mañana; quizá iba a entrar en este coche, quizá aparecería de pronto a la vuelta de la esquina: él había de ver de nuevo esta faz.

—Será muy pronto,—decíase a sí mismo; —tengo la convicción de que será muy pronto.—

Los mendigos establecidos frente al edificio Imperial llegaron a conocer al pequeño empleado y a agradecer de antemano sus liberalidades. El hombre del ascensor y los corredores de noticias llegaron a desear su presencia. Mr. Neal se interesaba por todos y cada uno de ellos. Adquirió el hábito de observar a la muchedumbre dondequiera que se agolpara en mayor número, parte en razón de que allí tenía más probabilidades de encontrar el rostro de sus anhelos, y parte porque la observación de la multitud despertaba en él profundo interés. ¡Qué inmensidad de emociones—esperanza, temor, ambiciones, alegría, pesares—se revelaba en aquellos millares de rostros que pasaban ante sus ojos en corriente incesante! ¡Y cada individuo era una entidad separada; eso era lo más maravilloso! Todos tenían su propia personalidad, su propia vida que vivir, sus propios problemas que solucionar. Él hubiera querido ayudarlos a todos.

Mr. Neal entabló al cabo relaciones con los miembros de la familia en cuya casa se

había alojado por tantos años. Cierta noche encontró casi a la puerta de su cuarto a un chico de encarnadas mejillas, que supuso era el hijo de su casero; y le acometió de golpe la idea de que apenas conocía a las personas bajo cuyo techo había vivido por tantos años. El chico pareció sorprendido y aun algo asustado cuando Mr. Neal trató de hablarle, y el empleado resolvió allí mismo y en aquel momento compensar su pasado alejamiento. A la noche siguiente buscó un pretexto para visitar al padre de familia. Encontró que era un excelente sujeto, sentado en la cocina, con los pies cubiertos solamente de las medias y colocados sobre una silla, y fumando una vieja pipa de barro mientras leía su diario de la tarde. Mr. Neal se impuso de que era un industrioso trabajador, un cochero. El hombre pareció complacido de las atenciones de su inquilino, y le invitó a visitarle otra vez; y Mr. Neal vino otra vez, y otra, porque desde el primer momento simpatizó con su casero. Había tres niños en la familia, dos de ellos encarnación de la salud, pero el tercero endeble y pálido e incapacitado de jugar porque tenía una pierna torcida.

Mr. Neal llegó a convertirse en un verdadero miembro de familia; y cuando descubrió por una observación incidental del padre que ahorraban en la casa centavo por centavo para comprar un aparato que enderezara la pierna del chico, insistió en "prestar" el dinero que faltaba para completar la suma necesaria.

—¡Qué curioso!—comentaba cierta noche el viejo cochero.—Nosotros pensábamos que usted no tenía mucho de humano.—Rió bonachonamente.—Hay que conocer a un mozo, ¿no es cierto?—

Luego, su mujer, una mujercita delgada y descolorida, hizo ruborizar al empleado afirmando gravemente, mientras fijaba los ojos en el pequeño inválido:

—Usted es un hombre bueno, Mr. Neal.—

Por el mismo estilo fueron los comentarios del personal de las oficinas de Fields, Jones y Hóuseman en ocasión del daño recibido por Árnold en un accidente del ascensor, cuando Mr. Neal inició una colecta en favor del estropeado, encabezando él mismo la subscripción.

—¡Que curioso!—confiaba el jefe de empleados a una de las taquígrafas al abandonar la oficina aquella tarde.—¡Qué curioso! Al principio, cuando vine aquí, James Neal era tan inaccesible como una ostra; nunca se podía arrancarle una palabra. No prestaba atención a nadie, encerrado siempre en su melancolía. ¡Ahora, mírele usted, preocupándose de todos! ¡El mozo más agradable de la oficina!—

Mientras sacudía la cabeza enfáticamente, las gafas temblaron sobre su nariz . . . pero se mantuvieron firmes.

—¡No tengo amigo mejor que James Neal en toda la ciudad,—añadió;—y creo que lo mismo puede decir cada cual en la oficina!—

Era cierto que Mr. Neal y el jefe de oficina se habían hecho íntimos amigos. Pasaban juntos el domingo, y aun cambiaban confidencias, así es que era natural que cuando Mr. Neal vió el rostro por tercera vez, se sintiera inclinado a confiar la historia a su amigo. La revelación de su secreto formó época en la vida de Mr. Neal.

Los dos hombres estaban sentados en un banco situado en parte más o menos retirada del Bronx Park. Mr. Neal miraba a lo lejos entre los árboles mientras relataba con cierta vacilación la historia de la faz, encontrando con dificultad la palabra adecuada, y brillando en sus ojos la luz del místico. El jefe de oficina escuchaba atentamente, con el bastón entre las rodillas, y serio el aguileño semblante. Sus ojos traspasaban con mirada penetrante el fondo mismo de la mente de su amigo. Cuando Mr. Neal habló de su mal éxito en el empeño de encontrar al hombre en la casa de la Third Avenue, su amigo movió la cabeza en forma conclusiva.

—¡No!—dijo. —¡No! Le diré a usted de lo que se trata: es lo que llaman alucinación.

—¡Oh, no!—replicó Mr. Neal tranquilamente. —Es real, John. No hay duda de que es real.—

El jefe de oficina sacudió bruscamente la cabeza de nuevo, y siguió una pausa.

—Me sentí inclinado a decírselo,—resumió al cabo Mr. Neal,—porque le vi otra vez anoche.—

Su amigo dirigió una mirada penetrante

al pequeño empleado, cuyos ojos luminosos vagaban a la distancia entre los árboles.

—Le divisé en la Pennsylvania Station del subterráneo, y le seguí fuera. No era posible la duda: había visto su rostro. Bajó por la Eighth Avenue, y le vi entrar por una puerta. Yo no estaba muy lejos. La puerta estaba contigua a una tienda de empeños. No tenía echada la llave, de manera que penetré en su seguimiento. Me encontré en un obscuro pasillo, pero al otro extremo se divisaba una luz que salía por una puerta entreabierta. Estaba yo tremendamente emocionado, John, tremendamente. Como usted ve, era el gran acontecimiento de mi vida, y no es de sorprender que estuviera temblando.

Avancé sin ruido hasta el punto en que brillaba la luz, y eché una ojeada al interior del aposento de donde procedía. ¿Qué cree usted que descubrí, John? Había allí una joven madre con dos niños de sonrosadas mejillas; uno de los chicos leía ante una mesa, y el otro estaba sentado en una silla baja a los pies de su madre, que le hablaba, le contaba cuentos, según pude inferir. El cuarto era pobre, John; pero, ¡qué rostro el de la madre! ¡Era maravilloso! Me hizo recordar al de mi madre. Solamente una palabra puede describirlo, John: era un rostro de madona; ¡la madona de la Eighth Avenue!—

Mr. Neal se detuvo y miró a su amigo. El jefe de empleados no pronunció una palabra, pero ahondó con su bastón en el césped.

—El hombre alto no estaba allí, sin embargo,—continuó Mr. Neal. —Llamé a la puerta y pregunté por él. La mujer no sabía; no había ningún hombre en sus habitaciones, dijo. Era una pobre viuda. Quería saber cómo había yo llegado allí. Noté que estaba asustada, así es que me despedí, y pude observar que echaba llave a la puerta tras de mí.—

El pequeño empleado suspiró, pasándose la mano por los ojos.

Su amigo se levantó de súbito.

—Venga usted,—dijo.—Caminemos un poco . . . y hablemos de otra cosa.—

Ésta fué solamente una de las muchas conversaciones que ambos empleados sostuvieron acerca de "la faz magnánima." El amigo de Mr. Neal se interesaba cada vez más y más en la pesquisa. Una tarde, Mr. Neal detuvo al jefe de empleados en momentos de dejar la oficina, terminadas las horas de trabajo. Los ojos del empleadillo estaban muy serios, y su voz era baja cuando dijo:

—John, siento que voy a encontrar al hombre muy pronto. Lo sé.

—¿Cómo lo sabe usted?—interrogó el otro. ¿Alguna . . . vamos, alguna impresión psíquica?

—Oh, no. No es nada misterioso. Es simplemente . . . una certidumbre, John. Sé que lo encontraré pronto, muy pronto.

—Bien, ¿sabe usted una cosa . . . ?—Y el jefe de oficina miró fijamente a Mr. Neal. —Me gustaría también conocerle.—

Mr. Neal apretó la mano a su amigo. Tomaron juntos el ascensor y se separaron abajo. Mr. Neal dirigióse a prisa a su estación del subterráneo. No había muchas personas esperando en el andén. A lo lejos, en los negros túneles, brillaban en ambas direcciones las débiles lucecillas blancas. El silencio, preñado de ecos, de una gran cavidad, reinaba en la estación. De pronto aparecieron a la distancia las luces rojas y verdes de un tren; en seguida, un estruendo sordo y prolongado; las puertas del tren se descorrieron y Mr. Neal penetró en uno de los coches. Durante todo el trayecto conservó los ojos cerrados. El atronador tumulto, la apretura del gentío que aumentaba conforme se acercaba el tren a los grandes distritos industriales, las voces de los guardias, nada perturbaba a Mr. Neal. Conservaba los ojos cerrados para contemplar la faz.

Fué cerca de la una del día siguiente cuando ocurrió el accidente de que Mr. Neal resultó víctima. Había intentado atravesar la calle desdeñando las regulaciones del tráfico, y fué atropellado por un camión de carga que le produjo una fractura del cráneo. Llevároule, privado de los sentidos, al hospital de Saint Cecilia.

Poco trabajo hicieron aquella tarde los empleados de Fields, Jones y Hóuseman. Uno de ellos había presenciado el accidente: a decir verdad, había estado conversando con Mr. Neal precisamente poco antes de que éste se precipitara a cruzar la calle. Vió que el pequeño empleado levantaba de

súbito la mano, señalando algo al lado opuesto de donde se hallaban.

—¡Lo veo! ¡Allí está!—había exclamado Mr. Neal con voz exaltada de alegría; e inmediatamente se lanzó en medio del tráfico sin cuidarse de su vida ni de su persona.

El jefe de empleados estaba terriblemente acongojado. No podía trabajar. Con el flaco cuerpo amontonado en su silla de oficina, miraba fijamente el vacío por encima de sus gafas. A eso de las dos se obligó a buscar en el libro de teléfonos la dirección de la familia con quien se alojaba Mr. Neal para informarles del accidente. El personal entero de la oficina escuchó la conversación telefónica y observó que la voz del jefe se alteraba al manifestar la gravedad de la lesión. En seguida, el jefe de oficina cerró de golpe sus libros, se puso la chaqueta de calle y el amarillento sombrero de paja, y se marchó al hospital.

Mucho antes de que llegara a su destino, un médico vestido de blanco, momentáneamente detenido a la entrada de la sala donde yacía Mr. James Neal, se cruzó con una enfermera que salía. El semblante del médico habría deleitado a Mr. Neal si hubiera podido contemplarlo. Era un rostro benévolo. Un profundo conocimiento de los problemas de la humanidad había impreso el sello efusivo de la comprensión, unido a tal benignidad y simpatía que obligaba a mirarle por segunda y tercera vez en cualquier compañía que se encontrara, por más distinguida que fuera.

—¿Cómo está el hombre del cráneo fracturado?—preguntó el doctor en voz baja cuando la enfermera pasaba.

—Ha muerto,—contestó la enfermera.

—¿Cuándo?—inquirió el médico.

—En este momento. Acabo de dejarlo.

—Era imposible que viviera,—dijo el doctor.

La enfermera salía cuando el médico la detuvo.

—Ese hombre alto que estaba con él,—inquirió, —¿qué se ha hecho?

La enfermera le miró sorprendida.

—No había nadie con él sino yo,—afirmó la mujer.

—Oh, sí;—dijo el doctor. —He visto un hombre que se inclinaba sobre el lecho, un hombre de rostro admirable. Me preguntaba quién podría ser.—

La enfermera se volvió, y ambos miraron hacia el lecho donde yacía el cuerpo de James Neal.

—Es extraño,—profirió la enfermera.

—Lo he visto allí,—afirmó el médico,—precisamente cuando usted dejaba al paciente; ahora ha desaparecido.

—¡Muy raro!—dijo la enfermera, retirándose para atender a otros deberes.

El médico avanzó hasta el lecho donde yacía el cadáver del pequeño empleado.

—Ciertamente que es raro,—musitó el doctor. —Tengo la certidumbre de haberle visto. Es la faz más hermosa que he contemplado en mi vida.—

En seguida contempló lo que había sido James Neal.

—Este hombre ha sido muy afortunado,—reflexionó el doctor en baja,—de haber muerto mientras rostro semejante le miraba.—

En los blancos labios del pequeño empleado había quedado estereotipada una plácida sonrisa.



Franklin Simon & Co.

Una Tienda de Secciones Chic

Fifth Avenue, 37th and 38th Sts., New York



PEINADORES DE ENCAJE DE COLOR

Para Señoras

y

Señoritas

212--PEINADOR DE ENCAJE DE SEDA DE COLOR y forro de gasa; azul, rosa, orquídea.

29.50

Nuestros intérpretes están perfectamente familiarizados con los gustos y las necesidades de las damas de habla española y prestarán atención especial a todos los pedidos que serán embarcados prontamente.

Se invita cordialmente a las personas que vengan a Nueva York a visitar nuestro establecimiento donde serán recibidas por intérpretes y compradores expertos.

FRANKLIN SIMON & CO.
NO TIENEN SUCURSALES

BONWIT TELLER & CO.

La Tienda Originadora de Especialidades

FIFTH AVENUE AT 38TH STREET, NEW YORK

EL BELLO ARTE DE VESTIR

encuentra una expresión simpática y apreciativa en las modas personales confeccionadas por esta Tienda.

El Vestir es un Arte que revela todos los Artes.



A Cualquier Hora y en Cualquier Parte,

en la oficina o en el hogar, la CORONA está siempre lista para prestar útil y eficaz servicio.

Con ella pueden escribirse las cartas comerciales en la oficina, la correspondencia privada en el hogar, y las anotaciones, pedidos y demás documentos cuando se viaja, pues la CORONA, siendo portátil, puede llevarse a todas partes.

Apenas pesa 3 kilos. Es plegadiza y cabe dentro de un estuche de 28.58 x 25.4 x 12.07 cm. Es fuerte y eficaz, y con ella pueden sacarse cuantas copias de carbón se desee, estarcir, y escribir a dos tintas, lo mismo que con las máquinas corrientes de mayor tamaño.

La CORONA es como un hábil secretario privado.

CORONA

La Máquina de Escribir Portátil

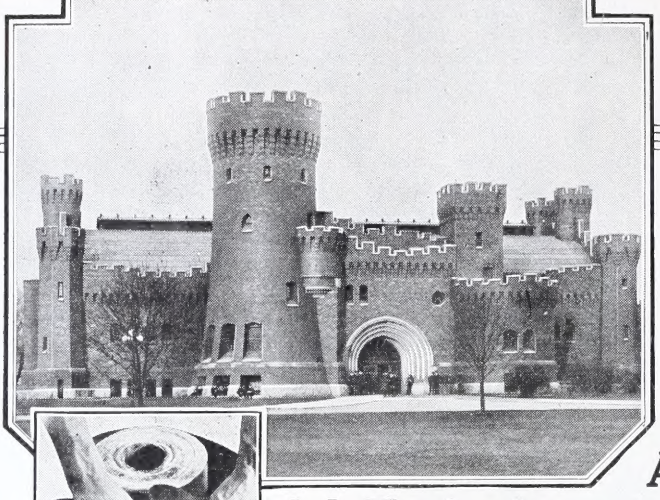
Fabricada por la

CORONA TYPEWRITER COMPANY, INC.

GROTON, N.Y., E. U. A.

Agentes exclusivos en el exterior:

ARGENTINA: Compañía La Camona, Buenos Aires. **BOLIVIA:** E. Bolloten Co., La Paz. **BRASIL:** Casa Pratt, Río de Janeiro. **CHILE:** Lemare & Co., Valparaíso. Curphey y Cía., Santiago y Valparaíso. **CUBA:** H. E. Swan, Habana. **ECUADOR:** Enrique Maulme, Guayaquil. **MEXICO:** F. Armida y Cía., México, Distrito Federal. **PANAMA:** Alberto Lindo, Ancón, Canal Zone. **PERU:** Lemare & Co., Lima. **PUERTO RICO:** Stebbins & Co., San Juan. **SALVADOR:** E. E. Huber, San Salvador. **SANTO DOMINGO:** M. de Costa Gómez, Puerto Plata. M. de Moya Hijo & Co., Sánchez. **VENEZUELA:** Bazar Americano, Caracas.



Techado de Amianto Johns-Manville

Aun el Material del Techado está hecho de Roca

PARA resistencia y protección este edificio fué construído de roca sólida. Fué cubierto con Techado de Amianto de Johns-Manville porque éste, también, está hecho de las fibras de roca de Amianto.

Siendo todo mineral, el Techado de Amianto de Johns-Manville, no puede quemarse, ni pudrirse ni disgregarse. Es absolutamente a prueba del tiempo y debe durar tanto como el edificio que cubre.

Para cada tipo de edificio—desde la cabaña al palacio—hay un Techado de Amianto de Johns-Manville.

Escríbanos preguntándonos qué material para techados es mejor para el edificio que Ud. desee cubrir.

La correspondencia puede ser en español, portugués, francés, italiano o inglés.

JOHNS-MANVILLE
Incorporated
Departamento Extranjero: Madison Ave. and 41st St., Nueva York, EE. UU. A.

REPRESENTANTES ESPECIALES

REPÚBLICA ARGENTINA
Messrs. Ramallo Knudsen & Co.
Florida, 32
Buenos Aires

HABANA, CUBA
Johns-Manville Co., de Cuba
Obrapia 19

BRASIL
P. S. Nicolson & Co.
Rua Visconde de Itaborahy 8
Rio de Janeiro

PUERTO RICO
Sánchez, Morales & Co.,
San Juan

CHILE
D. N. Banks
Casilla 118 D, Santiago

PANAMÁ
Robert Wilcox
Panamá y Colón

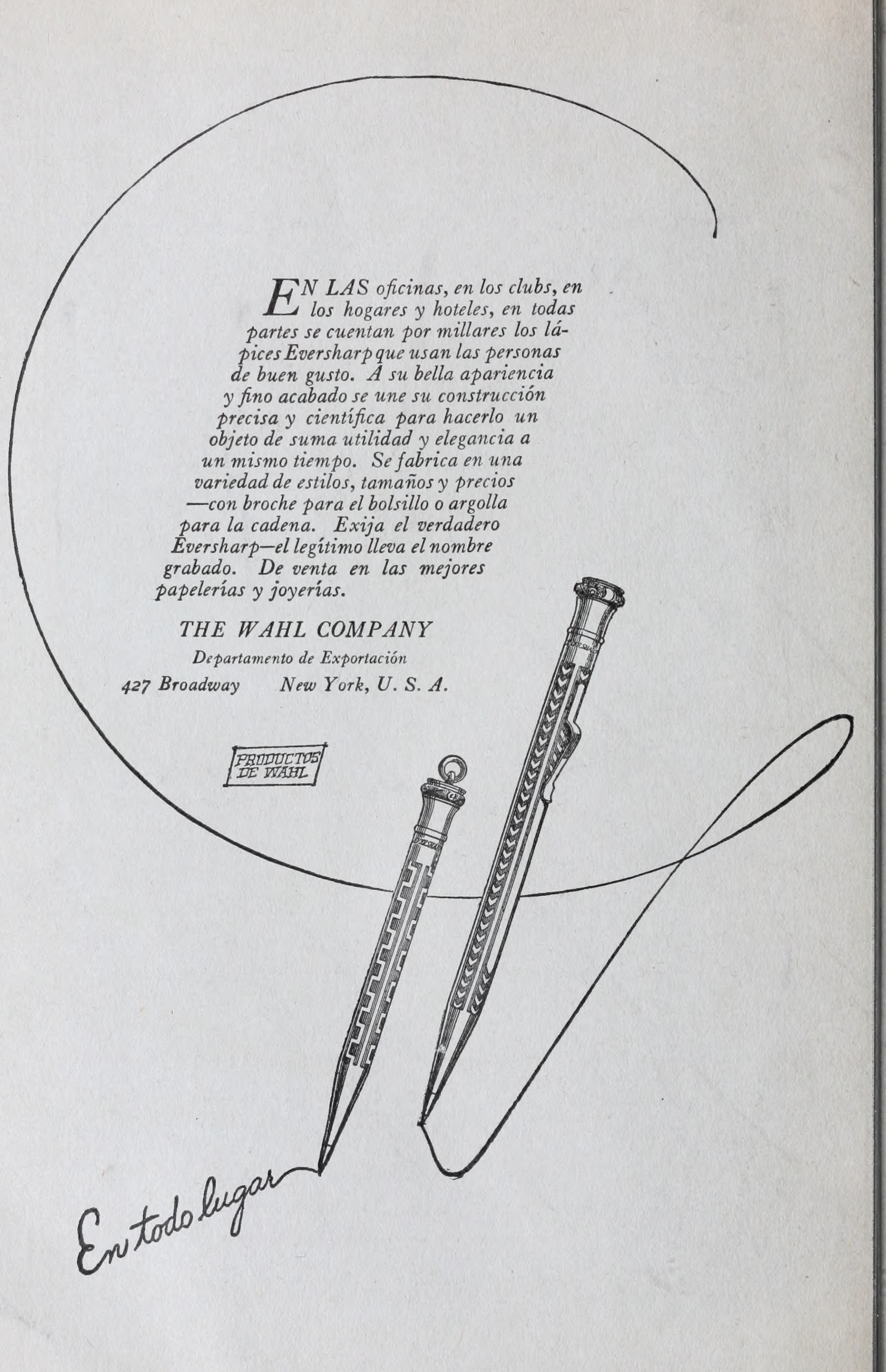
MANILA, I. F.
Koster Company, Masonic Temple Bldg., P. O. Box 541



Johns-Manville
Productos de
Amianto
y sus Aliados

AISLADORES
par mantener el calor en su lugar apropiado
CEMENTOS
para impermeabilizar las paredes de hornos
TECHADOS
para disminuir los riesgos de incendios
EMPAQUETADURAS
para impedir pérdidas de fuerza
FORROS PARA FRENOS
para rendirlos seguros
PRODUCTOS PARA PREVENIR INCENDIOS

JOHNS-MANVILLE
Techados de Amianto


EN LAS oficinas, en los clubs, en los hogares y hoteles, en todas partes se cuentan por millares los lápices Eversharp que usan las personas de buen gusto. Á su bella apariencia y fino acabado se une su construcción precisa y científica para hacerlo un objeto de suma utilidad y elegancia a un mismo tiempo. Se fabrica en una variedad de estilos, tamaños y precios —con broche para el bolsillo o argolla para la cadena. Exija el verdadero Eversharp—el legítimo lleva el nombre grabado. De venta en las mejores papelerías y joyerías.
THE WAHL COMPANY
Departamento de Exportación
427 Broadway New York, U. S. A.
PRODUCTOS DE WAHL
En todo lugar